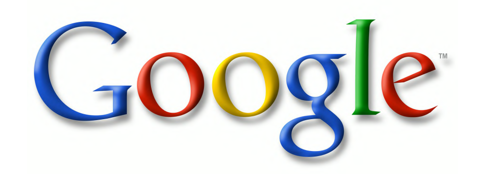






HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCIA.

IIII.

HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCIA,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870,

POR JOAQUIN GUICHOT.

1.ª PARTE.

HISTORIA GENERAL.

TOMO IIII.



E. PERIÉ.
SEVILLA.
Lib. de Hijos de Fé, Tetuan 35.

F. PERIÉ.
MADRID.
Calle S. Andrés 1, duplicado 3.°

1870.

SEVILLA.—Imp. y lib. de Hijos de Fé, Tetuan 35 y Sierpes 21.

HISTORIA GENERAL

DE ANDALUCÍA.

CALIFATO DE CÓRDOBA.

I.

Abderraman III.

912.

Si es notorio que el pueblo musulman andaluz, cansado de las perturbadoras y sangrientas rivalidades en que vivia la aristocracia árabe desde los primeros tiempos de la conquista, recibió como á su salvador y aclamó lleno de entusiasmo al Emir soberano Abderrahman I, fundador de la dinastía Ommiada en España, no lo es menos que este mismo pueblo, cansado tambien de las asoladoras rebeliones que se sucedian sin interrupcion en el Oriente, en el Centro y en el Mediodia de la Península saludó con júbilo el advenimiento al trono de Córdoba, del nuevo Emir Abderrahman III, en quien cifraba con

justo motivo sus esperanzas como las puso en el primero.

La memoria de su padre Mohammed, el *Asesinado*, en favor de cuyas pretensiones (ignoradas todavía) se habia alzado en armas la mayor parte de la Andalucia Occidental; las prendas que atesoraba aquel aventajado príncipe, encanto y delicias de la espléndida corte de Córdoba, á quien retrata en estos términos la crónica de Al-Makkary: «Habíale dado Dios la mano blanca de Moisés, aquella mano poderosa que hace brotar agua de las peñas, que hiende las olas del mar, que domina, cuando Dios lo quiere, los elementos y la naturaleza entera, y con la que llevó la bandera del Islamismo mas lejos que ninguno de sus predecesores;» la generosa conducta de su tio el valiente Al-Mudhaffar, que renunciando toda pretension al trono de Córdoba, trazaba resueltamente á los ambiciosos la senda que debian seguir en interés de la paz y prosperidad del Estado, y, finalmente, el convencimiento general de que era absolutamente necesario reunir todas las voluntades en quien se encontraba acreedor á tan señalada distincion para poner término de una vez á los enconados ódios, discordias y rebeliones que precipitaban al imperio musulman de España hácia el abismo de su ruina, fueron otros tantos motivos para que toda Andalucía celebrase entusiasmada el advenimiento de aquel principe de 22 años, el mas hermoso de los muslimes cuya erudicion, prudencia y gentileza le tenian ganados todos los corazones.

No mucho tardó Abderrahman en justificar las esperanzas que hiciera concebir á los buenos muslimes, pues procediendo con el tino y prevision de un príncipe conocedor de la verdadera situacion de sus pueblos, resolvió aprovechar los primeros momentos del entusiasmo popular para hacer la guerra á los rebeldes de la España Central y Oriental; convencido de que en tanto no destruyese el espiritu faccioso y las dementes ambiciones que mantenian en perpétua lucha media España musulmana contra la otra media, seria absolutamente imposible fundar un órden de cosas al amparo del cual prosperasen los intereses generales y particulares del país.

Al efecto, proclamó la guerra contra los rebeldes musulmanes, y tuvo la rara habilidad de darle en su proclama, un colorido de *Guerra Santa;* novedad estraordinaria entre los mahometanos, y que prueba cuanto era el prestigio del jóven Emir aun entre los mas fanáticos muslimes, así como el progreso de las ideas en Andalucía, puesto que la religion dejaba ya de monopolizar entre ellos el dictado de Santa, y lo repartia con la pátria. No se engañó en sus cálculos el avisado Abderrahman, pues á impulsos del entusiasmo que su nombre producia en todas partes, fué tan crecido el número de los soldados que acudieron bajo su bandera, que se hizo necesario despedir muchos voluntarios para que no quedasen desamparados los trabajos del campo y los cuidados de las familias.

Reunido el ejército en número de cuarenta mil hombres, marchó el Emir contra los rebeldes de

la España Central; y los combatió tan ejecutiva y vigorosamente, que al poco tiempo de empezada la campaña los tuvo desalojados de cuantas fortalezas ocupaban en la comarca de Toledo y encerrados y bloqueados en aquella ciudad último baluarte de la rebelion. Abandonó Hafsun la plaza y se corrió hácia la España Oriental para obligar al EMIR á dividir sus fuerzas, conceptuando mas fácil resistir con esta estrategia que luchando en un solo trance contra todas las de Abderrahman. Pero lo que rehuia el rebelde era precisamente aquello que anhelaba el EMIR. Así que, abandonó el cerco de Toledo y púsose ejecutivamente en persecusion de Hafsun. Marchando y contramarchando ambos ejércitos hubieron de encontrarse al fin, en una espaciosa llanura que se supone ser la que se encuentra entre los montes de Toledo y la Serranía de Cuenca y trabaron con el mismo desesperado empuje una batalla campal que debia ser definitiva. Muchas horas se mantuvo indecisa la victoria entre los combatientes; pero cerca de la puesta del sol la valerosa caballería andaluza dió una carga desesperada que rompió la cerrada línea de la infantería rebelde, penetró entre sus ya disgregadas filas y acabó por arrollarla en términos de que la dispersion se hizo general. Siete mil hombres dejaron los rebeldes sobre el campo, y Hafsun se refujió con las reliquias de su destrozado ejército tras los sólidos murallones de Hins-Conca (fortaleza de Cuenca). Atribuyóse al príncipe Al-Mudaffar, tio de Abderrahm, la gloria de aquel triunfo por haber mandado la accion.

Satisfecho el Emir con la buena fortuna que habia coronado su primera empresa militar, dejó encargada la terminacion de la guerra al príncipe victorioso, y regresó á Andalucía seguido de los generales de su guardia y de los jeques de las principales tribus andaluzas.

Dicho se está el regocijo con que seria recibido en Córdoba el jóven soberano que con tan señalada manera habia inaugurado su reinado; así que, ayudado de su buen deseo y del prestigio que le rodeaba, fuéle mas fácil que á ninguno de sus antecesores llevar á cabo en poco tiempo todas aquellas reformas políticas y administrativas que reclamaba la buena administracion del Estado, así como decretar multitud de mejoras de público embellecimiento en las ciudades. Uno de sus primeros actos (914) fué tomar el título de Califa, que usaron sus abuelos en Damasco, y que ninguno de sus antecesores habia llevado en España: los pueblos entusiasmados aplaudieron su resolucion, y agregaron á sus títulos de *Iman* (príncipe de la religion, inherente al Califato y de *Emir-el-Mumenin* (gefe de los fieles) el dictado de *Al-Nassir Ledsin Allah* (defensor de la ley de Dios). Consecuencia de este acontecimiento fué un decreto que dió mandando variar el cuño de las monedas de oro y plata que se fabricaban en España, que hasta aquella fecha solo se habian diferenciado de las de Oriente en la indicacion del año y del lugar de su acuñacion, y poner en ellas, entre otras leyendas la siguiente:

El Iman.

El Nasr Ledin.
Allah Abd-el-Rahman.
Emir el-Mumenin.

A partir de aquel reinado muchas monedas llevaron el nombre del *hajib* (primer ministro) lo cual no dejó de influir en las prerogativas de aquellos altos funcionarios del gobierno.

Entretanto el valeroso príncipe Al-Mudhaffar continuaba hostilizando sin tregua á los rebeldes de la España Oriental. Las noticias favorables que de aquella parte de sus Estados recibia, movieron el ánimo de Abderrahman á precipitar el definitivo desenlace de tantas guerras civiles como venian desangrando la España musulmana, combinando al efecto un ataque decisivo contra los rebeldes de las sierras de Jaen y Elvira. Salió, pues, de Córdoba al frente de las caballerías de su guardia y de las banderas andaluzas, y penetró ejecutivamente por las comarcas que hasta entónces habian vivido en una especie de salvaje independencia, llevando por delante la oliva de la paz enhiesta en las lanzas de sus soldados. Los rebeldes no vacilaron en la eleccion, y cediendo al torrente del entusiasmo general que ponia todas las voluntades en manos del Califa, rindieron las armas á la primera intimacion, y acudieron de todos los puntos á jurarle obediencia, ofreciéndose á servirle lealmente en cuanto tuviese á bien emplearlos. Abderrahman, no solo agasajó con esplendidez á los caudillos hasta entónces rebeldes y á los jeques de aquellas indómitas tríbus, sino que tambien confirió á los unos los destinos que

ambicionaban y á otros confirmó en los que venian desempeñando ántes de su sumision. Así sin derramar una sola gota de sangre, Abderrahman III terminó aquella rebelion que durante más de un siglo habia mantenido una buena parte de la Andalucía Oriental fuera de la obediencia de los Emires. Por primera vez en la historia de las contiendas civiles de los musulmanes de España, tras una victoria del soberano, las murallas de Córdoba no se vieron *adornadas* con cabezas de caudillos rebeldes. (915)

Las crónicas arábigas no refieren acontecimiento alguno importante ocurrido entre los cristianos de Astúrias y los musulmanes andaluces, desde el año del advenimiento de Abderrahman hasta 918, haciéndose por tanto verosímil que continuasen las treguas asentadas en los tiempos de Alfonso III y el Emir Abdallah; empero las cristianas, y en particular las de Sampiro y el monge de Silos refieren sendas y bravas peleas empeñadas entre aquellos por las fronteras del Duero, en que la suerte de las armas se mostró propicia á los soldados de la Cruz, hasta que en un reñidísimo encuentro ocurrido en un paraje llamado Midonia por Sampiro, y *Mitonia* ó *Britonia* por el monje de Silos, Lúcas de Tuy y Rodrigo de Toledo, los cristianos fueron completamente derrotados muriendo muchos á manos de los musulmanes.

Del silencio de unos cronistas y de las descarnadas narraciones de los otros se deduce que aquellas campañas no tuvieron grande importancia; visto,

además, que el *Califa* no tomó parte en ellas ni le embargaron para continuar organizando el gobierno de sus Estados, y embelleciendo las grandes ciudades de Andalucía en particular Córdoba y Sevilla, cuyas mezquitas-aljamas hermoseó con fuentes de mármol y estensos patios plantados de naranjos y mirtos, y estableciendo en aquellos dos centros de la cultura andaluza, nuevas escuelas dotadas, academias y centros científicos y literarios, donde concurrian confundidos los sábios musulmanes de Oriente y Occidente.

En tanto que la España meridional gozaba de los beneficios de la paz, en la Oriental el príncipe Al-Mudhaffar continuaba acosando con éxito vario la parcialidad del rebelde Hafsun. Cansado al fin de tan porfiada guerra cuyo término se dilataba más de lo que al bien del Estado convenia, escribió al CALIFA proponiéndole un nuevo plan de campaña para acabar de una vez aquella guerra. Aprobólo Abderrahman III y en su consecuencia al despuntar la primavera de aquel año salió de Córdoba al frente de la caballería andaluza, y siguiendo por las provincias de Murcia y Valencia, donde se le fueron incorporando las banderas que de antemano estaban preparadas, llegó por Alcañiz hasta Zaragoza, dispuesto á formalizar el sitio de esta plaza en cuyos muros ondeaba la bandera de Hafsun. Afortunadamente el inmenso prestigio del *Califa* y el numeroso ejército que le acompañaba, rindieron la ciudad sin que se derramara una gota de sangre. Abderrahman entró en Zaragoza en medio de las

aclamaciones del vecindario, y sobre todo de la juventud que le aplaudió con frenesí, prendada de su magestuosa y á la par gallarda presencia. Presentáronsele muy luego los jeques y notables de la ciudad en solicitud de indulto para los partidarios de Hafsun, y el Califa lo concedió sin más escepcion que la de aquel rebelde y los individuos de su familia.

Pocos dìas llevaba Abderrahman III en Zaragoza recibiendo el juramento de obediencia de los jeques de las principales tribus de la España Oriental que por diversos motivos habian militado en las filas de la parcialidad rebelde, cuando llegaron dos enviados de Hafsun á proponerle, en nombre de este, la paz bajo la condicion de que el *Califa* le concediese, para él y sus sucesores, el gobierno de la España Oriental. Abderrahman se negó á oir toda proposicion que no fuese la sumision inmediata é incondicional de su rebelde súbdito, y despidió ásperamente á los enviados.

Herida ya de muerte la imponente rebelion que durante tantos años tuvo emancipada la España Oriental del poder de los soberanos de Córdoba, el Califa dispuso todo lo conveniente al buen gobierno de aquellas provincias, y dadas sus instrucciones á sutio el príncipe Al-Mudhaffar para que esterminase los restos de la faccion, dispuso su regreso á Andalucía. No hay palabras para ponderar el recibimiento que se le hizo en la capital del imperio, cuyo vecindario salió en masa á esperarlo fuera de las puertas de la ciudad.

Duraba en Córdoba todavia el regocijo de la venturosa campaña del Califa en la España Oriental, cuando se recibieron noticias de una nueva sublevacion ocurrida en la Serranía de Ronda, con motivo de la presencia entre aquella indómita morisma de un Wazir encargado de cobrar las contribuciones atrasadas. Por más que el motivo fuera relativamente liviano, no lo fué el carácter que tomó la rebelion, puesto que despues de haber dado muerte los rebeldes á la mayor parte de los soldados de la escolta del Wazir, sublevaron todos los pueblos y fortalezas de aquellas escarpadas sierras hasta las Alpujarras inclusive contra el mismo soberano á quien pocos años antes prestaron casi espontáneamente juramento de obediencia. Indignado Abderrahman con tamaña deslealtad, se propuso castigarla personalmente. Al efecto reunió algunas banderas de la Andalucía central, y con ellas y la caballería de su guardia se dirigió á marchas forzadas contra los sublevados, que al saber su aproximacion huyeron desalados á ocultarse en sus inaccesibles cumbres. Sin darse un momento de descanso el Califa recorre en todas direcciones el país, se apodera de los castillos mas importantes, y dejando sino completamente pacificada, al menos sujeta la tierra, marcha por la provincia de Elvira á la de Jaen y entra en esta última ciudad, donde dió por terminada la campaña de aquel año. Despues de dejar al wali de Jaen el encargo de concluir con las reliquias de la sublevacion regresó á Córdoba, donde de allí á poco recibió noticias de su tio Al-Mudhaffar, que

le anunciaba grandes ventajas alcanzadas por sus tropas sobre las del rebelde Hafsun, y la muerte de este famoso rebelde acaecida en la comarca de Huesca. (919)

Tres años despues, de la derrota de Ordoño en Mindonia, esto es, el año 308 de la Hegira (920-921) segun cuentan con su acostumbrado laconismo Sampiro y algunas crónicas arábigas, un ejército andaluz, acaudillado por Abderrahman III, pasó las fronteras del Duero y derrotó en batalla campal al del rey Ordoño, (hijo de Alfonso III y hermano de García primer rey de Leon) en cuyo auxilio acudieran los Navarros y los Franceses. Despues de esta victoria y en venganza del socorro suministrado por el rey de Navarra al de Astúrias, el *Califa* dió órden al príncipe Al-Mudhaffar, que operaba con su ejército en la España Oriental, para que marchase sobre Navarra, donde habrian de encontrarse los dos para castigar á los aliados de Ordoño II. No se descuidaron los cristianos; pues en tanto que los ejércitos musulmanes Oriental y Andaluz operaban su conjuncion los de Leon y Navarra acaudillados por sus reyes respectivos, Ordoño, y García hijo de Sancho, verificaban la suya en el Estado de Alava. Unidos pues, Leoneses y Navarros marcharon en busca del enemigo, á quien encontraron en Val de Junquera entre Estella y Pamplona. Allí se libró una sangrienta batalla que fué memorable por la derrota que sufrió el ejército aliado cristiano, y porque en ella cayeron prisioneros los obispos Hermijio de Tuy, y Dulcidio de

Salamanca, que fueron enviados á Córdoba. Hermigio se rescató dejando en rehenes á un sobrino suyo llamado Pelayo, mancebo á la sazon de diez y nueve años á quien el cielo destinaba la palma del martirio.

Despues del triunfo de Val de Junquera, el ejército musulman recorrió talando todo el país hasta Pamplona; tomó esta y otras plazas cuyas murallas arrasó, y continuó su marcha victoriosa hasta el estremo opuesto de la provincia; esto es, al norte del Pirineo.

En esta ocasion, como siempre, con el regreso del *Califa* á Córdoba, coincidió la llegada de malas nuevas procedentes de la Sierra de Elvira. Parece que el walí de Jaen no habia sido afortunado en sus campañas contra las bandas de salteadores, que envalentonados con la ausencia del *Califa*, y las pocas tropas que habian quedado en Andalucía, se habian descolgado de sus guaridas, y de victoria en victoria llegado hasta Jaen que tomaron por sorpresa.

Por tercera vez salió el *Califa* á campaña contra aquellos fementidos é incorregibles montañeses; los desalojó de Jaen y persiguió hasta encerrarlos en la imponente fortaleza de Alhama, cuyo sitio formalizó ejecutivamente con todo el grueso de su ejército. Larga y porfiada se anunciaba la resistencia de la plaza cuando Abderrahman recurrió para vencerla con la celeridad que convenia al prestigio de su nombre, al medio de abrir brecha en sus murallas, no por medio de arietes, que no podian

jugar, dada la situacion de la fortaleza, sino á una mina, en la que las vigas y el fuego hicieron las veces de la pólvora en nuestros dias. El resultado sobrepujó sus esperanzas, pues derruido un torreon y un gran trozo de muralla, los cordobeses penetraron gallardamente por la abertura y pasaron á cuchillo la guarnicion, y en horas se hicieron completamente dueños de la fortaleza (926). La toma de tan importante plaza de armas, tenida hasta entonces por inespugnable, fué el golpe de gracia para los tenaces rebeldes de aquella parte de Andalucía, que en su vista se apresuraron á implorar la clemencia del soberano, reconociendo su poder temporal y espiritual en términos y con garantías suficientes para que les fuese otorgado el perdon.

De regreso en Córdoba y conceptuado ya pacificado el Mediodía de España, el *Califa* volvió toda su atencion á la provincia de Toledo, donde continuaba resistiendo denodadamente, Djafar, uno de los hijos que dejara Caleb-ben-Hafsun, el célebre caudillo rebelde muerto en 919 en la comarca de Huesca. Con propósito de terminar de una vez aquella pertinaz rebeldía, la única que subsistía á la sazon en el imperio musulman de España, Abderraman III hizo un llamaminto á las armas y reunió un crecido número de banderas de Andalucia, que unidas á las tropas del walí de Zurita, nombrado comandante en gefe del ejército espedicionario, entraron é sangre y fuego la provincia de Toledo. Dos años llevaban los Andaluces de guerrear sin tregua ni descanso contra los rebeldes, á quienes te-

nian ya estrechamente cercados en la antigua córte de los reyes godos de España, cuando se presentó en el real de los sitiadores, el *Califa* de Córdoba al frente de la caballería de su guardia y acompañado de los mas afamados generales de su córte. La presencia del soberano y los crecidos refuerzos que le acompañaban, intimidaron á la guarnicion, que viéndose aislada sin esperanzas de socorro, ni medios suficientes para prolongar la resistencia, determinó abandonar la plaza; lo cual llevó á cabo saliendo en número de cuatro mil hombres á caballo, y rompiendo con desesperada fúria la línea de circunvalacion que los tuviera estrechamente bloqueados.

Aquel mismo dia los notables de la ciudad se presentaron al *Califa* con las llaves de la plaza y en solicitud de perdon, que les fué otorgado generosamente. Terminada esta ceremonia Abderrahman III hizo su solemne y triunfal entrada en Toledo, por la puerta de *Bab-Sagra* (Bisagra) entre las aclamaciones del vecindario, gozoso de verse libre de los horrores de aquella prolongada guerra. El suceso tuvo lugar á fines del año 927, despues de cuarenta y dos que la ciudad se mantuvo emancipada del dominio de los soberanos de Córdoba.

Así concluyó aquella memorable rebelion que llena un período de mas de medio siglo de la historia del imperio musulman de España, comenzada por los años 863 en las escabrosidades de los Pirineos al abrigo de los inespugnables muros de la fortaleza de Rotah-el-Yehud por un menestral de

Ronda, salteador de caminos en la comarca de Trujillo y, por último, afamado capitan, y terminada en 927 en la imperial Toledo donde se proclamara rey un hijo de aquel *famoso bandido Hafsun*.

Esta rebelion, mas bien diremos guerra civil pues tuvo todas las condiciones de tal, pudiera haber sido cumplidamente aprovechada por los cristianos de Astúrias, si dementes ambiciones, si continuas discordias intestinas hijas de ese espíritu sobradamente inquieto, faccioso y rebelde á toda autoridad, que fué el carácter distintivo de todas las razas que habitaron la Peninsula, no hubiera malogrado lo propicio de la ocasion para precipitar la ruina de sus eternos é irreconciliables enemigos.

En efecto, á los tormentosos reinados que precedieron al de Alfonso III apellidado el *Magno*, sucedieron el suyo y otros no menos calamitosos hasta Ramiro II, ya se consideren bajo el punto de vista de la particion que de sus estados hizo el *Magno* entre sus hijos, ya bajo la indolencia de sus sucesores, Fruela II y Alfonso IV, ó de las enconadas rivalidades entre Leoneses y Castellanos y de las tentativas de restauracion y rebelion de Alfonso el *Ciego* y de los hijos de Fruela.

Así, pues, á mediados próximamente del siglo X la España cristiana y la España musulmana encontrándose en una situacion igual y semejante, consideradas política, geográfica y militarmente, no podian empeñar la última y decisiva batalla que su interés político, religioso y social les aconsejaba, porque ambas á dos se veian en la neccsidad de

contemporizar con su enemigo estrangero á fin de atender al enemigo doméstico que embargaba toda su atencion.

En tal situacion, ó mejor diremos, en los años que venimos historiando, cesan simultáneamente en el campo de los cristianos y en el musulman las discordias intestinas; reúnense en un solo haz cada una de las fuerzas hasta entonces divididas, y para que nadie dude que se acerca á pasos desmesurados el desenlace del drama comenzado en las orillas del Guadi-Becca, frente á Abderrahman III se levanta Ramiro II, y frente al príncipe Al-Mudhaffar el Conde Fernan Gonzalez.

Cinco años despues de la recuperacion de Toledo, con cuya victoria el glorioso *Califa* de Córdoba podia envanecerse de haber pacificado definitivamente la España musulmana, Ramiro II viéndose afirmado en el trono de Leon á beneficio de la fortuna que acompañó sus armas en la contienda que le movieron su hermano Alfonso IV pesaroso de su voluntaria abdicacion, y sus primos los hijos de Fruela, resolvió utilizar el ejército que habia reunido para sostener sus derechos, contra los musulmanes fronterizos cuya vecindad se hacia intolerable á su animoso corazon. Las obras siguieron inmediatamente al propósito; el belicoso Ramiro franqueó la Sierra de Guadarrama, frontera setentrional de los paises cristianos al Norte del Duero, «marcha sobre un pueblo llamado *Majerit* (Sampiro. Esta es la vez primera que suena este nombre en la historia de España) destruye sus murallas, pasa á

cuchillo el vecindario, tras lo cual con el auxilio de Dios, el rey regresa á sus Estados.» Las crónicas arábigas refieren, que la misma suerte que á Madjerit, hizo sufrir el rey Ramiro á Talavera. Al rumor de tan brusca y asoladora acometida acudió el Wali de Toledo con las tropas de su gobierno, mas no pudo dar alcance al ejército Leonés (932).

En justa represalia de las devastaciones hechas por los cristianos en territorio musulman, dispuso el *Califa* que el príncipe Al-Mudaffar, al frente de un numeroso cuerpo de ejército verificase una irupcion por tierras de Castilla. Sus órdenes fueron puntualmente obedecidas y el infatigable Al-Mudhaffar llegó saqueando é incendiando cuantos pueblos encontró á su paso hasta Osnna, donde le salió al encuentro el ejército castellano leonés, acaudillado por el rey Ramiro y el conde Fernan Gonzalez. Empeñóse muy luego la batalla que fué sangrienta y porfiada; pero cuyo resultado no es posible fijar, porque en tanto que la crónica de Sampiro concede la victoria á los cristianos, las Arábigas se la atribuyen á los musulmanes. De todas maneras el resultado de esta campaña (933) no debió ser muy ventajoso para lás armas del Califa, puesto que en el verano del año siguiente Abderrahman III acaudilló un nuevo ejército que siguió por Castilla las huellas de Al-Mudhaffar.

Ni en las crónicas de la Edad Media, ni en los historiadores generales hasta nuestros dias, hemos encontrado noticias de la campaña que el ejército andaluz capitaneado por el *Califa* en persona, hizo

el año 934 en Castilla; sin embargo encontrámoslas consignadas y abundantes en curiosos pormenores, en el libro de Dozy (*Recherches* t. 1.° p. 169 y 233), cuyas noticias vamos á condensar.

El año 322 de la Hegira (934 de J. C.) Abderrahman III despues de haber sitiado á Ramiro II en la fortaleza de Osma, se dirijió sobre Búrgos, que redujo á escombros habiendo destruído antes un gran número de fortalezas. En su marcha de Osma á Búrgos, los musulmanes encontraron el célebre monasterio castellano de San Pedro de Cardeña (fundado por la madre del rey Teodorico), y degollaron en él en un dia y en una hora doscientos monjes que lo habitaban, segun consta de una antigua inscripcion, único documento que da cuenta y testimonio de tan feroz y cruento sacrificio.

Era á la sazon gobernador de Zaragoza y de toda la frontera superior, Abu-Yahya Mohammed (Aben Aya, segun Morales y Mariana que así lo nombran con referencia á Sampiro y los prelados de Tuy y Toledo), quien resentido de Abderrahman III por ofensas que este soberano infirió á muchos individuos de su familia, negociara un tratado de alianza con Ramiro II, en el que se comprometia á reconocer por soberano al rey de Leon, en cuanto éste le ayudara á crearse un Estado independiente con la provincia de su gobierno. En virtud, pues, de aquel tratado Abu-Yahya se negó á acompañar al *Califa* en la campaña de 934, y se declaró en abierta rebelion. Algunos de sus generales rehusaron tomar parte en tan negra perfidia; mas Ramiro II penetró

con su ejército en la provincia (¿de Zaragoza?) sitió y tomó las fortalezas que estaban por el soberano de Córdoba y las entregó á Abu-Yahya. Despues los reyes de Leon, Navarra y el rebelde gobernador de Zaragoza, firmaron una alianza ofensiva y defensiva, de manera que todo el Norte de la Península se confederó contra Abderrahman III. La situacion era, pues, en estremo grave; pero el *Califa* le hizo frente con su notoria enerjia. Marchó desde luego á la cabeza de su ejército sobre Calatayud, cuyo gobernador, llamado Motarrif, pariente de Abu-Yahya, tenia bajo sus órdenes una guarnicion compuesta de musulmanes y de cristianos alaveses enviados por Ramiro II. Motarrif fué muerto en el primer encuentro; sucedióle en el mando su hermano Hakam, quien tuvo que abandonar la poblacion y encerrarse en la ciudadela. Viéndose en la imposibilidad de prolongar la resistencia, ofreció entregar la plaza bajo la condicion de una amnistia para él y sus soldados musulmanes. Concediósela el *Califa*; pero los alaveses que no habian sido comprendidos en la capitulacion, fueron degollados todos.

Despues de la toma de Calatayud, Abderrahman se apoderó de unos treinta castillos, y luego dirigió sus armas contra el reino de Navarra y contra el rebelde gobernador de Zaragoza. Abu-Yahaya, viéndose estrechamente sitiado en aquella plaza, pidió capitulacion que le fué concedida bajo honrosas condiciones por el Califa. No tenia, Abderrahman, la costumbre de ser blando con sus súbditos rebel-

des; pero como en esta circunstancia no se trataba de un faccioso comun, sinó de un hombre el mas poderoso en el Estado despues del soberano, el Califa le perdonó y además le dejó el gobierno de la provincia.

Esta curiosa narracion que Dozy estracta del célebre historiador Ibn-Khaldun, no solo da noticias desconocidas hasta el dia respecto á la campaña del año 334, que debemos considerar como el prólogo de la memorable verificada en 939, que cubrió de inmarcecible gloria las armas cristianas, sino que tambien rehabilita, hasta donde puede rehabilitarse, la memoria de Abu-Yahya, á quien las crónicas cristianas de la Edad media pintan con los más negros colores, suponiendo que despues de haber sido traidor á su soberano natural, lo fué y voluntariamente á Ramiro II, y al pacto que le unia con este rey y con el de Navarra.

Desde este año hasta el de 937 hubo una tregua no sabemos si tácita ó estipulada entre el rey de Leon y el *Califa* de Córdoba, segun se desprende del silencio que guardan los cristianos y musulmanes respecto á operaciones militares en el trascurso de aquellos años.

Aprovecharemos este momento de reposo en España, para bosquejar en grandes rasgos el estado en que á la sazon, se encontraban las relaciones del imperio andaluz con el de África, y los estraordinarios sucesos que pusieron el Magreb bajo la dependencia ó protectorado de los *Califas* de Córdoba; glorioso acontecimiento que si bien elevó á su ma-

yor apojeo la fama y la grandeza de Abderrahman III, fué, andando ménos de un siglo, la causa verdadera de la ruina anticipada del imperio musulman de Occidente.

Recordarán nuestros lectores que el mismo año de la muerte de Abderrahman I (788) un ilustre proscrito, Edris ben-Abdallah, imitando la conducta del último de los Ommiadas, hizo independiente del Califato de Bagdad todo el Magreb, y echó los cimientos del reino de Fez, conocido por el de los Edrisitas. Otra dinastia, la de los Aglabitas émula de los Edrisitas fundó tambien en la parte central del Magreb un nuevo reino independiente cuya córte estableció primero en Kairwan y más tarde en Túnez.

Asi, pues, Edrisitas y Aglabitas venian reinando en el Magreb con entera independencia del califato de Oriente, desde fines del siglo VIII, cuando á principios del X, estalló en África una revolucion que atrajo sobre aquel suelo los ejércitos andaluces, estrechó mas de lo que debiera las relaciones entre estos y los Africanos, y fué el orígen de la ruina que hemos apuntado en un párrafo precedente.

El alma y caudillo de aquella revolucion, lo fué un nuevo profeta apellidado *Al-Mahadi Billah*, que se decia descendiente de Ali y de Fatima la hija de Mahoma. Auxiliado por las fanáticas y numerosas tribus africanas que habia reunido bajo su bandera, aquel célebre impostor fundó un nuevo imperio en el Magreb central, y estableció su córte en una ciudad que de su nombre llamó Almahadia. Tan rá-

pido fué el crecimiento de su poderío, que el año 926, el *Mahadi*, había arrojado á los Aglabitas del Kairwan y puesto á los Edrisitas de Fez bajo su dependencia, en términos que el imperio del nuevo profeta, se consideraba más estenso y poderoso que el de los Abassidas de Bagdad, y el de los Ommiadas de Córdoba.

Graves inquietudes causaban estos acontecimientos á Abderrahman III, quien receloso de aquel desmedido poder que se alzaba en la vecindad de España, á la par que deseoso de estender sus dominios por la costa de África, dispuso terciar ejecutivamente en aquella contienda, auxiliando á los Edrisitas que habian solicitado su protectorado. Al efecto, dió órdenes al Wali de Mallorca, Emir de sus bajeles, para que aprontase una escuadra, en la que envió al África un numeroso ejército que desde luego tomó posesion de Ceuta y de Tánjer, marchó luego sobre Fez, de cuya ciudad se apoderaron los andaluces, y tras una victoriosa campaña, hizo proclamar en los púlpitos de todas las mezquitas principales del Magreb, á Abderrahman III soberano de España y África. (933)

Sumo regocijo causaron en Andalucía estos venturosos sucesos, que renovaban para ella los tiempos en que un emperador romano (Othon 68 de J. C.) puso todas las costas mediterráneas del África, en el concepto de colonias, bajo la jurisdiccion de Cádiz, con el nombre de España Tinjitana.

II.

CAMPAÑA DEL AÑO 939.

BATALLAS DE SIMANCAS Y DE ALHANDEGA.

BATALLA DE SIMANCAS 22 DE JULIO.

Uno de los acontecimientos mas memorables de la historia de España en el siglo x y aquel que mas sensacion produjo no solo en Europa sino hasta en los confines del Ásia, fué la célebre batalla de Simancas, en la que quedó vengado, moralmente, el desastre del Guadi-Becca.

Refiriéndose á este suceso, el erudito orientalista Dozy, dice lo siguiente:

«En el décimo siglo España vivia aislada, hasta cierto punto, del resto de la tierra. La division entre los musulmanes de Oriente y los andaluces habíase hecho mas profunda, si cabe, desde que Abderrahman III cambió su titulo de Emir independiente por el de Califa. Además, Francia, desde la muerte de Cárlo-Magno el amigo de Alfonso II,

no mantenia relaciones con los reyes de Astúrias; y en cuanto á los condes de la Marca Hispana habíanse aprovechado de la debilidad de los Carlovingios para hacerse independiente; de forma que los lazos que unieron aquella antigua provincia á la Francia estaban definitivamente rotos. Así, pues, en el Occidente lo mismo que en el Oriente, *nadie se cuidaba ni poco ni mucho de lo que acontecia en este rincon del mundo*, donde dos religiones y dos razas se venian combatiendo con imponderable furia, sin trégua ni descanso desde dos siglos muy cumplidos.

«Solo una vez en el curso del décimo, los Europeos y los Asiáticos fijaron su atencion en España, y fué con motivo de la derrota que las armas de Ramiro II hicieron sufrir al grande ejército del poderoso Abderrahman III. Fué tan completa y brillante aquella victoria que se habló de ella en toda la Alemania así como en todo el Oriente; empero con muy diversos sentimientos. Alegráronse los unos, y afligiéronse los otros; aquellos porque en la victoria de Ramiro veian el triunfo de la Cruz estos porque les causaba graves y fundadas inquietudes.»

Antes de reanudar la narracion, cúmplenos volver por el honor de la España cristiana y musulmana, y sobre todo de Andalucía, injustamente vulnerado con las palabras que hemos subrayado en el primer párrafo de la breve disertacion de Dozy. En efecto; nótase en ellas ese desden ó conmiseracion á que nos tienen acostumbrados ciertos escritores estrangeros que se ocupan de la historia y de las cosas de España de todos los tiempos, sin

conocer mas que muy por encima el asunto que traen entre manos. A estos les disculpa su ignorancia; pero á Dozy no le disculpa nada. El sábio profesor de Historia de la Universidad de Leyde, debió haber manifestado, que si en Occidente y en Oriente *nadie se cuidaba de lo que acontecia en este* RINCON DEL MUNDO, donde se cultivaban las ciencias y las letras como en los buenos tiempos de Atenas y de Roma; la agricultura y las artes industriales como no han vuelto á cultivarse desde entonces; donde el número de las bibliotecas, el esplendor de las ciudades y la opulencia de los palacios sobrepujaba todo cuanto la imajinacion puede concebir, y donde, por último, nació ese sentimiento de refinada cultura y elegancia, de esquisita urbanidad y y cortesía que caracterizan la moderna civilizacion, fué porque..... Porque en el siglo x el Occidente y el Oriente, tomando ambos vocablos en el sentido que Dozy les dá, esto es, Francia, Alemania y los imperios Griego y Abassida, yacian aquellas naciones en un estado de semi-barbárie, y estos imperios en un estado de completa descomposicion.

En Europa, el Griego se veia obligado á pagar un tributo á los Sarracenos. Francia, sufria el yugo de los Normandos, que se permitian con sus reyes *insolentes familiaridades*, de esos mismos Normandos que fueron espulsados repetidas veces á latigazos, por los Cristianos y musulmanes habitantes de aquel *rincon del mundo olvidado en la tierra;* la Francia, en fin, era una gran nacion en estado todavia embrionario, aniquilada por la anarquía que la de-

voraba hacía mas de medio siglo, y por la tiranía de los grandes que se repartian las provincias. La Alemania se encontraba dividida en cinco grandes Estados semi-bárbaros, rivales entre sí y entregados á todos los horrores de las guerras feudales y de las devastaciones de los Húngaros. La Italia, escepto Venecia, arrastra una existencia trabajosa, oprimida por cien tiranuelos y devorada por los escesos de la anarquía; por último, del vasto y espléndido imperio de Oriente, que dominó el Ásia, el África y una parte de Europa, solo quedaba en el siglo x, un *pontífice-rey*, á quien negaban obediencia todos los gobernadores de las antiguas provincias del Califato, erigidas en Estados independientes.

En todas partes desórdenes, escándalos, traiciones, injusticias, tiranías, desastres y escesos de todo género. Las ciencias y las letras huyen avergonzadas; las tinieblas de la ignorancia cubren la faz de Europa.... Solo en Córdoba, en Sevilla, en toda la Andalucia, en fin, se cultivan la astronomía, las matemáticas, la química, la medicina, la botánica, la historia, la geografía, la poesía la arquitectura.... ¡Cómo no habia de vivir aislada la España en medio de la barbárie que la rodeaba por todas partes! Los hechos se encargarán muy luego de dar cumplida contestacion al equivocado juicio de Dozy.

Volvamos al suceso de la batalla de Simancas, que calificamos de uno de los mas importantes del siglo X y del cual, por desgracia, se conservan muy escasas noticias, y estas consignadas únicamente en las crónicas latinas con su aridez y laconismo

acostumbrado, puesto que las arábigas parece tuvieron á empeño ocultar, ya que no les fuera posible borrar en totalidad esta página de su historia. Sin embargo en medio del laconismo de aquellas, del disimulo de estas y de las inexactitudes ó exajeraciones en que han incurrido los historiadores modernos que se dejaron guiar por Conde, no es imposible que con asídua atencion y reflexionado exámen de todos los documentos que han llegado hasta nuestros dias se alcance un conocimiento bastante aproximado de la verdad. Esto es lo que hemos procurado conseguir, y lo que vamos á exponer con toda la brevedad posible, á cuyo fin sacrificamos controversias que serian ociosas en este lugar, limitándonos á referir los hechos, citando los testimonios que deponen en favor de su exactitud, y á rectificar los errores con toda la posible concision.

En 937, tres años despues de la victoriosa campaña que Abderrahman III hizo en Castilla y por los paises que baña el Ebro hasta Zaragoza, toda la España musulmana gozaba de completa paz, á cuyo amparo prosperaban su cultura y su riqueza como nunca habian prosperado. Vencidos los rebeldes en todas partes y apagados los ódios y rivalidades que dividieron la gran familia mahometana española; en paz con los cristianos de Astúrias; reconocido el *Califa* de Córdoba soberano del Magreb, y solicitada su alianza por los Emperadores de Constantinopla, la situacion del imperio andaluz era tan próspera y lisonjera, que sin temor á pecar de exajeracion nos

atrevemos á decir, que en los años de 937, el blanco pendon de los Ommiadas era admirado y temido desde el Atlas hasta más allá del Rhin, y desde el Estrecho hasta el Bósforo.

Así las cosas, cuando no se divisaban en ningun punto del horizonte señal alguna de próxima borrasca, y cuando la prosperidad moral y material de Andalucía alcanzaba su mayor desarrollo, una intriga de córte, acaso una rivalidad entre familias ó magnates poderosos, llevó á un calabozo y luego al suplicio á un Wazir de la córte del *Califa*, llamado Ahmed ben-Ishac. Segun refiere Masudi, Abderrahman le condenó á muerte por sus *opiniones Schiitas*. «Pero este Wazir, continúa el autor citado, tenia un hermano, llamado Omaiya que ejercía el cargo de gobernador en Santarem, ciudad situada no lejos del mar, el cual Omaiya, cuando supo la muerte de su hermano, se sublevó contra Abderrahman. De vez en cuando dirigíase á los Estados de Ramiro, rey de Galicia, á quien ayudaba contra los musulmanes, y le indicaba los parajes por donde estos podian ser combatidos con éxito. Cierto dia que Omaiya habia salido á cazar en sus tierras, uno de sus oficiales sublevó la ciudad cerró las puertas al gobernador y envió una comunicacion á Abderrahman dándole cuenta de lo que pasaba. Omaiya ben-Ishac, el hermano del Wazir ejecutado, fuése entónces á la córte de Ramiro, quien le distinguió con su amistad y le nombró ministro. Desde aquel dia Omaiya sirvió en el ejército del rey de Galicia.»

Esta breve narracion de cuya veracidad dan testimonio, el autor del *Akhbar-madjamua*, y el historiador Ib-Kaldun, nos suministra un dato precioso para venir en conocimiento de las causas que movieron á Abderrahman III á emprender, con inusitado y estrepitoso estruendo, la campaña de 939 contra los cristianos del norte del Duero.

En efecto, despues de la rebelion (934) de Abu-Yahya Mohammed, gobernador de la provincia de Zaragoza y su alianza con el rey Ramiro II, cuya soberanía reconoció tambien Omaiya-ben-Yshac, gobernador de un distrito de Lusitania, y el pleito homenage que tributó al mismo Ramiro, revelaban con deslumbrante claridad que el espíritu faccioso de las tribus berberiscas que durante mas de dos siglos habia mantenido encendida la antorcha de la discordia civil en la España musulmana, habíase pasado, despues de su estincion en Toledo y en la Sierra de Elvira, á las familias mas influyentes y poderosas del imperio, que desde la fundacion del *Califato* se manifestaban en mal disimulada oposicion con el absoluto y despótico poder de los soberanos de Córdoba.

En tal virtud, bastaban las mas triviales nociones de la ciencia del gobierno, y las sencillas reglas del sentido comun, para comprender que el primero y principal enemigo que convenia destruir, era aquel que fomentaba las rebeliones de la nobleza, les prestaba su poderoso apoyo, y aseguraba la impunidad á los rebeldes. Aniquilando aquel, estos, faltos de amparo habian de renunciar á todas sus

pretensiones; que no es posible sostener, ni aun las mas legitimas si se carece de una fuerza cuando menos igual á la que se opone á su triunfo.

Por si estas razones no fueran suficientemente poderosas á mover las armas del Califa de Córdoba contra el rey de Leon, éste se encargó de suministrárselas de una naturaleza que no admitía tardanza. Es así, pues, (segun refiere la Crónica de Sampiro) que el belicoso Ramiro II con su aliado Omeiya-ben-Yshac, pasó el Duero, se internó por las campiñas de la Lusitania, llegó hasta Badajoz y Mérida, y regresó por Lisboa á sus Estados arrastrando un riquísimo botin de esclavos y riquezas de todas clases. Esta venturosa espedicion de los cristianos en las provincias musulmanas, debió verificarse á principios del año 938.

La noticia de aquel desman, hubo de colmar la medida de la indignacion del glorioso Abderrahman III, que decretó la inmediata proclamacion de la *Guerra Santa;* pero la verdadera Guerra Santa contra los *infieles*, que el Corán impone como un precepto ineludible á los verdaderos islamitas. Resuena el pregon dia y noche en todas las mezquitas musulmanas, de España y del Magreb dependiente del Califato de Córdoba, y los fieles muslimes entusiasmados aprestan con ardor en todas partes armas, caballos, dinero y cuantos medios conceptúan necesarios para vencer en la formidable lucha que se prepara.

En el otoño de aquel año reúnense, en cumplimiento de las órdenes del Califa, todas las banderas

de las diferentes provincias de España, y el material de guerra en las campiñas que riega el Tormes á la vista de Salamanca (Segun Conde y los historiadores que le siguen; lo cual no es improbable, como luego veremos). Incorpóraseles muy luego el príncipe Al-Modhaffar con las banderas de Mérida y los ginetes del Algarbe; y, por último, en los primeros dias de Diciembre llega al campamento Abderraman III acompañado del Divan de Córdoba, de los jeques principales y de la célebre caballería andaluza. Pasa el Califa revista á su ejército y cuenta en él, segun la version mas generalizada, cien mil combatientes. En esta circunstancia, como se vé, no se cuidó de que las familias y los campos quedasen desamparados y faltos de brazos para su sosten y cultivo. Verdad es, que no iba á combatir contra los rebeldes musulmanes de la España Oriental ó de las sierras de Ronda y de Elvira, sino contra los Gallegos, Asturianos y Leoneses, «que eran, dice Masudi, los enemigos mas temibles de los Andaluces, sin esceptuar á los Francos, que aunque valientes tambien no lo eran tanto como los súbditos del rey de Leon.»

Pasóse el invierno de 939, haciendo los preparativos y trazando el plan de la campaña de aquel año y al despuntar la primavera, el ejército musulman se puso en movimiento para invadir los Estados de Ramiro II.

Aquí comienzan las dificultades que hemos indicado en una de las páginas precedentes, relativas á poner en claro ciertos pormenores de esta cam-

paña, acerca de los cuales encontramos notables divergencias en los historiadores que nos han precedido. Conde, Romey y Lafuente, dicen que el ejercito musulman, *desde Salamanca*, se dirigió al Duero que pasó entre Toro y Tordecillas, despues de lo cual saqueó varias poblaciones cristianas entre ellas *Amaya, Osma, Aranda, San Esteban de Gormaz y puso sitio á...Zamora!!* Ambrosio de Morales. (L. XVI C. 14) que sigue al fidedigno cronista Sampiro, dice «No siguió (Abderrahman) el camino usado de Osma y Santisteban de Gormaz y las otras tierras de los Castellanos; sino fuese derechamente á los primeros confines del reino de Leon, y puso su campo sobre la villa de Simancas, que es la primera plaza fuerte de aquel reino, *en el camino que el moro llevaba.*»

Suponiendo, como lo creemos muy probable, que el punto de reunion en el otoño del 939, del ejército de Abderrahman, fuera Salamanca, basta dirigir una rápida ojeada sobre el mapa geográfico de las provincias que fueron teatro de aquel acontecimiento, para convencerse que Ambrosio de Morales es, entre los historiadores mencionados, el que mas se acerca á la verdad.

Conde y los autores que se inspiraron en su libro, dicen que el ejército musulman puso desde luego sitio á Zamora, y que al tener noticia de la aproximacion del cristiano acaudillado por Ramiro II, Abderrahman y su tio Al-Mudhaffar dispusieron salirle al encuentro, dejando una division de veinte mil hombres sobre la plaza citada. Pero es

el caso, que ninguna crónica española, ni arábigo (escepto Masudi) nombra para nada á Zamora en esta ocasion, y que Sampiro y los Anales Complutenses y Toledanos, dicen con toda claridad que los musulmanes atacaron, no en *Zamora*, sino en *Simancas*, «que es la primera plaza fuerte que debieron encontrar en el camino que llevaban;» nótese bien esta indicacion de Ambrosio de Morales.

Dejando para mas adelante indicar las causas que pudieron inducir en error á los autores citados, vamos á describir la batalla de Simancas, cuyos pormenores tomamos principalmente de Conde (C. LXXX) por ser quien los da mas estensos, siendo á la vez muy verosímiles.

En tanto que el glorioso Abderrahman III reunia sus formidables aprestos guerreros contra el rey de Leon, el belicoso Ramiro II los hacia no menos imponentes para la defensa de su reino y corona. Al efecto hizo un llamamiento al rey de Navarra, al poderoso conde de Castilla (que no respondió á él) á todos los condes y gobernadores dependientes del trono de Leon y á cuantos nobles y hombres de armas le reconocian por señor. Reunido el ejército cristiano y noticioso el Leonés de que los musulmanes habian abierto la campaña, «poniendo su campo sobre la Villa de Simancas situada en la confluencia del Pisuerga y el Duero» (A. de Morales) marchó resueltamente contra ellos, sin dejarse intimidar por lo que la fama pregonaba de su numeroso é incontrastable poder. El dia 18 de julio avistáronse ámbos ejércitos, y acto contínuo sus cam-

peadores empezaron una brava escaramuza que no tuvo resultado importante. A puestas del sol retiráronse á sus respectivos campamentos, donde los generales pasaron la noche haciendo los preparativos para la batalla que no podia dejar de empeñarse al dia siguiente. Amaneció el 19, y en las primeras horas de su mañana ámbos ejércitos se pusieron en movimiento; mas apenas hubieron tomado posicion cuando se oscureció súbitamente el cielo y quedó la tierra sumida en tinieblas. (Este eclipse se verificó en la fecha que queda consignada, segun refieren las crónicas árabes y cristianas, los Anales de Saint-Gall, y los Monges de San Mauro). Este inesperado fenómeno, pavoroso para la superstición y sencilla credulidad de aquellos tiempos, entibió el ardor de la juventud guerrera, y ámbas huestes se replegaron silenciosas á sus respectivos campamentos. Dos dias permanecieron observándose, inquieto el corazon y oscilando el ánimo entre el temor y la esperanza. Luce, al fin, radiante el sol del 22 de Julio de 939. Los caudillos cristianos y musulmanes mandan tocar clarines y empuñar lanzas, y ambos ejércitos toman posicion. El Leonés formó en línea sus gruesas masas de infantería y caballería, á cuyo frente se colocaron Ramiro II y el wali de Santarem, Omaiya ben-Ishac, causante de aquella guerra, á quien acompañaba un numeroso escuadron de ginetes musulmanes de su parcialidad: el Andaluz se situó en idéntica formacion, mandadas sus alas por los walíes de Toledo y Badajoz y el centro por el príncipe Al-Mudhaffar, en tanto que el *Califa*

con los miembros del Divan, su guardia personal y un cuerpo de tropas escogidas se situó á retaguardiá dispuesto á acudir donde su presencia fuera necesaria. En esta situacion permanecieron las dos huestes toda la mañana viendo escaramuzar sus respectivos campeadores, hasta que ya alto el sol el esforzado príncipe Al-Mudhaffar, puesto al frente de los escuadrones de vanguardia, dió la señal de ataque precipitándose lanza en ristre y á toda brida sobre el centro de la línea de batalla de los cristianos. En el acto los ejércitos enemigos avanzaron con igual ímpetu y decision. Los escuadrones cristianos del centro cuyos soldados y caballos estaban cubiertos de lorigas y malla de hierro, resistieron como una muralla de bronce la carga del enemigo, y se la devolvieron con tan brioso empuje que las primeras lineas musulmanas retrocedieron aplastadas bajo los rudos golpes de los membrudos soldados de Leon. El príncipe Al-Mudhaffar reanimó el valor de sus soldados con sus voces y con su ejemplo. Blandiendo su temible lanza penetraba en lo mas apretado de la refriega amontonando víctimas bajo los cascos de su caballo; pero el ínclito Ramiro y el valeroso Omaiya ben-Ishac contrarestaban su pujanza rompiendo y atropellando cuanto se oponia á su paso. Así continuó la batalla en toda la línea por espacio de tres horas, bajo el sofocante calor de una tarde del mes de Julio y envueltos los combatientes entre densas nubes de polvo que les producia una sed abrasadora. A puestas del sol los musulmanes comenzaron á dar seña-

les de cansancio y á perder terreno á ojos vistas. Este movimiento arrancó un grito de júbilo al ejército cristiano; que redobló su empuje, y cual si entrara de refuerzo en la pelea, dió una carga general tan impetuosa, que arrolló el centro del enemigo y puso en completa dispersion su ala derecha mandada por el wali de Toledo. Viendo Abderrahman que la jornada estaba á punto de perderse ordenó á la reserva, que todavia no habia entrado en accion, que se dispusiera para el combate; y él mismo montado en un soberbio caballo blanco, y llevando sobre el arzon delantero de la silla un ejemplar del Corán, cuyos versículos recitaba en alta voz, se lanzó al frente de la incontrastable caballería andaluza sobre un flanco del ejército cristiano. Esta embestida dada con tropas veteranas y que venian de refresco sobre soldados estenuados por la fatiga y que habian perdido su órden de batalla cebándose en la persecucion de los fugitivos, atajó la victoria que ya coronaba las banderas de Leon, y puso de nuevo en duda el éxito de la batalla. Viendo el esforzado Ramiro escapársele la victoria de las manos, acudió disparado con sus pesados escuadrones á contrarestar el ímpetu de los ginetes andaluces, movimiento que trasladó todo el peso de la refriega á uno de los estremos de la primitiva línea de batalla. Fué tan récio y desesperado el choque entre aquellas masas de caballería, que la confusion se introdujo en ellas, y el combate se transformó en espantosa carnicería donde cada caudillo y soldad[o] se batía sin órden ni concierto contra un enemigo

donde no eran escuchadas las voces de mando de los gefes. El glorioso Abderrahman, haciendo prodigios de valor personal, vió caer á su lado sus mas bizarros generales cuya sangre enrojeció su blanco ropaje y su turbante de Iman. Por fin, despues de siete horas de incesante pelea, ámbos ejércitos diezmados, estenuados de fatiga, devorados por la sed y envueltos entre las sombras de la noche que no les permitian distinguir el amigo del contrario, se separaron sin que *hubiese entre ellos vencidos ni vencedores.*

Esta es, pues, *bordada* y *retocada* la descripcion que de la batalla de Simancas hace el orientalista Conde, sin decirnos, segun su costumbre, de qué autor arábigo la ha tomado; pues si bien nombra, al final del c. LXXX al historiador Masudi, este autor no desciende á tantos pormenores en la reseña que hace de la campaña del año 939, contra el rey de *Galicia*. No discutiremos la certeza de estos detalles, que por otra parte nada tienen de inverosímiles; pero lo que negaremos es el resultado de la batalla, tal cual lo consignan Conde y los historiadores que le siguen, dado que testimonios muy dignos de fé aseveran terminantemente que el ejército leonés obtuvo una completa victoria, y el musulman mas que una derrota sufrió un desastre total.

Demostrémoslo. La crónica de Sampiro, que abraza los sucesos del siglo x hasta 984, dice que el rey Ramiro alcanzó una completa victoria en Simancas, y mató 80,000 moros.

El célebre historiador Ibn-Kaldun, refiere el

acontecimiento en las siguientes lacónicas frases: «En el año 327 de la Hegira (939) Abderrahman hizo la campaña de Alhandega contra la Galicia. Fué completamente derrotado; los musulmanes perdieron mucha gente, y Mahommed Inb-Hachim el Todjibita, cayó prisionero.» (Nótese que Sampiro refiere tambien la prision en la misma circunstancia, de este Mahommed, que es el mismo Abn-Yahya gobernador de Zaragoza, que en 934, se rebeló contra el *Califa* y reconoció la soberanía del rey de Leon).

El autor del libro intitulado el *Akhbar-madjmua*, nos dá los siguientes curiosísimos é interesantes detalles acerca de aquel acontecimiento: «El Califa, (á quien Dios perdone) ensoberbecido con sus triunfos se entregó sin freno á los placeres. Desde aquel punto no el mérito sino el favor obtuvo los destinos públicos. Eligió sus ministros entre personas de notoria incapacidad, é irritó á los nobles encumbrando á los altos puestos del Estado á hombres vulgares como Nadjda de Hirá y otros esclavos de la misma estofa. Dió á este Nadjda el mando de su ejército; le confió los negocios mas importantes del Estado: obligó á los generales y á los wazires, hasta los mismos generales y wazires árabes! á doblar la rodilla ante él y á obedecerle en todo. Es así que este Nadjda era una nulidad, arrogante y estúpido como lo son generalmente las gentes de su clase. Los generales de noble origen conviniéronse, pues, en dejarse derrotar, y cumplieron su convenio en la campaña del año 327 (939). El Califa habia reu-

nido bajo sus banderas un número inmenso de soldados, y gastado sumas enormes para hacer aquella guerra, á la que llamó la *campaña del poder supremo;* pero sufrió la mas VERGONZOSA DERROTA. Durante muchos dias consecutivos los cristianos persiguieron á sus soldados pisándoles los talones, matándolos por todas partes y haciendo numerosos prisioneros. Pocos oficiales consiguieron reunir bajo sus banderas una parte de sus soldados y volverlos á sus hogares.»

En vista de estos testimonios, habrá quien ponga en duda que el resultado de la batalla de Simancas fué un espléndido triunfo para el ejército cristiano, y una completa derrota para el musulman?

BATALLA DE ALHANDEGA 5 DE AGOSTO.

Aparece con bastante claridad en los documentos que hemos examinado, que despues de la derrota que el 22 de julio tuvo el ejército de Abderrahman III en los campos de Simancas, sufrió un nuevo desastre en los primeros dias de agosto en Alhandega: empero preséntansenos tan confusos y enmarañados los pormenores de aquel segundo descalabro, que se hace indispensable un exámen prolijo de aquellos documentos para sacar la verdad en claro.

Empezemos, pues, por fijar aproximadamente la situacion de esta ciudad ó fortaleza, que ha des-

aparecido de la haz de la tierra hace ya algunos siglos. Ibn-Kaldun, en su Historia de los reyes cristianos de España, dice, entre otras cosas, refiriéndose á la campaña de Abderrahman en el verano de 939. «Esta batalla tuvo lugar en Alhandega, cerca de la ciudad de Simancas (?) como lo hemos referido en la historia de Al-Nasir.» Yepes y Ambrosio de Morales, la sitúan cerca de Salamanca; el último dice: «No contento el valeroso D. Ramiro con la insigne victoria, siguió el alcance hasta la ciudad de Alhóndiga en la ribera del Tormes por bajo de Salamanca,» ajustándose en esta relacion á la crónica de Sampiro. Damos entero crédito á Yepes y á Morales, considerando que en el siglo XVI la tradicion del país conservaba todavía cierto carácter de autoridad.

Pero es el caso que Masudi, Conde, ni los historiadores de nuestros dias que los siguen, nombran en ninguna parte de su relacion la ciudad de Alhandega, en tanto que se esplayan á sus anchas en la de los sangrientos pormenores de la toma de Zamora; de la misma manera que las crónicas latinas y arábigas de la Edad media mas dignas de fé, no mencionan á Zamora, y nos hablan de Alhandega donde se dió la segunda batalla el dia 5 de agosto. ¿Cómo concordaremos relaciones tan desemejantes? Dozy, en una oportuna y juiciosa observacion, satisface cumplidamente á la duda.

Los Árabes, dice este distinguido autor, llamaron *al-Khandec* la ciudad que Sampiro llama *Alhandega;* además dieron este mismo nombre de *al-*

Khandec á varios pueblos rodeados de un foso: de aquí procede que cuantas veces se encontró en los autores musulmanes, *wacca al-Khandec*, se tradujo, *batalla del Foso*. El error, pues, de Masudi, (el historiador arábigo—que nunca estuvo en España—á quien siguen Conde, el inglés Murphy, y todos los autores que escribieron despues de estos dos orientalistas) fué el haber ignorado que *al-Khandec*, era un nombre propio; y tomando este vocablo en el sentido de *foso*, creyó que la batalla de *Alhandega* tuvo lugar cerca de un *foso de Zamora*.

Ahora bien; considerando que Sampiro y los autores arábigos mas dignos de fé, aseguran que la batalla del 5 de agosto se dió en la ciudad de *Alhandega, situada abajo de Salamanca*, en cuyos campos se verificó, en el otoño del año precedente, la reunion del grande ejército musulman: considerando que los citados cronistas no nombran á Zamora, y, además, que es inverosímil que aquel ejército, saliendo de Salamanca pasase el Duero entre Toro y Tordesillas; marchase contra Osma, Aranda y San Esteban de Gormaz; retrocediese sobre Zamora; contramarchase sobre Simancas; perdiese el 22 de julio la batalla que lleva este nombre; se rehiciese delante de Zamora, cuyos muros expugnó, perdiendo cuarenta mil hombres, y volvióse sobre Salamanca para ser derrotado, por *tercera vez en* 5 *de agosto*, en Alhandega: considerando, que Ibn-Kaldun y Sampiro nombran con toda claridad á Alhandega, como lugar donde Abderrahman III sufrió la segunda derrota, y que este último cronista dice,

que dos meses despues de aquella *Azcifa*, (campaña de verano) ó sea en el otoño de 939, el rey Ramiro se encaminó con su ejército al Tormes y repobló, entre otras ciudades y villas *Salamanca* y *Alhandega*, que habian quedado desiertas á resultas de la campaña anterior, no nombrando entre aquellas la de Zamora; considerando, en suma, todas estas razones de difícil impugnacion, negamos lo de la batalla de Al-Kandic, ó del *Foso de Zamora*, ó por mejor decir, trasladamos el suceso á Alhandega, en cuyo caso no tenemos inconveniente en reproducir la narracion de Masudi, que sirvió de texto á Conde, Murphy, Romey, Lafuente y demás historiadores de nuestros dias, cambiando solo el nombre de *Zamora* y el *Duero*, por los de Alha ndega y el Tormes.

Esto sentado, vamos á *bordar* y *retocar* tambien la narracion que del sitio y batalla de Alhandega hacen Masudi, Conde y otros historiadores.

Muy pocos dias despues del desastre de Simancas el ejército musulman llegó sobre Alhandega. Era esta ciudad una de las fortalezas mas importantes de los cristianos; defendíanla al S. el Tormes, y al N. dos recintos de macisos murallones flanqueados de altas torres, y protejidos por anchos fosos y almenadas barbacanas; además era por su situacion, un punto estratégico para las armas cristianas y la llave que les facilitaba la entrada en las provincias musulmanas del Oeste y centro de la Península. Esta consideracion, ó acaso el deseo de proporcionar á sus soldados un desquite de la rota de Simancas, así como el no dejar enteramente infruc-

tuosos los inmensos sacrificios que hiciera para emprender la *campaña del poder supremo*, obligaron al Califa á cifrar su empeño en conquistar la plaza; mas todos sus esfuerzos se estrellaban contra la heróica resistencia que le oponia la bizarra guarnicion, que rechazaba gallardamente los impetuosos ataques de los sitiadores, causándoles pérdidas horrorosas. Ocho ó diez dias llevaria Abderrahman de estar batiendo la ciudad, cuando le llegó aviso de que el rey Ramiro acudia con su ejército en socorro de los sitiados; novedad que llenó de inquietud á los musulmanes. En su virtud, el *Califa*, temiendo verse sitiado en sus propios reales, dispuso un ataque general y decisivo contra la plaza. Los musulmanes acercaron todas sus máquinas de batir á las murallas del recinto esterior, en las que abrieron espaciosas brechas por donde se precipitaron como un torrente asolador, entonando el himno de la victoria. Mas viéronse detenidos por un *ancho foso* lleno de agua que defendia el segundo recinto de torres y murallas, desde cuyos adarves y por entre cuyas almenas los cristianos hicieron llover sobre ellos tal nublado de flechas, dardos y piedras, que las primeras banderas que dieron el asalto tuvieron que retirarse en desórden, dejando las dos terceras partes de sus soldados muertos al pié del *foso*. En aquel momento aparecieron por la llanura, á espaldas del campamento musulman, los campeadores y luego todo el ejército del ínclito Ramiro II. La situacion no podia ser mas grave ni comprometida. Los musulmanes

hicieron un supremo esfuerzo; adelantaron á la carrera las banderas de Toledo y del Algarbe; é impulsados por el terror y la desesperacion, arrojaron al *foso* los heridos y los cadáveres de sus hermanos víctimas del primer asalto, y atravesaron el *foso* por encima de aquel puente de carne humana palpitante. Fué tan briosa y desesperada la acometida que los cristianos no pudieron contrarestarla y *allí murieron todos como buenos en el lugar que ocupaban*. Los musulmanes penetraron á sangre y fuego en la ciudad y plantaron la bandera del Islam sobre los derruidos muros de Alhandega. (El suceso debe ser cierto, puesto que segun hemos referido anteriormente, Sampiro dice que dos meses despues de terminada esta campaña el rey de Leon repobló Alhandega y otras ciudades.)

Mas este fué el primer y único triunfo de Abderrahman en esta memorable *campaña del poder supremo*. Con la expugnacion del último baluarte de la invicta ciudad, coincidió la primera carga del ejército leonés contra el del *Califa*, que se habia formado en batalla para rechazarle. Vano intento! El poderoso Abderraman III vió de nuevo su estandarte hecho jirones y sus soldados arrollados, acuchillados y puestos finalmente en completa dispersion por los vencedores de Simancas!

Desde el mismo campo de batalla, el dos veces vencido ejército musulman emprendió aceleradamente su retirada por Salamanca hácia Andalucía. La memorable campaña de 939, cuyos preparativos habian durado mas de un año, se resolvió en quince

dias, desde el 22 de Julio al 5 de Agosto inclusives, y costó á los musulmanes en dos batallas y un sitio una pérdida que el cronista Sampiro hace subir á 80,000 hombres, y que Masudi—historiador árabe, contemporáneo de los sucesos, puesto que hablando del rey Ramiro II dice lo siguiente: «Ramiro reina todavía en los momentos en que escribo, es decir en el año 332 (943 á 944)—calcula en 40 ó 50,000 esto és, en la mitad del grande ejército.

Nos anticipamos á contestar al cargo que pudiera hacérsenos respecto al mayor crédito que debe concederse á Masudi, historiador contemporáneo de los sucesos, sobre los autores que escribieron uno ó dos siglos despues; diciendo, que aquel historiador es tenido por uno de los mas superficiales entre los arábigos, y que nacido en Bagdad y habiendo pasado su vida recorriendo el Ásia y el África, no puso jamás los piés en España, ni habia oido hablar de Alhandega ni de Simancas; por lo cual no nos es posible concederle mas crédito que á la crónica de Sampiro, contemporánea tambien de aquellos sucesos, y á Ibn-Kaldun y el autor *Akhbar-madjmua*, cuyos formales testimonios están en contradiccion con lo que asevera el *célebre polígrafo Masudi*.

Dice Ambrosio de Morales (L. XVI. C. XIV) copiando casi textualmente á Sampiro, que el rey Ramiro despues de haber vencido al *Califa* en la batalla de Alhandega, recuperó *el castillo*, y se volvió victorioso á Leon con los suyos muy contentos con la gran presa de oro, plata, ricas vestiduras y caballos que hubieron en el saqueo de los reales de Abder-

raman. «Es muy famosa y celebrada, concluye, esta victoria en las crónicas arabescas, y llámanla *la del Barranco.*»

Suponiendo que nuestros lectores tendrán deseo de saber la suerte que les cupo á los dos walies traidores, causante de aquella sangrienta campaña, diremos: que Abu-Yahya Mohammed, el gobernador de Zaragoza que en 934 reconociera la soberanía de Ramiro II y que luego se encontró en la batalla de Simancas al lado de Abderrahman III, donde fué hecho prisionero (Sampiro é Ibn-Khaldun) permaneció dos años y tres meses aherrojado en Leon; recobrando la libertad al cabo de este tiempo á beneficio de las reiteradas instancias del Califa de Córdoba. En cuanto al wali de Santarem, Omaiya Ben-Ishac, que lidió valerosamente bajo las banderas de Leon en aquella memorable refriega, aparece, segun Masudi, que algun tiempo despues solicitó y obtuvo su perdon de Abderrahman, y que habiendo logrado huir de la corte de Ramiro se refugió en la del *Califa* que le acojió honrosamente.

Por último, cuentan Ibn-Kaldun y el autor del *Akhbar-madjmua*, que Abderrahman III despues de la desastrosa *azcifa* de 939, no volvió á ponerse al frente de sus ejércitos, y pasó los dias de su vida en medio de los placeres y de su afan de edificar alcázares, mezquitas, y de embellecer las ciudades.

El mismo año de la memorahle derrota de los musulmanes andaluces en Simancas y Alhandega, nació, en una aldea junto á Algeciras, Mohammed

ben-Abi-Ahmer, aquel gran capitan del siglo X conocido en la historia con el nombre de ALMANZOR, quien debia vengar el desastre de 939, dando por fronteras al imperio musulman de España dos mares y los Pirineos, y venciendo cincuenta campañas sin perder una sola batalla.

III.

Desde la batalla de Simancas hasta la muerte de Abderrahman III.

939 á 961.

Si hubiéramos de juzgar de aquellos tiempos por los nuestros, nos causaria verdadero asombro el ningun resultado que tuvo, salvo la sangre derramada y los pueblos saqueados y reducidos á escombros, la célebre campaña de 939, para el victorioso rey de Leon y para el vencido *Califa* de Córdoba; puesto que ninguno de ellos ganó ni perdió un solo palmo de terreno, ni tuvo que suscribir á una paz mas ó menos humillante, ni pagar la mas insignificante cantidad como *indemnizacion de los gastos de la guerra*. Esta indolencia de cristianos y musulmanes despues de la victoria ó la derrota, de la que las crónicas de aquellos siglos nos suministran abundantes pruebas, manifiesta con bastante claridad que los cuatro principales móviles que impulsaban aquellas guerras deben colocarse por el órden

siguiente: codicia de presa, ó pillaje; deseo de conservar la integridad del territorio y temor de comprometerlo yendo mas allá de lo que estrictamente exijian las circunstancias; espíritu de conquista ó reconquista pero subordinado á las necesidades del momento, y, por último, la idea religiosa; pero tan mal definida todavía, que cualquiera cosa sirve de pretesto para estrechar alianzas entre cristianos y musulmanes, contra los musulmanes ó los cristianos. Sin embargo; debemos decir en honor de la verdad, que en los tiempos que venimos historiando, los musulmanes son los que se señalan en cometer tan incalificables defecciones.

La campaña de 939, no podia eximirse, pues, de aquella ley fatal que regia la marcha de las dos razas enemigas, en sus contínuas y aparentemente infructuosas luchas; sin que sirva de disculpa al valeroso Ramiro II la sublevacion que tuvo que combatir en el año siguiente movida en Castilla por el conde Fernan Gonzalez, deseoso de hacerse independiente de la soberania de Leon, ni al glorioso Abderrahman III su carácter civilizador que le inclinaba mas á las benéficas dulzuras de la paz que á las feroces emociones de la guerra, puesto que el primero pudo despues de sofocada ejecutivamente la sublevacion del conde Castellano, haber intentado, aprovechando el prestigio que ganara en Simancas, adelantar las fronteras de su reino hácia el Tajo, y el segundo haber confiado á su tio el príncipe Al-Mudaffar el encargo de vengar el desastre de Alhandega.

Nada intentaron, el uno para acrecer su prestigio político y militar, ni el otro en desagravio del honor de sus armas. Así trascurrieron algunos años durante los cuales, si se esceptuan las ordinarias correrías de *moros* y *cristianos* por las fronteras del Duero, continuaron en suspenso las hostilidades entre Leoneses y Andaluces; hasta que en el de 944 se ajustaron tréguas por cinco años entre Ramiro II y Abderraman III, que fueron religiosamente guardadas por ambos soberanos. Así lo testifican las crónicas consultadas por Morales y Conde.

A partir de este año y durante los 17 que se sucedieron hasta la muerte del *Califa*, Andalucía gozó los beneficios de una paz completa que se señaló en ella como siempre, ó mas bien diremos como nunca, por el estraordinario desarrollo que alcanzó prosperidad moral y material. En efecto, considerando el estado en que se encontraba el mundo entonces conocido, la imaginacion se pierde contemplando la grandeza, la opulencia y el inmenso prestigio que por su cultura intelectual alcanzó el pueblo andaluz en aquel periodo de tiempo que se prolongó hasta despues de la muerte del hijo y sucesor del hajib Almanzor el Grande. Necesitaríamos un espacio mucho mayor del que podemos disponer para detallar circunstanciadamente la próspera situacion en que, bajo todos los conceptos se encontró Andalucía, desde la mitad del siglo x hasta los primeros años del undécimo; y esta falta así como la índole de nuestro libro nos obliga á compendiar

en tres ó cuatro hechos los mas señalados del reinado de Abderraman III, toda aquella cultura moral y material, toda aquella grandeza y todo aquel prestigio y poder que hizo de Córdoba, la admiracion del mundo y la Atenas de la Edad media en Europa.

Refiere Conde (c. LXXIX) que á cinco millas al Poniente de Córdoba, sobre la orilla derecha del Guadalquivir, y en un lugar ameno decorado con toda la pompa de la magnífica vejetacion del clima de Andalucía, estaba situada una pintoresca alquería donde Abderrahman III solia pasar las temporadas de primavera y otoño léjos del bullicio de la córte y libre de los cuidados del gobierno del vasto imperio. Andando el tiempo, parece que para honrar ó complacer á una hermosa esclava llamada Zahara (flor) á quien amaba con predileccion entre todas las de su Harem, mandó trasformar aquella modesta alqueria en una hermosa ciudad, en medio de la cual se alzaba el alcázar del *Califa*, en el que se veian compendiadas todas las maravillas de la arquitectura, todos los inimitables primores de la decoracion del tallado y de la pintura del arte arábigo; todo el fastuoso lujo oriental, y toda la grandeza del soberano que habitaba en él, así como la del pueblo que con el sudor de su frente subvenia á aquella demente prodigalidad. Contábanse en él cuatro mil trescientas columnas de mármoles de colores con capitel y basa primorosamente tallados. Los pavimentos y paredes de los salones estaban construidos con pórfido de Córdoba y jaspes de vi-

vos colores. Los artesonados de madera de alerce lucian los mas delicados tallados, el oro y esos vivísimos colores cuyo secreto no se conoce en el dia. En el centro de algunas de aquellas deslumbrantes salas habia fuentes cuyos surtidores elevados á conveniente altura, caian en tazas de mármol de elegante y variada forma, produciendo un dulce y melancólico murmurio. En medio del salon llamado del Califa, admirábase una concha rebozando agua cristalina y en su centro un cisne de maravillosa labor, fundido y cincelado en Constantinopla, y sobre el cisne, pendiente del artesonado veíase la magnífica perla regalada á Abderrahman por el emperador griego Leon IV. Contiguos al alcázar habia magníficos jardines cuajados de árboles, arbustos, plantas y flores de todas especies y de varios climas; las crónicas arábigas se deleitan ponderando el regalo de aquellos deliciosos vergeles, sus emparrados, sus sotos, sus senadores en los que la vid entretegida con la palma y el naranjo, brindaban á porfia sus racimos negros ó dorados entre los dátiles y las naranjas; sus rías artificiales y espaciosos estanques en cuyas aguas se reflejaban los árboles, el cielo y sus arreboladas nubes. Tenian los jardines diferentes baños en pilas de mármol cubiertos con tapices, cortinas y velos tejidos de oro y seda, bordados con delicado primor. En medio de los jardines y sobre una loma que los dominaba, alzábase el pabellon del Califa, donde descansaba cuando regresaba de la caza, sostenido por columnas de mármol blanco con ca-

pitel y basa dorada, y cuyas puertas eran de ébano y marfil incrustradas de metales preciosos; en el centro de una glorieta contigua al pabellon veíase una gran concha de pórfido, y en medio un surtidor de azogue, que al caer á manera de agua, despedía, herido por los rayos del sol ó bañado por la tibia luz de la luna, ya reflejos misteriosos, ya vivos y deslumbrantes resplandores.

Finalmente; el *Califa* mandó edificar en Medina Azahara una mezquita menos grandiosa pero mas gallarda y elegante que la grande aljama de Córdoba; trasladó á la mirífica ciudad la *Zekaht* (casa de moneda) é hizo construir espaciosos cuarteles que daban al rio, para alojar su guardia personal, que se componia de 12,000 hombres; cuatro mil andaluces de caballería, cuatro mil africanos tambien montados y cuatro mil esclavos á pié, que daban la guardia interior del alcázar. Estos cuerpos, los mas brillantes del ejército musulman y los únicos que recibian sueldo del Tesoro, estaban mandados por los príncipes de la familia ommiada y por los jeques mas principales de Andalucía.

Tal era Medina Azahara, el Versalles el Aranjuez de Abderraman III; tal la grandeza del soberano que mandó edificar aquel palacio de hadas, y tal la riqueza intelectual y material del pueblo andaluz, que tales maravillas producía en el siglo x, siendo un *rincon olvidado del resto de la tierra*.

Desgraciadamente de Medina Azahara y su mirífico alcázar solo el nombre y el recuerdo se conserva en nuestros dias. Ciudad, palacio, jardines,

todo ha desaparecido; ¡hasta sus ruinas! de las que apenas vestigios quedan, así como se ignora la época en que fué destruida.

No era posible que la fama de tanta grandeza permaneciese encerrada entre el Occéano, el Mediterráneo y los Pirineos. El brillo de la espléndida córte andaluza y el rumor de aquellas guerras en África y en España, tenia que deslumbrar á los soberanos estrangeros. Así que con cortos intérvalos de tiempo llegaban á Córdoba embajadas procedentes de Alemania, de Francia, del imperio griego y de los reyes cristianos de la Península. Pero entre todas la mas señalada fué, ya por las particularidades que la caracterizaron ó porque se conservan curiosos detalles acerca de ella, la que en 949 envió á Abderrahman III el emperador griego Constantino Porfirojineta, en solicitud de la renovacion de los antiguos tratados de amistad y alianza, estipulados entre los antecesores de las dos casas reinantes, contra los califas de Bagdad. El historiador Ahmad al-Makkary, (traducido por Murphy; Romey, c. xv) es quien nos dá los siguientes pormenores, que son un cuadro en bosquejo del ceremonial de la córte de Córdoba y de los usos diplomáticos de aquellos tiempos.

La embajada del emperador de Constantinopla fué recibida en la frontera por un wazir del consejo, comisionado al efecto por el *Califa*, que vino acompañándola, con lujosa comitiva, hasta Córdoba, en cuyas afueras se le incorporó un crecido cuerpo de la guerdia personal del Califa. Con esta

brillante escolta entraron los embajadores en la capital, donde fueron recibidos por los dos grandes eunucos, mayordomos mayores del palacio, que despues de saludarlos y darles la bien venida en nombre de su augusto soberano, los condujeron al palacio de Merwan, en el arrabal de Córdoba, donde quedaron hospedados é incomunicados. Pocos dias despues (el 7 de setiembre de 949,) dispuso el *Califa* recibirlos oficialmente en el alcázar de Medina Azahara, donde fueron conducidos con todo el aparato correspondiente, y recibidos con el pomposo ceremonial de la córte de los *Califas*. Pasando entre filas de soldados de la lujosa guardia del soberano, y pisando los ricos tapices que alfombraban las escalinatas y el átrio del palacio, los enviados de Constantino Porfirojineta, llegaron al salon de embajadores, donde los recibió Abderrahman III, teniendo sus hijos sentados á su derecha, á la izquierda sus mas próximos parientes y á uno y otro lado los miembros del Consejo de Estado y los altos funcionarios de la córte; al estremo del salon aparecian los hijos de los wazires y los empleados de menos jerarquía vestidos todos lujosamente. Sorprendidos se mostraron los embajadores con el brillante aparato que los rodeaba, y espresándolo así en su semblante y actitud, presentaron al *Califa* la carta del emperador griego. La carta estaba escrita en vitela con letras de oro y azul, y adjunta á esta venia otra escrita con caractéres de plata en campo azul; ámbas en griego, y la primera del puño y letra de Constantino y de su hijo Romano. El encabeza-

miento de la carta decía lo siguiente: «Constantino y Romano, adoradores del Mesías, emperadores y soberanos de Roma, al grande, al esclarecido, al nobilísimo Abderrahman, Califa reinante de los Árabes de España ¡Así Dios dilate su vida!»

Recibida y leida la carta, el *Califa* mandó tributar obsequios á los embajadores por conducto de los literatos y poetas de su córte, que en el acto recitaron composiciones en verso en loor del Islamismo, y pronunciaron elegantes discursos en honor del *Califa*, del emperador de Constantinopla y de los mismos embajadores. Terminada la ceremonia oficial, los enviados fueron conducidos con la misma pompa que acompañara su recepcion á su alojamiento, donde se les dejó en libertad de comunicarse con quien quisieran. Pasados algunos dias que emplearon en admirar las grandezas de Córdoba, presentáronse en audiencia de despedida al *Califa,* quien envió con ellos á Constantinopla al wazir Hescham ben-Hadil, encargado de cumplimentar al emperador Constantino y de ofrecerle en su nombre caballos andaluces lujosamente enjaezados, armas de Toledo y Córdoba y varios artefactos y productos peculiares de Andalucía.

Aquella grandeza y prosperidad de que ningun otro país en el mundo podia envanecerse á la sazon, se vió inopinadamente turbada por un acontecimiento que cubrió de luto al glorioso Abderrahman III, á su familia y córte: suceso que refiere Conde (c. 83) tomándolo de los historiadores arábigos Aben-Hayan y el Dhoby.

Parece, pues, que prendado Abderrahman de las relevantes dotes y gentileza de su hijo primogénito El Hakem, le hizo reconocer y jurar con las prácticas de costumbre por futuro sucesor de su trono. Era el príncipe docto, discreto, modesto y de porte distinguido y halagüeño, cualidades que le granjeaban el respeto y voluntad de los nobles y del pueblo que le amaba por su afabilidad y generoso desprendimiento. Pero tenia un hermano llamado Abdallah, no menos celebrado por su ingénio, erudicion, y por su gentileza en todas las artes de la caballería, quien desvanecido con los favores del áura popular dió oidos á los sujestiones de algunos ambiciosos, que cuidando solo de su propia exaltacion, despertaron en su corazon resentimientos contra el *Califa* por la preferencia que diera á su hermano. Muy luego hubieron de trasformarse los resentimientos en propósitos de franca rebelion contra su padre, á cuyo efecto urdióse una vasta conspiracion en el mismo palacio de Abdallah, en la que se afiliaron no solo los *hombres mas doctos*, aquellos á quienes recomendaba la fama de su *ingénio* y *erudicion* sino que tambien algunos wazires y *caudillos de la guardia* del Califa, formando entre todos una numerosa parcialidad dispuesta á secundar las ambiciosas pretensiones del mal aconsejado príncipe.

Así las cosas, uno de los conjurados hubo de revelar la trama al *Califa*, y le anunció que la sublevacion que tenia por objeto desposeerle del trono y quitar la vida á su primogéniio El-Hakem,

debia estallar el dia de la fiesta de las victimas que estaba ya próximo.

Abderrahman, prévio acuerdo con su tio Al-Mudhaffar, envió un wazir de su guardia de caballería para que de órden suya redujese á prision á su hijo Aldallah, quien sorprendido á media noche en su palacio de Merwan en compañía de dos de sus complices, fué conducido con ellos preso á Medina Azahara, donde se encontraba la córte á la sazon.

El Califa comisionó á dos wazires para que interrogasen al príncipe y formasen su proceso. Parece que de las primeras diligencias resultó convicto y confeso del crimen de lesa-magestad y de conspiracion contra la tranquilidad del Estado; en cuya virtud el *Califa*, desoyendo los ruegos de su hijo El-Hakem y otros hermanos del desventurado reo, y sobreponiendo sus deberes de rey á los estremecimientos de su corazon, firmó la sentencia de muerte del principe Abdallah, que fué ejecutado en su propia estancia en el silencio de la noche, y enterrado al dia siguiente en el cementerio de la Ruzafa. Acompañaron sus restos mortales los príncipes sus hermanos y demás indivíduos de la familia real, y *toda la nobleza de Córdoba.*

Este doloroso y á la par horrible episodio, en el que un padre hace á la vez de juez y ejecutor de su justicia en la persona de su hijo, no es, históricamente considerado, tan interesante por la fiereza que le acompaña, como por el principal rasgo político que le caracteriza. En efecto; por poco que se

cotejen las reflexiones con que el autor del *Akhbar-madjmua* comenta el suceso de la desastrosa campaña del año 939, con las palabras de Aben-Hayan al referir ciertos pormenores de la conspiracion de Abdallah, advertiránse desde luego cierta semejanza, ó mas bien diremos paridad entre aquellas reflexiones y estas palabras, y por consiguiente entre los sentimientos que animaban á los dos historiadores de aquellos dos sucesos contemporáneos en cuanto existieron en la misma época, palabras y sentimientos que retratan con vivos colores las pasiones políticas que trabajaban aquella sociedad.

Estos hombres doctos; ëstos ingénios famosos por su erudicion; estos caudillos de la guardia que conspiran para derrocar del sólio al Califa lejítimo, y toda esa nobleza que asiste al entierro de un príncipe ajusticiado como reo convicto y confeso del crimen de alta traicion contra el soberano y el Estado ¿no son los mismos generales y wazires árabes que se convinieron en dejarse batir por los cristianos en la batalla de Simancas, irritados porque el *Califa* elejia para los altos puestos del Estado á hombres vulgares como Nadja de Hirá y otros esclavos de la misma estofa?

Y si son los mismos, dada la semejanza de sus tendencias medios y elementos de accion ¿no revelan estas dos conspiraciones tramadas con intérvalo de pocos años la una contra el prestijio y la otra contra el trono de Abderrahman III, que la lucha entablada secretamente, desde la fundacion del Ca-

lifato de Córdoba por el proscrito de Damasco, entre aquellos orgullosos musulmanes gefes de tribu cuyos abuelos á nadie obedecieron en el Desierto, y los Ommiadas que se erigieron desde luego en soberanos, habia estallado al fin ostensiblemente, en cuanto el *Califa*, véncidos todos sus enemigos interiores y esteriores, manifestara sin rebozo su pretension al poder absoluto, y su deseo de convertir en su propio particular provecho toda aquella grandeza, toda aquella cultura, tóda aquella riqueza que atesoraba el suelo Andaluz; donde existia, en el siglo de Abderrahman III, una escuela científico-literaria Hispano-arábiga heredera de las buenas tradiciones de Damasco y de Bagdad, á semejanza de la Hispano-latino-romana del siglo de Augusto, continuadora de la de Virgilio y Horacio, escuela que no debia su desarrollo y esplendor al trono de Córdoba, sino á la ciencia, al talento de aquella aristocracia andaluza que fundaba su orgullo menos en el nacimiento que en el saber?

Esta lucha, cuya primera manifestacion formal fué la guerra civil provocada por el principe Mohammed padre del mismo Abderraman III, contra el suyo, que fué algo mas clemente y generoso que el Califa con el sin ventura Abdallh, no mas rebelde que su abuelo, fué el cáncer que devoró aquella sociedad, precipitó la ruina del Califato de Córdoba abriendo las puertas de España á los bárbaros Almoravides y puso de manifiesto lo impotente de la constitucion política que dió Mahoma á su pueblo para que pudiese existir y prevalecer al lado ó de

consuno con toda civilizacion que no nazca del Corán.

Mas no anticipemos los sucesos, visto que ellos se acercan á pasos de gigante. El impulso está dado; la lucha se ha entablado ya francamente en Andalucía entre la aristocracia y el poder soberano, que tambien se apoyará, como entre los cristianos, en el pueblo para resistir; pero á diferencia de lo que aconteció con estos, veremos muy luego al pueblo, al trono y á la aristocracia árabe-andaluza caer juntos en el abismo que les abrió, no la ambiciosa grandeza de Almanzor, ni la espada de los Leoneses y Castellanos, ó la de los Almoravides y Almohades, que fueron simples ejecutores de los decretos de la Providencia, sino la deformidad de su constitucion político-religiosa y civil opuesta á todo progreso, y que solo pudo subsistir, en tanto que la otra constitucion *madre del progreso* no hubo salido del estado rudimentario.

Parece que el Destino quiso castigar la despiadada justicia del *Califa* arrebatándole poco despues del suplicio de su hijo Abdallah, al príncipe Al-Mudhaffar que murió llorando por Abderrahman que le amaba como á un padre.

En el año que fué testigo de estos sucesos, espiró el plazo de las tréguas asentadas entre Abderrahman III y Ramiro II; cuyo génio activo y belicoso mal avenido con el sosiego á que se veia forzado, se dió prisa á renovar las hostilidades, realizando varias correrías afortunadas por las fronteteras musulmanas, hasta que atacado de una grave

enfermedad falleció en Leon en enero de 950, segun unos autores, ó de 951 segun otros.

Los disturbios que á la muerte de aquel esforzado rey se sucedieron en Leon, Castilla y Galicia, dejaron en paz las armas musulmanas fronterizas, hasta que apaciguados aquellos, Ordoño III, hijo y sucesor de Ramiro, abrió la campaña de 954, en la que los cristianos en Lusitania y los musulmanes en Castilla verificaron atrevidas correrías; venturosas para los primeros, segun sus crónicas, ó para los segundos, como afirman las suyas. «Que así se oscurece y confunde la verdad histórica por el empeño de interpretar cada historiador los sucesos de una misma campaña en favor de las armas de su nacion.»

Muerto Ordoño en 955, sucedióle en el trono de Leon su hermano Sancho I, el *Gordo*, llamado así por su escesiva obesidad. Al año siguiente fué desposeido de la corona, á resultas de una rebelion acaudillada por el conde Fernan Gonzalez, quien la puso en las sienes de un hijo de Alfonso IV (*el ciego*, ó el monge de Sahagun) llamado Ordoño, que mereció de los cronistas de aquellos tiempos, el sobrenombre de *Malo* y de *Intruso*. Huyó Sancho I de Leon, y se refugió en Navarra, cuyo rey, García, su tio segundo, le aconsejó que pasara á Córdoba á ponerse en manos de los célebres facultativos de esta ciudad. Hízolo así el destronado rey, que fué noblemente recibido por el Califa, y espléndidamente hospedado en su alcázar, donde le asistian los propios médicos de Abderrahman.

Déjase comprender desde luego, que estos sucesos motivaron una prolongada suspension de hostilidades entre cristianos y musulmanes fronterizos del Duero; trégua ó armisticio que fué aprovechada por los Andaluces para continuar sus guerras y conquistas en África.

Encontrábase dueño el Califa de Córdoba de una gran parte del Magreb, si bien guerreando sin trégua sus soldados contra algunas indómitas tribus Bereberes, todavia judías, idólatras ó schiitas, soliviantadas por los Fatimitas; cuando de improviso, allá por los años de 959, apareció por las Sierras de Gomera un nuevo profeta llamado Hamin, que se decia, como Mahoma, enviado de Dios. Auxiliado por los Fatimitas, este impostor hubo de reunir bajo su bandera un enjambre de Bereberes que llegaron á inquietar sériamente los estados del Magreb, dependientes del Califato de Occidente. Los generales Andaluces que mandaban en aquel pais, recibieron órdenes apremiantes de Córdoba para sofocar aquella sublevacion, y las ejecutaron con tanta fortuna, que al poco tiempo derrotaron y prendieron al profeta Hamin, y le dieron muerte en el suplicio de la cruz, enviando su cabeza á Córdoba.

Los repetidos triunfos y el prestigio que con ellos alcanzaban las armas andaluzas en África, llegaron á inspirar sérios cuidados al Califa Fatimita de aquella region, y á despertar en él el deseo de encontrar un pretesto para hacer la guerra á su temible y poderoso rival de Córdoba. Un suceso inesperado vino á proporcionarle la ocasion que

anhelaba. Cuentan las crónicas árabes (Conde c. 85) que el capitan de un buque de grandes dimensiones, construido en Sevilla para trasportar mercancías de España á los puertos de Egipto y Siria, navegando en la aguas de Sicilia, combatió y apresó un bajel africano que conducía á un enviado del Califa Moez Ledin Alá con pliegos para el walí de aquella isla. Gozoso de su presa continuó su rumbo hácia Alejandría, en cuyo puerto vendió su cargamento, tomó otro, entre cuyas *mercancías* figuraba una gran remesa de jóvenes esclavas Griegas y asiáticas, é hizo rumbo para España. No bien tuvo noticia el Califa Fatimita del insulto hecho á su pabellon, dispuso se hiciesen á la mar cuantas naves se encontrasen disponibles en los puertos de sus dominios de África y Sicilia para perseguir y apresar los buques mercantes españoles que cruzaban las aguas del Mediterráneo. Hízose á la mar la escuadra africana mandada por Hasam-ben-Alí, y á los pocos dias de su crucero avistó sobre las costas de España la nave sevillana causante de aquel conflicto. Acto contínuo mandó hacer fuerza de remo y le dió caza hasta Almería, donde la apresó, asi como á otros buques surtos en aquel puerto. El Califa de Córdoba que miraba con recelo el acrecentamiento de la marina africana, celebró un suceso que le daba pretexto para combatirla. Así que mandó inmediatamente equipar una fuerte escuadra, y embarcar en ella un numeroso cuerpo de ejército, cuyo mando dió á su Hadjib Amed-ben-Said, con encargo de obtener cumplida satisfaccion ó ven-

ganza del atentado cometido por el wali de Sicilia en un puerto español. Amed, desembarcó en la costa de Orán, reunió á su ejército las tropas andaluzas que operaban en el Magreb, y al frente de unos veinticinco mil caballos entró por las provincias enemigas. Salióle al encuentro un numeroso ejército Fatimita, que fué completamente derrotado por los Andaluces. Estos, despues de la victoria, marcharon sobre Tunez, ciudad á la sazon muy afamada por su riqueza, producto del gran comercio que hacian sus moradores, principalmente los judios, por el Occidente. Los andaluces, con la esperanza del saqueo, sitiaron tan estrechamente la plaza, que tuvo que rendirse á discrecion. Entráronla á saco los vencedores cual si la hubieran tomado por asalto, y fué tanta la presa que obtuvieron, que no bastando los buques de su escuadra que habian ayudado al bloqueo de Tunez, para trasportar las riquezas que agolparon, las cargaron en las naves que encontraron en el puerto, y dieron la vela para España, entrando en el de Sevilla con doble número de bajeles de los que salieron para la espedicion. Fué tan cuantiosa la presa, que despues de haberse separado de ella el quinto que correspondía al *Califa*, la parte que correspondió á los generales, soldados, capitanes y tripulaciones de los buques ascendió á tan crecida suma, que de la suya el Hadjid Amed ,caudillo de la espedicion, separó, segun refiere el cronista arábigo Ibn-Khallekan, el siguiente regalo: 400 libras de oro puro del Thiber; valor de 420,000 zequies en

barras de plata; 400 libras de madera de aloe; 500 onzas de ámbar gris; 30 ropajes de seda blanca bordados en oro; 120 vestas guarnecidas de pieles de marta fina del Khorazan; 48 jaeces bordados en oro y seda para engalanar los caballos; 40 quintales de seda en madeja; 30 tapices de Pérsia de veinte codos de largo; 400 tapices para la plegaria; 1000 adargas y 100,000 flechas; 15 caballos árabes castizos para uso del *Califa*; 80 enjaezados y amaestrados en la guerra para los oficiales de la comitiva del príncipe; 20 mulas ensilladas; 40 esclavos y veinte esclavas jóvenes notables por su belleza y el lujo de su atavío.

Suponiendo que se haya exagerado la opulencia de este regalo, que á ser tal cual lo describen los cronistas arábigos indicaría que se encerraba en Túnez una riqueza que la imaginacion no acierta á calcular, resultarían, sin embargo, dos cosas importantes; y son, que en aquella campaña marítima, la primera que registra la historia de Andalucía en la Edad media, emprendida por defender intereses puramente comerciales, el comercio fué la verdadera víctima, como siempre acontece cuando dos potencias le toman por pretexto para realizar sus miras políticas; y que durante los siglos octavo, noveno y décimo la raza musulmana así en Ásia, en África como en Andalucía, tenian el monopolio de la ciencia, de las armas y de la riqueza del mundo entonces conocido.

En tanto que las armas andaluzas recorrian victoriosas la antigua Mauritania Tinjitana, la Ce-

sarina y la Numidia, tenia lugar en España un suceso verdaderamente estraordinario, y que justifica lo que hemos dicho en otra ocasion; esto es; que la guerra que se hicieron los cristianos del Norte del Duero y los musulmanes andaluces, fué la mas noble y leal, siendo á la vez, entre todas cuantas sostuvieron los Árabes en la Península, la mas porfiada y sangrienta. Y no podia ser de otra manera: eran las dos razas mas cultas y civilizadas de la Península: heredera la una de la civilizacion romano-hispano-goda, y la otra de la de Damasco y de Bagdad. Llamábase la una á la otra, la mas valiente entre todos los cristianos; la mas valerosa entre todos los musulmanes. Reconocianse la una á la otra como la mas ortodoxa en su respectiva fé; y se respetaban, si bien combatiéndose sin trégua, cual si leyeran en el libro de la vida, los Árabes que los Cristianos de Castilla y Leon los habian de vengar cumplidamente de los Almoravides; los Castellanos y Leoneses que habian de adelantar su cultura moral y material con las reliquias que de la civilizacion árabe arrancaron de manos de los Bárbaros procedentes del África.

Hé aquí el importante y significativo suceso á que nos referimos. Sancho I, el *Gordo*, refugiado en Córdoba á resultas de la deslealtad que le lanzó del trono de Leon en 956, habia recobrado la salud y la agilidad á beneficio de los inteligentes y asíduos cuidados de los médicos de Abderraman. Mas habia alcanzado otra cosa no menos importante; y fué, un tratado de alianza con el poderoso *Califa*, en vir-

tud del cual éste se comprometió á intervenir con las armas en favor del monarca destronado; sin mas condiciones, segun lo acreditan los sucesos posteriores, que satisfacer á la obligacion que como rey tenia de amparar los derechos de sus iguales y salvar los fueros de la dignidad real. Y aun llevó mas allá su generoso proceder, pues confió á Sancho el mando del ejército y la direccion de la guerra. Salió Sancho de Córdoba *cum innumerabili exercitu* dice Sampiro (chr. n. 66), y marchó sobre Leon (959). Los musulmanes tomaron á viva fuerza los pueblos que se les resistieron, y trataron como amigos aquellos que franquearon sus puertas al rey. Ni un desman, ni una tropelía se cometió en aquella campaña, y Sancho I entró triunfante en su capital victoreado por sus numerosos parciales. El usurpador Ordoño IV no esperó su llegada y huyó cobardemente á Astúrias, luego á Navarra, y por último, buscó un refugio en territorio musulman donde murió oscuro y olvidado.

Cumplida su mision el ejército musulman regresó á Andalucía, atravesando como amigo y aliado, acaso las mismas comarcas que veinte años antes recorriera como enemigo irreconciliable dejando en pos de sí lagos de sangre y montones de ruinas; y que desanduviera pocos meses despues fugitivo, acosado y diezmado sin trégua ni descanso por la espada de los soldados del padre del rey que acababa de sentar en el trono. La simple enunciacion de estos hechos escusa todo comentario; ellos solos describen cumplidamente el carácter de una

época, y el de dos pueblos; tan mal estudiada, todavía, aquella, tan mal comprendidos todavia estos. Verdad es, que la mayor parte de nuestras crónicas latinas se escribieron no en tiempo de los *Árabes-andaluces,* sino en tiempo de los *Moros.*

La restauracion de Sancho I en su trono, inauguró un largo período de paz y amistad entre cristianos y musulmanes; paz que se hizo estensiva á toda la Peninsula donde durante mucho tiempo no volvieron á sentirse los estragos de la guerra. Desgraciadamente no se dieron tan bien las cosas en África para los Andaluces. Irritado el Califa Fatimita con la toma y saqueo de Tunez por las tropas del Iman de Córdoba, decretó hacerle la guerra hasta lanzarlo de los estados del Magreb. En su virtud, un ejército fuerte de veinte mil caballos penetró en aquella region, donde en la primera batalla derrotó el que acaudillaba el wali de Abderrahman. A esta victoria siguiéronse otras tan afortunadas, que en los principios del año 960, el general Fatimita sitió, tomó y saqueó á Fez, cuya guarnicion, compuesta de Andaluces y Zenetas, se defendió hasta morir. En pocos meses todas las ciudades del Magreb, á escepcion de Tánger, Céuta y Tlemcen quedaron en poder del vencedor; mas fué por poco tiempo. El *Califa* de Córdoba envió crecidos refuerzos al África, que unidos á las guarniciones de aquellas tres plazas, recobraron en esta segunda campaña todas las fortalezas y ciudades perdidas, incluso á Fez, en la primera; y derrotaron en todos los encuentros á los Fatimitas que hubieron, al fin,

de abandonar el país. La fortuna de las armas andaluzas fué tan rápida y completa, que al poco tiempo de empezada esta segunda campaña, el nombre del poderoso *Califa* de Córdoba era aclamado en todos las púlpitos de las mezquitas del Magreb, y en todas las tribus desde Fez hasta el Occéano.

Estaba decretado que todos los sucesos que acontecieran durante el largo y glorioso reinado de Abderrahman III, tuvieran un carácter de grandeza, ó un sello de originalidad que los hiciera memorables en los anales de aquel siglo. En prueba de la exactitud de esta observacion, vamos á narrar un acontecimiento curiosísimo, que tuvo lugar durante los últimos años de la vida de aquel hombre estraordinario, y de la verdad del cual no es posible dudar, toda vez que sus pormenores están consignados en las actas de los Santos de los monges Benedictinos de Mabillon, y en la *Vida de San Juan de Gorza*, héroe y protagonista de este suceso, que se cuenta en el catálogo de los Santos.

El *Califa* de Córdoba habia enviado, (la historia no fija el año ni dice el motivo) una carta al rey de Germania, mas tarde emperador de Alemania, Oton I, en la cual á vueltas del asunto que la motivaba, se contenian las fórmulas consagradas y usuales del Islamismo, es decir, grandes alabanza á Dios y á *su profeta* Mahoma y no pocas frases ofensivas á la religion del Crucificado. Indignado Oton por tamaño desacato, retuvo tres años en su corte á los enviados musulmanes sin darles audiencia ni contestacion á su embajada. Mas co-

mo no fuera posible demorar por mas tiempo la solucion de aquel asunto, el rey germano se avino á contestar la carta del *Califa* con otra cuya redaccion encomendó al sábio Bruno, arzobispo de Colonia y hermano de Oton. El celoso prelado lo hizo, pero en términos que dejaban suficientemente vengados los denuestos vertidos por el mahometano contra Jesucristo. No era esta, ciertamente, la parte mas difícil y espinosa del asunto, sino encontrar un hombre bastante valeroso para esponerse á las contingencias de tan largo viaje y á las violencias á que pudiera entregarse el fanatismo musulman, con el encargado de ponerla en manos de Abderrahman III. Ofrecióse á ello un monje de la abadía de Gorza, llamado Juan, quien fortalecido por la fé y alentado con la esperanza del martirio, partió para España llevando por adjunto á otro religioso de su monasterio llamado Garamano. Los monjes embajadores, provistos de cuantiosos regalos para el *Califa* de Córdoba, llegaron por mar á Barcelona de donde se trasladaron á Tortosa, pueblo musulman fronterizo, cuyo gobernador enterado del objeto de su viaje, los agasajó y dió escolta hasta la Capital del Califato, donde fueron espléndidamente recibidos y mandados alojar por órden del soberano en un alcázar situado á dos millas de su palacio. No obstante del brillante recibimiento y de las delicadas atenciones de que fueron objeto, los monjes embajadores fueron mantenidos largo tiempo en dorada cautividad, á pretesto de que habiendo Oton retenido tres

años en su corte á los enviados de Abderrahman, este en justo desagravio habia dispuesto que permanecieran en la suya los del rey germano tres tantos mas, es decir, nueve. Esta era la razon aparente; pero la verdadera fué, que noticioso el *Califa*, del contenido de la carta de que era portador *Juan*, queria salvar al heróico monje de la pena de muerte fulminada por la ley musulmana contra todos los que blasfeman de Dios, del Libro ó del Profeta, ley de la cual no le eximia su carácter de embajador, toda vez que el mismo Califa ni como soberano, ni como Iman estaba esceptuado de ella. Una asonada que se movió en Córdoba, cuyos habitantes excitados por el fanatismo religioso, dirigieron tumultuariamente al *Califa*, una peticion firmada por los principales jeques y doctores de la ley, exijiendo en ella el cumplimiento de las prescripciones del Corán contra el embajador cuya mision era ya conocida de todos, puso en grave aprieto al soberano, que pensó salir del conflicto, enviando á decir al monje que le recibiría con la condicion de que se abstuviese de presentar la carta de que era portador. Pero Juan rechazó indignado las amonestaciones del judío Hasden, comisionado para convencerle. Pasados algunos meses fué á visitar á Juan en su dorada cárcel, por órden de Abderrahman, el obispo mozárabe de Córdoba, quien intentó reducirle á la obediencia con la fuerza de su autoridad, y poniéndole ante los ojos el grave peligro en que dejaba á los cristianos de Andalucia con su temera-

ria obstinacion: mas el austero monje permaneció inflexible, y no solo rechazó los argumentos del prelado, sinó que tambien le apostrofó enérgicamente sobre ciertas prácticas de su Iglesia, cuyos fieles se *abstenian de comer los manjares vedados por los doctores musulmanes*, y además se *circuncidaban* contraviniendo con esta costumbre el expreso mandato del Apóstol, que habia dicho: *Si os circuncidais no acudirá Cristo á vosotros*. Disculpóse el obispo con la dura ley de la necesidad que les obligaba á someterse á la del mas fuerte, y se despidió de Juan, sin haber obtenido ningun fruto de sus amonestaciones. Pasáronse todavia muchos meses en negociaciones infructuosas, ó mejor diremos de lucha entre la longanimidad del poderoso Califa de Occidente y la inquebrantable constancia del humilde monje embajador. Por último, Abderrahman recurrió á la siguiente estratajema para ver de reducir al animoso Juan. La tolerancia de los musulmanes andaluces autorizaba á los cristianos para que en las principales fiestas del año fuesen procesionalmente á la Iglesia de San Martin, situada extramuros de Córdoba, donde celebraban con ostentacion las augustas ceremonias de su culto; habian concedido permiso á Juan para asistir á estas procesiones y á los divinos oficios. Yendo, pues, un domingo en la comitiva, llegóse á él misteriosa y apresuradamente un mensajero, y le entregó un pliego en el que se le anunciaba con toda reserva que el *Califa* acababa de decretar una sangrienta persecucion contra los cristianos de

Córdoba, la cual deberia comenzar en aquel mismo dia aprovechando la ocasion de hallarse todos reunidos, si persistia en su tenaz resistencia. El inflexible monje despreció el aviso respondiendo con entereza, que estaba dispuesto á sufrir el martirio con todos sus hermanos, antes que faltar á la mision que le habia sido confiada. Tan obstinada y á la par heróica resistencia, llenó de sérias inquietudes el corazon de los cristianos, pues les exponia á ser victimas de un momento de arrebato de la plebe musulmana cuya paciencia parecía ya estar á cabo. En tal virtud, pidieron y obtuvieron del Califa, que una comision nombrada por la comunidad, celebrase una conferencia con el monje embajador. Verificóse esta, y solo y á duras penas la comision pudo obtener de Juan que se aviniése á escribir á su Soberano, dándole cuenta circunstanciada de todo lo acaecido y pidiéndole nuevas instrucciones. Aprobó Abderrahman el acuerdo é hizo publicar un edicto ofreciendo honores y mercedes á quien se prestase á pasar Alemania con una mision de la corte de Córdoba. El temor de las represalias acobardó á los mas animosos; y ya el asunto estaba próximo á tener un tremendo desenlace, cuando *un lego* llamado Rosemundo que *estaba empleado en la secretaría del Califa*, y era sujeto muy apreciado *por su piedad cristiana*, su vasta instruccion y su conocimiento en las lenguas latinas y arábigas, se ofreció á desempeñar tan arriesgada mision. Mas pidió por recompensa el *Obispado de Iliberis*, vacante á la sazon. *Concedióselo Abderrah-*

man III, y el lego Rosemundo se vió encumbrado, sin pasar por las órdenes intermedias, á la silla de una de las iglesias mas importantes de Andalucía, por *voluntad de un Iman, de un pontífice de la religion musulmana, constituido en patrono de los obispados andaluces.*—Este suceso, acaso único y sin ejemplo en los anales de la historia del Cristianismo, está plenamente comprobado por testimonio de la vida de San Juan de Gorza, y por el historiador latino-italiano, Luitprando, obispo de Cremona en el siglo x; que escribió en Francfort en el año 959, la historia de los emperadores y reyes de su tiempo, á solicitud de *Recemundo obispo de Elvira*, y *embajador de Abderrahman III en la corte de Oton I.*—Una vez consagrado obispo y provisto de las credenciales y cartas que le dió Juan para el Abad de su monasterio, Recemundo se puso en camino y llegó en 10 de marzo de 958, á la abadia de Gorza, donde fué muy bien hospedado y donde permaneció hasta la primavera del año siguiente, en que marchó á Francfort donde residia la corte de Oton I. Recibióle este rey con distincion y agasajo, y no solo suscribió gustoso á cuanto le fué pedido por el improvisado Obispo embajador, relativo á autorizar por escrito á Juan para que no presentase la carta origen del gran conflicto, sinó que le hizo acompañar en su viaje de regreso á España, por un nuevo embajador aleman, llamado Dudon, quien llevaba plenos poderes para negociar un tratado de paz y alianza con el Califa de Occidente.

De regreso en Córdoba, Recemundo pasó inmediatamente á conferenciar con Juan, quién prometió obrar con arreglo á las nuevas instrucciones de su soberano. El nuevo embajador Dudon, pidió ser introducido á la presencia del *Califa*, que se negó á recibirle hasta tanto que no hubiese tenido una entrevista con el primer enviado. Por órden de Abderrahman pasaron los wazires de su Consejo á buscar al monje; mas lo hallaron tan andrajoso, sucio y desaliñado el cabello y barba, que no se atrevieron á conducirle en semejante estado á la presencia del soberano. Este mandó se le diera una suma de diez libras de plata para que se comprase un traje decoroso; Juan lo repartió entre los pobres, y contestó á los wazires que agradecía el obsequio; pero que no le era permitido presentarse de otra manera que con el hábito de su órden. Al tener noticia de esta última contrariedad, Abderrahman esclamó: *Que venga, pues, como quiera y aun que sea metido en un saco, que no por eso dejaré de recibirle bien.*

Lució, por fin, el dia tan anhelado por todos de la recepcion del monje embajador, cuya entereza era motivo de respeto y admiracion para la córte y el pueblo de Córdoba. Juan y su adjunto Garamano salieron de la dorada prision en que hasta aquel dia estuvieran encerrados, y se dirigieron, seguidos de una brillante comitiva hácia el alcázar del Califa, pasando por entre una doble hilera de soldados, que los unos blandian sus espadas y venablos haciendo un simulacro de combate, y los otros

sirviéndose de sus largas picas contenian á duras penas la muchedumbre que se agolpaba ansiosa de ver de cerca al intrépido y humilde varon, que durante tres años habia desafiado con riesgo incesante de su vida, la inexorable ley del Corán y el absoluto poder del Califa de Occidente. Al lado de la régia comitiva, entre cuyos altos personajes los mas admirables y eminentes eran aquellos dos humildes monjes cristianos, marchaban gallardos ginetes muslimes montados en sendos caballos de batalla y en arrogantes mulas. Delante de Juan y de Garamano que caminaban al frente del acompañamiento, iba una cuadrilla de *derviches* (frailes musulmanes) andando á saltos, haciendo estrambóticas contorsiones é invocando á gritos el nombre de *Allah*. En esta forma llegó el monje embajador hasta elátrio del palacio, donde le esperaba una comision compuesta de wazires y de altos personajes de la corte, que le introdujeron ceremoniosamente á la presencia del glorioso Califa. Encontrábase Abderrahman I, en el suntuoso salon de embajadores de su alcázar, sentado con las piernas cruzadas á la manera oriental sobre mullidos cojines recamados de oro. Acercósele Juan, deslumbrado con tanta magnificencia; dióle el *Califa* á besar su mano por la palma, segun las reglas de la etiqueta de aquella fastuosa corte, y le indicó que ocupara un asiento que estaba dispuesto para él. Despues de una larga y familiar conferencia, á una señal del *Califa* se retiró Juan, altamente prendado de la afabilidad del magnífico soberano

de Córdoba. Acto contínuo fué introducida la segunda embajada del rey de Germania. Dudon ofreció á los piés del *Califa* los ricos presentes de que era portador, despues de lo cual espuso el objeto de su mision diplomática.

Pasados algunos dias, Abderrahman hizo llamar de nuevo á Juan, con quien se entretuvo largas horas sobre asuntos de política y estadística, manifestando grande empeño por informarse del gobierno, fuerzas militares y recursos económicos del rey Oton I. No mucho tiempo despues, Juan dió por terminada su embajada, y se puso en camino, con su adjunto Garamano hácia Alemania, admirado de cuanto habia visto, y muy desengañado respecto al juicio que en su país se tenia formado de los musulmanes andaluces.

Tales son los pormenores de la célebre embajada del monje Juan de Gorza, estractados, repetimos, de libros cuya autoridad no puede recusarse; pormenores que necesitan la justificacion de testigos tan abonados para que se les dé entero crédito. En efecto, aquella Iglesia Mozárabe reconocidamente ortodoxa, que practica la circuncision y prohibe el uso de las carnes vedadas por la ley mosáica y la musulmana; aquellos mahometanos que en el siglo x permiten que las procesiones católicas hagan estacion en las calles de la capital de su imperio; aquellos Califas, ó *Vicarios del profeta* Mahoma, que hacen de un lego un obispo, que llega á gobernar una de las diócesis mas importantes de Andalucía, y á quien dirije las siguientes

palabras un célebre historiador, mas tarde obispo de Cremona, en la dedicatoria que le hace de su obra;—«Al Reverendo Señor Recemundo, Obispo de la Iglesia de Iliberis, lleno todo de santidad, Luitprando, diácono de la iglesia de Pavia, en extremo inferior á su mérito, salud.»—En fin, aquella heróica longanimidad de un déspota musulman con un pobre monje que busca el martirio y lo provoca con exajerado celo, son hechos mas dignos de estudio para el crítico imparcial, que las relaciones de combates, saqueos y batallas que solo dan la medida de la barbárie de una época; en tanto que estos hechos suministran un conocimiento mas exacto, que lo que la pasion política y religiosa permitió en los siglos medios, de las costumbres, de las creencias, de la tolerancia y de la cultura de la sociedad que vivió en ella.

Hemos llegado al término de la brillante carrera de aquel grande hombre con quien la Historia no ha sido justa en el hecho de no haber dado su nombre al siglo en que vivió, como se lo ha dado al de Augusto y al de Luis XIV. El año 961, Abderrahman III, el pacificador de la España musulmana; aliado del rey de Leon que le debia el trono; amigo del de Navarra y del Conde de Barcelona; el príncipe cuya alianza solicitaban los soberanos de Francia, Italia, Alemania y Grecia; el *Califa* cuyo nombre sonaba en todas las mezquitas de España y del Magreb, falleció en su mirífico alcázar de Medina Azahara, el dia 15 de octubre, á á la edad de setenta y dos años, habiendo reinado

cincuenta años, seis meses y tres dias (Al-Makkary).

Cuentan que despues de su muerte, se halló entre sus papeles un escrito de su puño y letra, que decía asi: «He reinado 50 años y mi reino ha sido siempre pacífico ó victorioso. Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados y de los príncipes mas poderosos de la tierra, he tenido cuanto puede ambicionar un hombre, poder, riquezas, honores y deleites. Pero he contado escrupulosamente los dias que he gustado de una felicidad sin amargura y solo he hallado catorce en mi larga vida.» (Al-Makkary).

Esta suscinta biografia, ó especie de memoria de ultra-tumba del grande Abderrahman III, haya sido escrita por él ó por alguno de sus apasionados historiadores, no puede ser aceptada al pié de la letra. En efecto, contra lo de siempre victorioso protestan las batallas de Simancas y Alhandega donde fué completamente derrotado, siendo las primeras y las únicas en que mandó personalmente su ejército. Del amor de sus súbditos, responden las rebeliones y traiciones de los walies de Zaragoza y Santarem en 934 y 39; el suplicio de su hijo Abdallah y la conjuracion que lo motivó, cuyo trájico suceso refiere el Dhoby en los siguientes breves y significativos conceptos: «Feneció á manos de su padre, por el sumo aprecio que merecía á todos con sus relevantes prendas, como si debiese desagradar á los reyes, el ver á sus hijos muy bondadosos y bien educados;» y responden con no ménos elocuencia, las acerbas pala-

bras con que el autor de *Akhbar-madjmua*, dá cuentra del desastre de la campaña de 939, cuya responsabilidad hace recaer toda entera, sobre la desacertada política de Abderrahman III, que sacrificaba los hombres de mérito á los aduladores y á los esclavos; (veáse la página 42.) palabras que solo pudieron salir de los lábios de un contemporáneo, que participaba de las pasiones de la época. Un escritor posterior no se hubiera dejado influir hasta ese punto por las preocupaciones de la nobleza musulmano-andaluza del siglo x.

En cuanto á lo demás, no es posible negarle la exactitud. El siglo x, cuya mitad y algo más llenó el reinado de Abderrahman III, fué el siglo de Oro de la dominacion musulmana en España; el gran siglo de la Edad Media de Andalucia, cuyo poder, cultura y riqueza rayaron á una altura que la pluma no acierta á describir. El saber del mundo, entónces conocido, se albergaba en su seno; las armas andaluzas recorrieron victoriosas el África y la Península Ibérica toda; sus escuadras dominaron el Mediterráneo; las riquezas del comercio afluyeron en su suelo, y los productos de su agricultura é industria eran moneda corriente en todos los mercados de Europa, de Egipto y de la Siria.

¡Gran siglo fué el 4.° de la Hegira, que podemos llamar el de *las letras* y *las Armas* hispano-musulmanes. Mas grande aun para Andalucia que el de Augusto; puesto que si en los tiempos del pacificador del mundo solo fué una *provincia muy favorecida*, que participó de la grandeza de Roma á que tan-

to contribuyó con sus sábios, sus filósofos, sus literatos y sus soldados, y con la inagotable riqueza de su suelo, en los del glorioso Abderrahman III, no fué provincia sino *cabeza de un imperio;* del imperio musulman de Occidente, rival cuando no superior al de Oriente, cuya ilustracion y conquistas emuló en el siglo x, y por cuya amistad y alianza se desalaron reyes cristianos, emperadores griegos y un emperador de Alemania.

Y cuenta que no solo por la victoria que acompañó sus armas en todas partes, por la pompa y el lujo oriental de su córte y por las maravillas de Medina Azahara alcanzó Andalucía su grandeza y el renombre y la fama de que gozaba en Europa, Asia y África, sino que mas principalmente debió una cosa y otra á su cultura intelectual y material; á sus escuelas, academias y tertulias literarias que hacian de cada una de sus ciudades importantes un centro del saber donde se reunian los sábios, filósofos y poetas más afamados; y de Córdoba, que tan alto concepto gozaba en Europa, el alcázar de la religion musulmana, la madre de los sábios y la *lumbrera de Andalucía.* Asi que, acudian de todas partes á ilustrarla ó á ilustrarse en ellas los sábios, los literatos, los doctos mas esclarecidos de la raza musulmana, seguros de encontrar un generoso protector en Abderrahman III, y un pueblo en Andalucía que profesaba apasionado culto á las letras y á las ciencias.

En este siglo, pues, remontó su vuelo la poesia que cultivaban con entusiasmo el pueblo, los gran-

des y hasta el mismo Abderrahman y sus hijos; y llegó á tal punto la fama que alcanzaron los poetas andaluces, que en Oriente los igualaban si no los preferian á los mas renombrados en la literatura Oriental. Verdad es, que á la riqueza de su imaginacion, á su númen poético, unian un lenguaje castizo y elegante cuyos jiros competian con los del Corán, merced al profundo estudio que la escuela musulmano-andaluza hacía de la grámatica y del idioma arábigo. A compas de la poesía cultivábanse con anheloso afan todos los demás ramos del saber humano; las ciencias naturales, las matemáticas, la geografía, la historia, la astronomía, la medicina, la botánica, la arquitectura, la música, en fin, todos los conocimientos científicos, literarios y artísticos que constituyen aquel grado de cultura que necesita un pueblo para merecer el concepto de civilizado en la verdadera acepcion de la palabra. Sería ocioso aquí, por tener un puesto en otro lugar de nuestra historia, presentar á nuestros lectores el largo catálogo de los hombres eminentes é inspiradas poetisas, que florecieron en Andalucía durante el reinado de Abderrahman III, así como enumerar los edificios y obras públicas que mandó fundar ó construir.

A pesar de tanta grandeza, no es posible pasar en silencio sin faltar á los fueros de la verdad histórica, los borrones que afearon los últimos años de su reinado. El martirio del jóven Pelayo, sobrino del obispo Hermogio, que su tio, prisionero en la batalla de Valdejunquera, dejara en Córdoba en

rehenes para rescatar su libertad; la muerte del wazir Amed ben-Ishac, por sus opiniones Schiitas, y que pagó con el desastre de Simancas: la crucifixion del profeta de las Sierras de Gomera, Hammin, decretada por Abderrahman, y por último, el suplicio de su propio hijo Abdallah, sin recordar que á él le llamaron el hijo del *Macdul*, en memoria del castigo que se suponia sufriera su padre, Mohammed, por rebelde cogido con las armas en la mano, son manchas sangrientas que empañan el brillo de su glorioso reinado, y que están en contradiccion con los elogios que muchos historiadores hacen de su carácter magnánimo, generoso y á las veces llano, como lo acreditó en el célebre episodio de la embajada de Juan de Gorza.

No pudiendo fundar la causa de aquellos arrebatos de crueldad en sus inclinaciones naturales, ni llamarlos *obra de su siglo*, demasiado culto para ser feroz, necesario nos es buscar en otra parte su orígen; y creemos encontrarlo en el ejercicio del poder absoluto bajo la forma mas brutal, que consagra el libro de Mahoma. A estas manchas que empañaron los últimos años de su reinado, hay que agregar un error político de inmensa trascendencia que cometió Abderrahman III; y fué la preferencia que otorgó á los eunucos y eslavos sobre la aristocracia andaluza, dejando formados, á su muerte, dos partidos poderosos que se odiaban, y cuyas luchas causaron la disolucion del califato de Córdoba y precipitaron la ruina del imperio Árabe andaluz.

IV.

Al-Hakem II.

961 á 976.

El dia siguiente al de la muerte de *El Nasir Ledin Alá Abd-el-Rahman* III, fué solemnemente aclamado su hijo El Hakem, *Emir el-Mumenin*. Contaba el nuevo *Califa* cuarenta y siete años cumplidos; era de corta estatura, pero de agraciado aspecto, elegantes y finos modales. El acto de su proclamacion, se verificó en el palacio de Medina Azahara, con la pompa que prescribia el ceremonial de la espléndida córte de Córdoba. Los príncipes de la sangre, grandes dignatarios de palacio, generales, wazires, cadies, khatibes, guardia andaluza, esclavona y africana, todos los funcionarios, en fin, de la córte asistieron al acto vestidos de duelo, por la muerte de El Nasir, cubiertos con ropajes blancos, que tal era el color del luto entre los Ommiadas de Andalucía, (costumbre que acaso tomarian de los cris-

rehenes para rescatar su libertad; la mue
[illegible] Amed ben-Ishac, por sus opiniones S
y que pagó con el desastre de Simancas: la
[illegible] del profeta de las Sierras de Gomera,
[illegible], decretada por Abderrahman, y por últi
suplicio de su propio hijo Abdallah, sin re
que á él le llamaran el hijo del *Maclul*, en r
[illegible] del castigo que se suponia sufriera su
Mohammed, por rebelde cogido con las arm
la mano, son manchas sangrientas que empa
brillo de su glorioso reinado, y que están en
contradiccion con los elogios que muchos histo
res hacen de su carácter magnánimo, generos
las veces llano, como lo acreditó en el célebre
[illegible] de la embajada de Juan de Gorza.

No pudiendo fundar la causa de aquellos
[illegible] de crueldad en sus inclinaciones natural
[illegible] de su siglo, demasiado culto par
[illegible], necesario nos es buscar en otra parte su
gen, y creemos encontrarlo en el ejercicio del p
absoluto bajo la forma mas brutal, que consag
[illegible] de Mahoma. A estas manchas que empañ
los últimos años de su reinado, hay que agrega
error político de inmensa trascendencia que co
[illegible] Abderrahman III; y fué la preferencia que o
[illegible] á los eunucos y esclavos sobre la aristocracia
[illegible], dejando formados, á su muerte, dos p
dos poderosos que se odiaban, y cuyas luchas
[illegible] la disolucion del califato de Córdoba y
[illegible] la ruina del imperio Árabe [illegible]

tianos, cuyas familias reales la observaron durante la Edad Media, la de España hasta la muerte del principe D. Juan (1498) y la de Francia hasta la del rey Cárlos V (1380).

Fué Al-Hakem II, príncipe doctisimo y apasionado por las ciencias, las letras y las artes, cuyos libros mas preciosos coleccionaba con afan, haciéndolos traer á toda costa de la Persia, Siria, Arabia, Egipto y Africa. Así llegó á formar en su palacio Merwan una biblioteca compuesta de unos CUATROCIENTOS MIL VOLÚMENES, distribuidos en primorosos estantes por órden de materias. El catálogo de estos libros se componia, segun Ibn-Haiyan, de cuarenta tomos, en cuyas fojas solo se contenia el encabezamiento de cada obra. Era pues, Al-Hakem, por sus especiales conocimientos en todos los ramos del saber humano, uno de los hombres mas doctos é instruidos de su tiempo, como biógrafo, historiador y genealojista; y llevaba á tal estremo su amor á los libros que mantenia hospedados en su palacio los mejores pendolistas, miniaturistas y encuadernadores, llegando á formar por estos medios la mas numerosa, rica y preciosa coleccion de manuscrito que hubiese habido jamás en los dominios musulmanes, incluso Bagdad, donde Harun-el-Raschid y sus descendientes habian reunido grandes tesoros de cultura intelectual.

Dicho se está con esto, el nuevo impulso que las ciencias y las letras recibirian de un príncipe tan ilustrado, que así vinculaba todos sus afanes en reunir en su corte los hombres mas doctos de su

siglo, y en su colosal biblioteca las obras mas selectas del saber humano, por alguna de las cuales, como por el *Kitab-el-Aghany*, el mas afamado de los libros del sábio Abu-l-Faraje, dió á su autor mil piezas de oro del valor mas subido, equivalentes á unas mil onzas de la moneda corriente en España (Al-Makkari.)

Así pasó Al-Hakem los dos primeros años de su reinado repartiendo su tiempo entre los libros de la Biblioteca Merwana, las delicias del Alcázar de Medina Azahara y la conversacion con los sábios sin descuidar por eso los negocios graves del Estado, que comenzaron á complicarse cuando menos se esperaba dada la paz general que se disfrutaba en España.

«Uno de los primeros actos del nuevo *califa* segun refiere Al-Makkari, fué nombrar *hajib*, ó primer ministro á Djafar, hombre poderoso y guerrero acreditado; quien agradecido á tan señalada distincion, le presentó un regalo en esta forma: 100 mamelucos europeos, montados y armados de espada, venablo y escudo; 320 cotas de malla; 500 almetes; 300 lanzas arrojadizas; 10 cotas de malla de plata sobredorada; 100 cuernos de búfalo que servian de trompeta, y otros objetos raros y preciosos.»

Mas este primer acto de Al-Hakem, fué tambien su primer error político puesto que añadió nuevo combustible á la hoguera que desde muy antiguo venia ardiendo, y en la que debia morir abrasado su hijo y sucesor Hixem. En efecto; Djafar era *eslavo*, y en tal virtud su encumbramiento al mas

alto puesto del gobierno del país, debia necesariamente producir entre los generales y wasires Árabes, es decir, entre la aristocracia musulmana, la misma irritacion que la confianza puesta por Abderrahman III en Nadjda de Hira y otros esclavos de la misma especie. Esto indicaba que el hijo se proponia seguir la misma política que su padre en cuanto á sobreponer á la rancia nobleza andaluza los eunucos y eslavos de palacio, estrangeros todos de origen no ya humilde sino miserable, por lo cual aviváronse los resentimientos de las familias mas ilustres, convencidas de que el ascendiente que los Ommiadas dejaban tomar en la córte á los eunucos y eslavos, harto ricos ya y numerosos, no tenia mas objeto que servirse de ellos para humillar á los nobles Árabes.

Afortunadamente vino á distraer la preocupacion general uno de aquellos acontecimientos que tenian el privilegio de hacer converjer la mirada de todos los musulmanes hácia un punto de interés general, al menos para los andaluces, que si fueron algunas veces rebeldes á la autoridad de los Califas, nunca fueron traidores al principio religioso que representaba, acaso por encontrarse los mas distantes de los Ramiros de Leon.

Hé aquí el suceso. Cuentan las crónicas cristianas que un conde castellano llamado Vela, que fuera expulsado de Castilla por Fernan Gonzalez, se habia refugiado con sus parciales, por los años 962 en Córdoba, donde se vió bien recibido y agasajado por el *Califa*, á quien instaba contínuamente, para

los fines de su venganza y ambicion, á que hiciese la guerra á sus hermanos de allende el Duero. A los ruegos del traidor, uniéronse para decidir el ánimo de Al-Hakem, los pliegos que con frecuencia llegaban á Córdoba enviados por los gobernadores de la frontera, dando cuenta de las repetidas correrías que los cristianos de Castilla hacian en territorio musulman, saqueando los pueblos, arrebatando los frutos y los ganados, en términos que el país se hacia ya inhabitable para sus moradores.

El califa de Córdoba vivia en paz con el rey de Leon, á quien los mas poderosos motivos de gratitud vedaban el quebrantarla; pero el poderoso conde de Castilla, que se habia emancipado de hecho de la soberanía de Sancho I, no teniendo aquellos motivos, la rompió atropelladamente, y fué causa de que se renovase la guerra, que parecia olvidada desde el año 955, entre cristianos y musulmanes. Aguijoneado, pues, Al-Hakem de un lado por las escitaciones del conde Vela, y del otro por la necesidad de poner coto á las correrías de los castellanos en sus dominios, dispuso abrir ejecutivamente la campaña en los Estados del conde de Castilla; y á fin de activarla así como deseoso de mostrar á sus súbditos que no habia dejado en los estantes de la Biblioteca Merwana el valor guerrero de su estirpe, se trasladó á Toledo para activar con su presencia y autoridad los preparativos militares.

Reunidas las banderas, el *Califa* se puso al frente del ejército, entró con él en tierra de cristianos (Conde, c. 89), y puso cerco á la fortaleza de San

El año 966, encontrándose Al-Hakem, en paz con todos los reyes y príncipes cristianos de la Península, pudo entregarse con holgura á su pasion dominante por las ciencias y la literatura, y á los cuidados del gobierno y administracion de su imperio. De estas atenciones vino á distraerle una comunicacion del walí de Cazr abi-Danis (Alcacer do Sal, en Lusitania) que le anunciaba la aparicion de una flota normanda en aquellas costas.

Hé aquí los términos en que el historiador Ibn-Adhari refiere el suceso de la tercera *Invasion de los piratas Normandos*, en las costas de la España musulmana (Dozy, *Recherches*, t. 2.° p. 302).

«El 1.° de Redjeb del año 355 (23 de junio de 966), se recibió en Córdoba la noticia de que una flota normanda habia aparecido en el mar del Oeste; que los habitantes de toda la costa estaban muy sobresaltados, sabiendo que los *Madjiojes* acostumbraban hacer desembarcos en España, y, por último, que la flota se componia de veintiocho naves. Muy luego llegaron otras comunicaciones procedentes del mismo punto, en las que se daban nuevas noticias de los piratas, que habian saqueado la costa y llegado hasta cerca de Lisboa. Los musulmanes les salieron al encuentro y les dieron una batalla en la que muchos de los nuestros murieron como mártires, y no pocos infieles fueron pasados al filo de la espada. La armada musulmana zarpó del puerto de Sevilla, y avistó la de los Madjiojes en el rio de Silves. Los nuestros pusieron varios bajeles enemigos fuera de combate, dieron libertad

á los prisioneros musulmanes que se encontraban en ellos, mataron muchos infieles y dispersaron los demás. Desde entonces llegaron á Córdoba con frecuencia noticias de los movimientos de los *Madjiojes* por el lado de Oeste, hasta que Dios los alejó.»

En otro lugar dice: «En este mismo año, Al-Hakem dió órden á Ibn-Fotais, para que entrase la escuadra en el rio de Córdoba (Guadalquivir) y que mandase construir naves semejantes á las de los *Madjiojes* (estermínelos Dios) á fin de que estos, creyéndolas de las suyas se acercasen á ellas.

Ibn-Kaldun dice lo siguiente acerca del mismo suceso:

«En este año los *Madjiojes* aparecieron en el Océano, y saquearon los alrededores de Lisboa. Despues de una batalla empeñada con los musulmanes, volviéronse á sus naves. Al-Hakem mandó á sus generales defender las costas, y á su almirante Abderame ibn-Romahis que se hiciese inmediatamente á la mar. Despues se recibió la noticia de que las tropas musulmanas habian derrotado al enemigo en todos los puntos.»

Creo, dice Dozy, haber encontrado en Dudon de San Quintin, la relacion de la batalla que tuvo lugar cerca de Lisboa, y de la que dan noticia los cronistas arábigos. Hase creido hasta ahora, que la narracion á que aludo se refiere á una batalla que tuvo lugar en Galicia; pero las palabras de Dudon no admiten semejante suposicion. Dice, que habiendo sido degollados los campesinos en mu-

chos puntos, un ejército español fué enviado contra los Normandos que lo derrotaron, y que habiendo vuelto los piratas tres dias despues sobre el campo de batalla para despojar los muertos, vieron con sorpresa que los *cadáveres* de los negros tenian algunas partes blancas en tanto que otros habian conservado su primitivo color. «Desearia saber, añade Dudon, cómo me esplican este fenómeno los dialécticos que aseguran, que el color negro es inherente al cútis de los Etiopes, y que no cambia nunca.» Paréceme que este párrafo se refiere á los Moros y no á los Gallegos. En los *sagas* (canciones históricas) del Norte, se llama á los Sarracenos *Blamenn, hombres negros*, porque los Escandinavos creian que todos los Sarracenos eran de este color. Así que al desnudar los muertos en el campo de batalla, los Normandos debieron ver con sorpresa que los moros eran tan blancos como ellos á pesar del color tostado de su rostro, cuello y manos.

Dudon, como se vé, atestigua que los musulmanes fueron derrotados en aquella batalla, lo que en vano trata de disimular Ibn-Adhari. Sin embargo, los Normandos acabaron por ser vencidos; pues por mas valientes que fueran no era posible que pudieran resistir á las *escelentes tropas* y á la *poderosa marina* de Al-Hakem II.

Pocos años despues de haberse alejado de las costas de la España musulmana aquellos feroces y sanguinarios piratas,—que al poco tiempo aparecieron sobre las de Galicia, en cuya provincia fueron al cabo esterminados, despues de haber saquea-

do la comarca de Compostela y estendido sus devastaciones hasta los montes de Cebrero,—llegaron á Córdoba noticias de suma gravedad relativas á los asuntos de África, donde la audacia de los Fatimitas y la traicion del Edrisita El-Hasan, habian vuelto á encender la guerra contra los andaluces.

Parece, pues, que el Califa Fatimita de Kairwan habia enviado, en 968, un ejército al Magreb para avasallar las tribus Zenetas que se negaban á prestarle obediencia. El edrisita Hasan, que gobernaba aquella region á nombre de los Califas de Córdoba, abandonó la causa de su soberano y se unió á los Fatimitas, haciendo proclamar en todas las mezquitas de su gobierno el nombre del Califa de aquella dinastía, Moez Ledin Alá. La guerra que se siguió á esta traicion fué larga y desgraciada para los andaluces, que de derrota en derrota se vieron al fin (972,) encerrados en Tánger y Ceuta, las únicasplazas quequedaban, por entonces, en África bajo el dominio del Califa de Occidente. Alarmado Al-Hakem por aquellos trascedentales descalabros, envió fuerzas considerables al teatro de la guerra; y despidió al caudillo del ejército espedicionario con las siguientes palabras: «No vuelvas á Córdoba sino muerto ó vencedor. El fin es vencer; así no seas avaro ni mezquino en premiar á los valientes, ni olvides que tambien el oro gana batallas.» La intencion del Califa fué comprendida y sus órdenes ejecutadas al pié de la letra. Las tribus que resistieran tan gallardamente á las espadas andaluzas se dejaron ablandar por el oro, y en una

sola noche abandonaron á El-Hasan, que huyó con algunos caballeros á refugiarse en una fortaleza inexpugnable llamada la *Peña de las Aguilas*, donde tenia su haren y sus tesoros.

Bloqueáronla tan estrechamente las tropas andaluzas que hasta llegaron á cortar el agua a sus defensores. El-Hasan reducido al fin á la última estremidad, pidió capitulacion, que le fué concedida, bajo la condicion de venir á España á hacer personalmente sus conciertos con el Califa de Córdoba. Dueños los andaluces en una sola campaña (973 á 974) de todos los pueblos y fortalezas del Magreb, restablecieron la autoridad de su soberano en Féz, dejaron asegurado el país y regresaron á España embarcándose en Ceuta.

Magnánimo y generoso Al-Hakem, recibió en Córdoba con señalada honra y distincion al vencido y prisionero edrisita El-Hasan; le cedió para morada el palacio Mogueiz, donde se hospedó el desleal con su familia y tesoros, y señaló sueldo á los jeques y ginetes de los Beni-Esdrises, que en número de 700 habian acompañado al ex-emir del Magreb, y que pidieron permiso para avecindarse en la capital.

Permanecieron los Edrisitas en Córdoba hasta el año 975, en el que por motivos de una desavenencia ocurrida entre el *Califa* y El-Hasan, el ex-emir y los suyos fueron espulsados de Andalucía y desterrados á Oriente, á donde los trasportaron bajeles salidos del puerto de Almería, á fines de aquel año.

Con la pacificacion, ó más bien diremos, reconquista del África setentrional por las armas andaluzas, quedó asentada firmemente la paz general en todos los dominios dependientes del Califato de Córdoba. Paz que desde el año 964, se mantenía inalterable entre cristianos y musulmanes; pero que desgraciadamente no disfrutaron los primeros, entregados á mil rivalidades y discordias intestinas, que los debilitaban y enflaquecian cuando mas necesidad tenian de union y concordia para hacer frente á la robusta consolidacion del enemigo comun; que si bien no quiso aprovecharse *materialmente* de sus antipatrióticas divisiones se utilizó *moralmente* de ellas, ofreciendo á los ojos del mundo el contraste entre la cultura, el órden y la prosperidad en que vivian los sectarios de Mahoma, y la rudeza y anarquía en que yacian los fieles de Jesucristo.

Dicho se está con esto cuanto progresarian todos los intereses morales y materiales de Andalucía bajo el influjo de tan bonancible situacion; y el entusiasmo con que el docto Califa se consagraria casi esclusivamente á sus ocupaciones favoritas de estimular las ciencias, las letras y las artes, y en providenciar todo cuanto su ilustrado celo conceptuaba necesario á la buena administracion del Estado y al fomento de sus intereses bien entendidos.

Por aquel entonces ya fuera presentimiento de su cercano fallecimiento, ya por complacer á su esposa predilecta (segun dice conde) la Sultana

Sohbeya, madre de su único hijo Hixem, hizo celebrar con magnífico aparato el reconocimiento y proclamacion del príncipe á quien dejaba por heredero de uno de los tronos mas respetados y admirados del mundo. Convocáronse al efecto, en Córdoba, los walies de las provincias, los wazires, los khatibes, los jeques de las coras principales y todos los dignatarios de la corte y gobierno del Califato, y se decretaron grandes fiestas y regocijos públicos en la capital y en todos los pueblos del imperio. Los literatos y los poetas contribuyeron como la clase que más, al esplendor de aquellas fiestas, celebrando en sus escritos al Califa literato y poeta tambien, que les honraba y protegia. Con esta ocasion, (Conde, c. 93) le presentaron al soberano elegantes composiciones en verso, de muchos célebres ingenios de España. Admiráronse y aplaudiéronse las composiciones de los hermanos Ahmed y Abdala ben-Ferah, de Jaen; las de Jonas ben-Abdala, Cadí de Badajoz; la elegante descripcion de la comarca de Elvira, presentada por el geógrafo granadino Aben-Isak el Gasani; los escritos de los insignes eruditos de Guadalajara Ahmed ben-Fortun el Madjuni, y Ahmed ben-Yanki: encomiáronse los dulces conceptos del poeta sevillano, célebre por sus poesías descriptivas, Ibrahim ben-Chaira Abes-Ishac; por último, fueron muy festejados por su ingenio Suleiman ben-Chalaf, Cadí que habia sido de Ecija; Yahye ben-Hixem; el docto poeta cordobés, Yahye ben-Hudeil; Jonas ben-Mesaud y Yaix ben-Said de Baena.

No menos brillaron en aquella ocasion por su elegancia y fecundo ingenio, las selectas composiciones de *Lobna*, doncella de celebrada hermosura, y muy docta en gramática, poesia, aritmética y otras materias; de *Fatima* hija de un doméstico de la casa del *Califa*; de *Ayja*, la Cordobesa; de *Cadija*; de *Maryens*, que daba lecciones de erudicion y poesía á las doncellas de las principales familias de Sevilla, y de cuya escuela salieron mujeres tan insignes en el saber, que fueron el encanto de los príncipes y grandes señores, y por último, de *Radhia*, la llamada *Estrella Feliz*, liberta del Califa Abderrahman el Nasir, que fué la admiracion de su siglo, por sus elegantes versos y eruditas historias, y que despues de la muerte de Al-Hakem viajó por el Oriente donde causó admiracion á los doctos.

Despues de esta rápida y estractada enumeracion de los poetas y literatos que celebraron en sus escritos la jura del príncipe Hixem, ¿qué podriamos decir que no fuera pálido, en elogio de la civilizacion de Andalucía en el siglo x, y de la cultura y costumbres de una raza tan mal juzgada y tan calumniada en todos los siglos que precedieron al nuestro, desde el VIII, por cronistas é historiadores latinos no solo españoles sino tambien extranjeros? Estas jóvenes de singular belleza que hacen una ocupacion ó una profesion del cultivo de las letras; que alternan en academias, tertulias y certámenes con los doctos, literatos y poetas; y estas damas que se dedican al estudio de las letras humanas y son luego el encanto de los palacios de

los magnates ¿no revelan que la sociedad donde formaron su inteligencia, rayó á una altura tal de grandeza literaria, es decir, de civilizacion, que cási puede dar celos á la nuestra? Ah! si fué una gran desgracia para España su conquista por los Árabes, y un espantoso cataclismo para la cultura musulmano-andaluza la de los feroces Almoravides, que abrieron las puertas de la Península á los bárbaros Almohades, razas procedentes del Atlas, que fueron á los Árabes de España en el siglo XI, lo que los Bárbaros del Setentrion á los Romanos en el V, no es menos de lamentar que la pasion política y religiosa de nuestros abuelos, haya dejado perder, (que no destruyó, como veremos mas adelante) aquellos inapreciables manuscritos, verdaderos tesoros literarios que contenian, ó en los que debieron coleccionarse, las obras de aquellas elegantes poetisas é inspirados vates, que en el siglo X levantaron á tanta altura la poesía arábigo-española: aquella poesía clásica en cuanto que se inspiraba en los modelos antiguos; aquella poesía, á la que llama Dozy *Hija de los palacios*, que no se dirigia al pueblo, sino á los hombres doctos, á los grandes y á los príncipes.

Esta era, pues, Andalucia, cuando todavía la mayor parte de Europa yacia envuelta en las tinieblas de la semi-barbárie. Esta era la corte de Al-Hakem II, de aquel entre todos los soberanos musulmanes que mas amor tuvo á las letras y que mas se desveló por su esplendor, si se esceptuan Haarun-el-Raschid de Bagdad, y Abderrahman III de Cór-

doba; de aquel príncipe *andaluz* que llegó á reunir, (segun Casiri) en los últimos años de su reinado, en la famosa biblioteca del palacio Merwan, SEISCIENTOS MIL VOLÚMENES MANUSCRITOS!, cifra enorme increible, para aquellos tiempos, y aun para los nuestros, en los que, á pesar del auxilio de la imprenta, y del fabuloso impulso que este gran multiplicador y propagador de las ideas ha recibido con los progresos de la mecánica, son pocas las bibliotecas en el mundo que reunen tan considerable número de *volúmenes* IMPRESOS.

En aquella inmensa y selecta biblioteca, con cuya fundacion, un Califa andaluz descendiente del mas sañudo perseguidor del *Profeta*, lavó el borron que sobre la raza Árabe habia echado otro Califa, primo de Mahoma, mandando quemar la famosa de Alejandría, existian escelentes traducciones de los mas célebres autores griegos, Euclides, Arquimedes, Apolonio, Perjeo y Aristarco de Samos. Así es, que la escuela filosófico-musulmano-andaluza, se formó con las obras de Aristóteles; los médicos con las de Hipócrates y Galeno, y los jeógrafos con los escritos de Tolomeo. De ella partió y se difundió por el otro lado de los Pirineos el conocimiento de las obras del filósofo de Estajira y preceptor de Alejandro el Grande. En ella existia una traduccion arábiga del Almajesto de Tolemeo que se vertió al latin y se propagó por Europa antes de aparecer el texto; en suma, abundaban en sus estantes diccionarios de varios idiomas, historias, novelas y tratados de ciencias exactas y ciencias naturales,

que estudiaban con afan los musulmanes españoles. Se sobrentiende que los mas numerosos serian las colecciones de poesías, dado el entusiasmo con que la cultivaban los Arabes, y la vehemente aficion que la profesaba Al-Hakem. «Enseñad la poesia á vuestros hijos, habia dicho Mahoma, porque despeja el entendimiento, engalana la sabiduria, y graba en el alma las virtudes heróicas.»

En la escuela musulmano-andaluza de los tiempos de Al-Hakem II se formó uno de los hombres mas notables de su siglo, astrónomo, matemático y mecánico que se llamó Gerberto, y que fué tenido por sus contemporáneos como nigromántico ó hechicero antes de ceñirse la Tiara y tomar el nombre de *Silvestre II*. Gerberto, que debe figurar en primera línea en la historia de las ciencias Matemáticas, vulgarizó en Francia el sistema de numeracion atribuido á los Arabes; y siendo obispo de Reims, construyó el primer reloj, que se habia visto en Europa, cuya posicion arregló á la estrella polar, y cuyo movimiento regulaba con un balancin; habiendo aprendido su construccion y mecanismo de los Arabes de España. Aquel ilustre sábio, ni aun sentado en la silla de San Pedro, olvidó nunca á sus maestros ni á España donde habia formado su inteligencia y adquirido el caudal de ciencia que tan célebre le hizo en Francia, en Italia, en Alemania y en el imperio griego.

Fácil es suponer, que dado el impulso por el sábio *Califa*, y tomando ejemplo de su córte donde los hombres mas doctos ocupaban los primeros pues-

tos del Estado, el movimiento científico-literario se dejaria sentir con intensidad en todas las provincias del imperio, cuyos walíes y familias mas poderosas se estremarian en protejer las letras y en fomentar todos los intereses morales y materiales de los pueblos.

Mas no fué solo la cultura intelectual la que alcanzó tan injente altura bajo el cetro de Al-Hakem II; sino que tambien la material recibió un vigoroso impulso con la proteccion que merecieron al *Califa* las artes, el comercio, la industria y la agricultura. Así es que, segun cuentan los historiadores arábigos, en el empadronamiento general que se hizo en su tiempo, se contaron en la España musulmana, seis ciudades populosísimas capitales de walíatos; ochenta ciudades muy pobladas; trescientas poblaciones de tercera clase, y castillos,aldeas, lugares, alquerias y cortijos en número tan considerable, que en las comarcas que riega el Guadalquivir, existian *doce mil*, y en la Vega de Granada ciento treinta molinos y quinientas quintas.

Solo en Córdoba se contaban doscientas mil casas; seiscientas mezquitas, con sus respectivas escuelas de niños—pues los Arabes-Españoles del siglo x seguian el sistema de los Norte-Americanos de los siglos XVIII y XIX en materia de poblacion y colonizacion—ochenta escuelas para la enseñanza superior, novecientos baños públicos y cincuenta hospicios. Los ingresos anuales del Tesoro ascencendian á doce millones de mitkales de oro, sin

contar el diezmo que se pagaba en frutos. Se esplotaban minas, por cuenta del Califa ó de los particulares, de piedras preciosas, de oro, plata, azogue, cobre hierro y plomo; por último, pescábase coral en las costas de Andalucía, y perlas en las de Tarragona.

La agricultura tan floreciente en los reinados anteriores desde el siglo VIII, adquirió con la dilatada paz del tiempo de Al-Haken un desarrollo incalculable en todas las provincias de España. Abriéronse acequias en Granada, Múrcia, Valencia y Aragon; se trajeron árboles, plantas, flores, semillas de los paises de Oriente para aclimatarlas en España. Fué, en suma, tanta la prosperidad de esta primera y principal fuente de la riqueza de los pueblos, que bajo el providente Califa Al-Hakem, «las espadas y las lanzas, como dice uno de sus historiadores, se convirtieron en azadas y en rejas de arado, y los musulmanes antes tan turbulentos, rebeldes y batalladores, en labradores ó ganaderos apacibles. Hasta los mas egrégios y encumbrados nobles gustaban de cultivar sus jardines y huertas con sus propias manos, de manera que no pocos guerreros ilustres y sábios afamados habíanse trasformado en campesinos.»

Cosa notable es, pero que no nos sorprende dado que las mismas causas producen los mismos efectos: ese rasgo de carácter que distingue en nuestros dias á la aristocracia británica, rasgo que tanto realza sus gloriosos timbres y que tanto contribuye á la fabulosa prosperidad de este gran pue-

blo, fué tambien peculiar de la aristocracia andaluza en el siglo x......

Con la agricultura prosperó, como no podia menos de suceder, la ganaderia. Perfeccionóse la raza de los caballos españoles á beneficio de su cruzamiento con la arábiga. De aquel tiempo data *el honrado consejo de la Mesta*, de los últimos nuestros, y hoy llamada *Asociacion general de ganaderos*, que entre los Árabes, aun mas que en el dia, llegó á formar una especie de institucion pública. Entonces, como ahora, trashumaban, por el mes de abril inmensos rebaños de ovejas de las dehesas de Extremadura y Andalucia á los pastos de Molina de Aragon, y volvian en octubre á Andalucia y Extremadura. Rebadanes y ganados llamábanse, entre los árabes, *moedinos*, y conjetura Conde, (c. 94) «ser fácil que alterado este nombre, de él haya procedido el de nuestros ganados merinos.»

Debiendo hacer mencion detallada, en la *Historia particular de cada provincia de Andalucía*, de las mejoras que en todos los ramos de la administracion pública se realizaron en cada una de ellas, bajo el sábio y paternal gobierno del último de los Califas Ommiadas, que mereció, tanto ó mas que sus antepasados, el nombre de grande é ilustre, nos limitamos, por ahora, á la reseña general que acabamos de hacer de la prosperidad moral y material en que vivió España y sobre todo Andalucía en los años de su reinado.

Falleció este magnánimo principe el dia 29 de setiembre de 976.

«Pasaron sus dias (Conde, c. 94) como pasan los agradables sueños que no dejan sino imperfectos recuerdos de sus ilusiones: pasó á las moradas eternas de la otra vida, en donde hallaria, como todos los hombres, aquellas moradas que labró antes de su muerte con sus buenas ó malas obras. Murió en Medina Azahara el 2 del mes de Safar del año 366 de la Hegira, á los sesenta y seis de su edad, y quince, cinco meses y seis dias de su reinado. Un inmenso acompañamiento de caballeros de la ciudad, y el pueblo todo de Córdoba y de su comarca siguió el féretro hasta el cementerio de la Ruzafa, donde mandara, en vida, labrar un panteon para colocar sus restos mortales. Hizo la plegaria por él su hijo Hixem, que bajó al sepulcro y salió bañado en lágrimas.

Aquel llanto justísimo, fué, además, un triste presentimiento de la desventura que esperaba al jóven principe, pues con su padre sepultóse para siempre la grandeza de los Ommiadas, cuya dinastia se estinguió en el panteon de la Ruzafa, y en la dorada prision donde iba á quedar encerrado el hijo de Al-Hakem II, príncipe á quien por ironía, apellidaron *el protegido de Dios.*

Con la muerte del mas sábio é ilustrado entre todos los Califas de Córdoba, cambió completamente la faz de los pueblos de la España cristiana y musulmana. Al reinado de las letras sucedió inmediatamente el de la espada, bajo la *administracion-regencia* de un génio estraordinario y colosal, que destruyó la aristocracia andaluza y con ella el es-

plendor y grandeza del Califato de Occidente, y que renovó á fines del siglo x la desesperada situacion en que se encontrara la España cristiana á mediados del VIII. Antes de comenzar la narracion de los estraordinarios sucesos que acontecieron en esta época, cúmplenos dar, para su mejor inteligencia, una breve noticia geográfica de la estension que en estos tiempos tenia el Califato de Córdoba en la Península Ibérica.

Sus límites eran: Al Oriente, las costas del Mediterráneo hasta Tarragona; al Norte, el nacimiento ó formacion del Segre siguiendo hácia Poniente por Monzon, Barbastro, Benaverre, Huesca, parte del rio Gallego y Sória, fronteras del reino de Navarra, y desde esta última ciudad todo el curso inferior del Duero hasta su desembocadura en el Occéano Atlántico; al Poniente y al Mediodía, este mar y el Mediterráneo: finalmente, comprendia en sus dominios las islas Baleares.

V.

HIXEM II.—MINISTERIO ALMANZOR.

976.

Vamos á entrar en la época mas interesante y mas conmovedora de la dominacion musulmana en España, y la que más influencia ejerció en los destinos posteriores de Andalucía; la del reinado del glorioso Almanzor, porque en realidad él fué quien reinó, y no el débil Hixem II. Y, sin embargo de su celebridad, es una de las menos conocidas, ó que han sido mas adulteradas en la historia, de cuantas la precedieron en los años trascurridos desde la de la conquista; efecto sin duda de su grande importancia y de que los sucesos que en ella tuvieron lugar, se apartaron de la senda seguida por los que los precedieron, afectando una forma nueva y un género de complicaciones desconocidas hasta entónces en el modo de ser político y social de aquel pueblo extraordinario; cosas todas que ignoraron los cronistas é historiadores latinos de aquellos tiempos, y los posteriores que no tuvieron

á la mano sino escasos documentos, y estos áridos y no siempre dignos de fé.

En efecto; hasta ahora le hemos visto funcionar y desarrollarse solo en las regiones de la literatura, de la guerra y de la religion; mas á partir de este dia lo veremos debatirse en las de la politica,—que en los nuestros llamamos *palpitante*,—sufrir sus terribles vaivenes, debilitarse y entrar fatalmente en el camino de su ruina, donde lo empujaron y precipitaron los *partidos*, las rivalidades que son, por decirlo así la fuerza motriz de los sucesos, y los grandes propulsores que imprimen á la nave del Estado un rumbo no siempre directo, y desde luego por mares tormentosos, cuyas olas son las pasiones de los ambiciosos, la inconstancia del vulgo y los estravios de esa pretendida reina del mundo que se llama la opinion pública. Verémosle, pues, repetimos, entrar en esta senda fatal empujado por los partidos que con los nombres de *Eunucos Eslavos, Améridas, Africanos y aristocracia andaluza*, españoles los unos y estranjeros los otros, destruyeron en poco mas de treinta años la obra de dos siglos y medio muy cumplidos, despues de haber brillado en sus postrimerias con extraordinario resplandor guerrero sostenido por el génio y la fortuna del Gran Capitan de aquel siglo.

Cosa no extraordinaria pero si notable, que debe servir de leccion á los pueblos, enseñándoles que nada, ni aun en política, es nuevo en el mundo. Mientras los califas avesados por los años ó su esperiencia en la práctica de los negocios públicos,

sostuvieron con despótica, pero robusta é ilustrada mano las riendas del gobierno, los partidos permanecieron enfrenados en Andalucia, ó vencidos en el resto de la España musulmana; la ilustracion llegó á su mayor apogeo y prosperó casi en progresion geométrica el bienestar y la riqueza del pueblo; pero desde el momento en que aquellas riendas cayeron en manos de un menor, de un niño débil y afeminado, soltáronse las ambiciones, estas desencadenaron los partidos para servirse de ellos á sus fines particulares, y comenzó el desquiciamiento social que sepultó en un abismo la grandeza del Califato de Córdoba y con ella el génio, la prosperidad y la sin par riqueza de Andalucia.

Rara coincidencia; en la misma fecha reinaban en Córdoba y en Leon, siendo el primer ejemplo en la historia de España así cristiana como musulmana, dos príncipes menores de edad, bajo la tutelar regencia de sus respectivas madres; viuda la una del rey Sancho I, que murió alevosamente envenenado, y la otra de Al-Hakem que falleció en el apojeo de su gloria.

Hemos dicho que esta época, á pesar de los célebres y extraordinarios sucesos que en ella acontecieron, es una de las menos conocidas y que más adulterada ha sido en nuestras historias de España, é indicado á seguida, en corroboracion, una circunstancia quela caracterizó y que pasó desapercibida para todos nuestros cronistas é historiadores desde Sampiro hasta don Modesto Lafuente; lo cual supone en nosotros la pretension de hacer alguna ó

mucho mas luz que aquellos hicieron en estos acontecimientos. En efecto, así es; pero como no gustamos engalanarnos con las plumas del pavo real, nos apresuramos á decir, que esta mayor luz la hemos sacado del libro, tantas veces citado, del sábio y diligente Orientalista de nuestros dias, Dozy; quien con los muchos manuscritos arábigos que ha traducido con admirable fidelidad y ha publicado, ilustrando como hasta ahora no se habia hecho, el período de la Edad media en España, nos ha suministrado datos importantísimos y curiosísimas noticias relativas á la época de Almanzor, que ni Casiri ni Conde conocieron, ó por lo menos que no consignaron en sus obras respectivas, y que, por lo tanto, permanecieron ignoradas de todos los historiadores de España que bebieron en aquellas fuentes.

Vamos, pues, á demostrarlo, reanudando el hilo de nuestra narracion sin desatender por mas tiempo el precepto del célebre historiógrafo griego, Polibio, que señala como el mejor camino que debe seguir el historiador la narracion no interrumpida de los hechos.

Tendrán presente nuestros lectores las pocas palabras con que dimos cuenta del fallecimiento del Califa Al-Hakem II, y del acto de sus solemnes exequias, copiadas literalmente, y exprofeso, de la obra de Conde, que hasta el dia ha venido siendo autoridad, como dice Romey, en la historia de la dominacion Árabe. Pues bien; quien pretendiese deducir de aquellas lacónicas frases que durante

los dias que precedieron á la muerte del Califa, y en los que le sucedieron inmediatamente, la córte de Córdoba gozaba de completa tanquilidad y la *política estaba muerta* en Andalucía, se engañaria completamente. Véase, si nó, la situacion, que tenemos por verdadera, en que se encontraba.

«Durante el reinado de Abderrahman III, y el de Al-Hakem II, (Dozy. *Recherches*. 1.ª edicion, p. 208) los eunucos eslavos del palacio, ejercieron una grande influencia en la marcha de los negocios públicos; el último soberano, sobre todo, los habia distinguido señaladamente; así que en la época de su muerte, los eunucos eslavos en número de mil, eran muy poderosos y cada uno de ellos mantenia en su casa numerosos servidores y esclavos (Ibn-Adhari). El gefe de aquellos se llamaba Fayik, conocido con el nombre de an-Nidhamí, gefe del guardaropa de palacio; despues de él el personaje de mas importancia y poder era el eunuco Djaudhar. La enfermedad de Al-Hakem fué larga, y de esta circunstancia se valieron Fayik y Djaudhar para mantener oculta su muerte, hasta que pudieran realizar el proyecto que meditaban, de sustituir en el trono á Hixem con otro príncipe hechura suya, contrariando así la espresa y terminante voluntad del soberano que habia dado á reconocer su hijo por su legítimo sucesor. A pretesto de conjurar las tristes concecuencias de una regencia, dado que el príncipe Hixem contaba solo doce años, lo cual tenia disgustado al pueblo, se convinieron en ofrecer el trono á Al-Mogirah, hermano de Al-Hakem, ba-

jo la condicion de que el favorecido nombrase su heredero al príncipe su sobrino. Con esta combinacion creian conservarse en el poder, siendo el Califa hechura suya, no faltar á la fé que debian al soberano y continuar dirigiendo los negocios del Estado. «El proyecto no era malo,» dice el historiador arábigo, «si Dios hubiese permitido su ejecucion.» Haciales sombra á los dos confabulados eunucos, el *Hadjib*, Djafar al-Mozhafi (como si dijéramos el presidente del Consejo de Ministros) cuyo poder ambicionaban y que querian alcanzar, ya poniendo sobre el trono un príncipe que les debiera su elevacion, ya dando muerte al *Hagib*, como propuso Djaudhar, á lo que se opuso Fayik, que esperaba atraerle á sus miras sin recurrir á medios tan violentos. Al-Mozhafi tuvo conocimiento de los proyectos de aquellos temerarios é intrigantes eslavos, y fingió aprobarlos, con no poca satisfaccion de los dos ambiciosos. Pero quedaron completamente burlados por la habilidad del primer ministro, quien con su aparente adquiecencia solo trató de ganar tiempo para reunir los medios de afirmar su autoridad. Harto conocia Al-Mozhafi, que su poder estaba asegurado con un menor sobre el trono y contando, como contaba, con el ejército; en tanto que con la elevacion de Al-Mogirah su influencia seria nula, y aun temia ser exonerado de su cargo, dado que no contaba con la amistad del hermano de Al-Hakem. (Parécenos estar escribiendo la historia de España de mediados del siglo XIX). Esto considerado, el primer ministro tomó sus me-

didas: reunió sus amigos entre los que se encontraba Mohamed ben-Abi-Ahmer; mas adelante AL-MANZOR, pero que á la sazon empezaba á ser conocido, los gefes de las tropas bereberes (los Benu-Birzales), que le eran adictos, y los capitanes de las españolas. Reunidos todos les anunció la muerte de Al-Hakem y puso en su conocimiento el proyecto de los eunucos eslavos, indicándoles cuanto convenia á sus propios intereses el desbaratarlo. La reunion no solo convino en ello, sino que acordó, á propuesta de uno de sus miembros, dar inmediatamente muerte á Al-Mogirah. *Mohammed ben-Abi-Ahmer* tomó á su cargo el cumplimiento del acuerdo, y estranguló al mísero príncipe que ignoraba todavía la muerte de su hermano. Noticiosos los eunucos del asesinato de Al-Mogirah, Djaudhar increpó á Fayik porque se negara á seguir sus consejos; pero disimularon sus resentimientos y presentáronse en casa del primer ministro para felicitarle y ofrecerse á él. Al-Mozhafi fingió reconciliarse con ellos; empero la lucha estaba ya empeñada y no podia terminar sino con la muerte de uno de los dos partidos. Los dos eunucos pusieron en juego todos sus recursos para derribar del trono á Hixem; al efecto tramaron una conjuracion que la vigilancia del *Hajib* hizo abortar: por otra parte, *Mohammed ben-Abi-Ahmer* sobornó con ricas dádivas y grandes sueldos á quinientos eunucos; con lo cual Fayik y Djaudhar, viéndose abandonados de sus parciales, pidieron permiso al Califa para hacer dimision de sus cargos y retirarse á sus tierras. Fué-

les concedido, muy contra sus esperanzas, lo que solicitaban. Esto exasperó en tales términos á sus partidarios, que prorumpieron sin rebozo en amenazas de muerte contra Al-Mozhafi y contra *Mohammed ben-Abi-Ahmer*. Un jóven eunuco llamado Dorri se escedió imprudentemente en esta ocasion. El astuto *Hajib*, se dió tan buenas trazas que logró atraer al imprudente eunuco á la casa del wazirato, (como si dijéramos, de la presidencia del Consejo de ministros), conocido el engaño, Dorri, intentó regresar inmediatamente al palacio: pero *Mohammed ben-Abi-Ahmer*, lo retuvo por la fuerza; Dorri se defendió y tiró de las barbas á su adversario. *Ben-Abi-Ahmer* llamó en su auxilio á los soldados que estaban allí inmediatos. Los españoles se abstuvieron de poner las manos en el eunuco, que respetaban dada su categoría, pero los bereberes (los Benu-Birzá) golpearon á Dorri, y de un sablazo que le dieron en la cabeza, le hicieron perder el conocimiento. El herido fué llevado á su morada donde le dieron muerte aquella misma noche.»

Esta interesante y fidedigna narracion que nos presenta bajo un aspecto enteramente nuevo la sociedad y la política de la raza musulmano-andaluza, nos revela tambien cuanto habia dejenerado, políticamente hablando, á fines del siglo cuarto de la Hegira, aquel pueblo que por su eutusiasmo religioso, por su adhesion al principio que le diera vida, por su sobriedad y por su carácter que le constituia en una escepcion entre todos los pueblos de la tierra, fué la admiracion del mundo y hubiera sido su so-

berano si el cristianismo no hubiera detenido su veloz carrera. Y no solo es interesante bajo este punto de vista, sino tambien porque nos da la clave de los estraordinarios sucesos que tuvieron lugar durante los primeros años del siglo siguiente, y, sobre todo, porque saca por primera vez á la escena histórica, y desde luego con el *principal rasgo de su carácter*, un hombre que ocupa uno de los primeros lugares en la galería de los *Grandes hombres*, no solo de su Edad, sino de todas las conocidas del mundo, como esclarecido é invencible capitan.

Este hombre estraordinario para quien la historia solo tuvo alabanzas, hasta el punto que nuestros cronistas de la Edad Media, que tan parcos son en tributarlas á los *Moros* dijeron de él, (Lúcas de Tuy y Rodrido de Toledo) que lo hacía tan bien con los cristianos *como si fuera nacido y criado entre ellos;* este héroe jamás vencido en cincuenta campañas, justificó, con los dos primeros actos de su vida política, el severo juicio que ha merecido al primero de nuestros historiadores contemporáneos que ha podido estudiar su carácter en documentos originales que merecen el mayor crédito.

«Este hombre (dice Dozy) que no retrocedía ante ninguna infamia, ante ningun crímen, ante ningun asesinato á trueque de llegar á satisfacer su ambicion; este hombre, profundo político, el mayor capitan de su siglo, ídolo del ejército y del pueblo y á quien la fortuna halagó en todas las ocasiones, fué el terrible primer ministro, el *Hadjib*, de Hixem II Almanzor, en una palabra. Atento únicamente á

consolidar su poder, se contentó con asesinar los jefes poderosos ó ambiciosos de la casta noble que se le hacian sospechosos; más no intentó destruir la aristocracia propiamente dicha: por el contrario, supo mostrarse amigo de todos aquellos que no le hostilizaban.»—Solo falta, pues, para terminar tan sombrio retrato, las dos siguientes pinceladas: Este hombre profundo conocedor de la época en que vivia, se grangeó la idolatria del ejército manteniéndolo constantemente en campaña durante veinticinco años y prodigándole el oro á manos llenas; y el amor del pueblo fanático, mostrándose mas fanático que él en el hecho de haber arrojado á una hoguera *los libros de filosofía y de astronomía que encontró en la magnífica biblioteca reunida por Al-Hakem II*...

Nuestros lectores deben tomar acta de este *hecho* para sumarlo con otros *iguales* y *semejantes* que irán apareciendo en el curso de nuestra historia, á fin de aliviar á la raza española del peso de la acusacion formulada contra ella por los criticos que le acusan de haber destruido los grandes monumentos de la literatura arábiga.

Salvo el episodio de la *conjuracion ministerial* contra los eunucos de palacio y contra la vida del inocente hermano de Al-Hakem, en la que tan poco envidiable papel representó *Mohammed ben-Abí-Ahmer*, ninguna otra noticia hemos encontrado en Dozy respecto á los *medios* que empleó el matador de Al-Mogirah para ascender al elevado cargo de primer ministro del Califa Hixem. En tal virtud habremos de considerarlo desde el punto en que nos lo pre-

senta inmediatamente Conde, esto es, ejerciendo el cargo de *Hadjib*, poco despues de la muerte de Al-Hakem, gozando de la privanza de la Sultana Sohbeya, regente durante la menor edad de su hijo Hixem, y el favor de este desgraciado príncipe, que pasaba la vida encerrado en el palacio de Medina Azara donde su madre y su *Hadjib*, lo mantenian en dorada esclavitud; ó, mejor diremos con el poeta, «donde lo hacían envejecer en una dilatada niñez.»

Los primeros actos de aquel *presidente del Consejo de Ministros*, que ejerció de hecho la soberanía, no faltándole sino el título de Rey, que no quiso tomar probablemente por las *mismas razones* que tuvo Cromwell siete siglos mas tarde para no admitir *la pluma puesta en el sombrero de un hombre*, (aludiendo á la dignidad real) fueron tres, que constituyeron la base de su política y gobierno desde aquel momento hasta el de su muerte. Primeramente, premió con grande liberalidad á todos aquellos que le habian ayudado á escalar el poder, confiando á los unos los empleos mas importantes de la córte y dando á los otros ya feudos, ya el gobierno de las principales provincias; con lo cual si bien robusteció y enriqueció considerablemente á los hombres de su partido, minó por su base la unidad del imperio árabe de España y preparó la disolucion del Califato de Córdoba: despues, como no le inspirasen entera confianza la aristocracia de pura raza ni las tropas andaluzas, hizo un llamamiento á los Bereberes de África que respondieron desalados y en

gran número á él: «Llegaron, dice el historiador arábigo Ibn-Adhari, flacos, hambrientos y cubiertos de harapos, y muy luego se les vió pavonearse en calles de Córdoba vestidos con trajes magníficos, montados en los caballos mas generosos y hospedados en palacios que ni en sueños habia visto su imaginacion: al poco tiempo aquellas tropas sobrepujaron en número á las andaluzas» es decir, que el *Hadjib* ben-Abi-Amer se formó un ejército de pretorianos que siéndole enteramente adicto, mantenia á raya las pretensiones de los partidos que le combatian; y, por último, á fin de grangearse el aura popular, premiaba y aplaudia á los hombres de letras, se mostraba afable ó generoso con todo aquel que se distinguía por algun concepto fuera cristiano ó musulman, y anunció que estaba dispuesto á romper las treguas con los cristianos y decidido á no volver la espada á la vaina en tanto no sometiese toda la peninsula Ibérica al dominio del Califa de Córdoba.

Tales fueron los medios de que se valió para encumbrarse y deshacerse de todos aquellos Árabes de rancia prosapia que pretendieran cortar los vuelos á su ambicion. Dueño ya del palacio, del gobierno, de la administracion y del ejército á beneficio de las numerosas hechuras que tenia colocadas en todos los destinos de importancia, depuso todo miramiento y se apoderó de la autoridad real. Decretos, proclamas, pragmáticas (Al-Makkari) todo se promulgaba en su nombre; rezábase por él en las mezquitas al mismo tiempo que por el Califa; su

nombre, estampado en las monedas, se gravó en el sello del Estado. En una palabra no dejó á Hixem mas prerogativa que la de sonar en las plegarias públicas y en las monedas, con los dictados sonoros pero insustanciales que le dejaba.

Conceptuándose ya seguro en el poder, buscó el medio mas eficáz en aquella sociedad, para perpetuarse en él: la guerra contra los cristianos. Pero aún en esto dió relevantes pruebas de sus altas dotes de hombre de Estado, y de su hábil y sagaz política. A fuer de consumado capitan comprendia que en la guerra no interesa tanto vencer como el no ser jamás vencido; y que no es matando contrarios sobre el campo de batalla como se hace provechosa la victoria, sino debilitando al enemigo é imposibilitándole de presentar ó aceptar las batallas. Además sabia muy bien por el recuerdo de sucesos pasados, que ya no eran los cristianos del Norte del Duero, como en otro tiempo dijo de ellos, Muza al Califa Walid, «mujeres en el llano, águilas en las montañas y leones en sus castillos» sino que maestros ya en el arte de la guerra, se habian hecho leones en todas partes; y érale notorio que con los leones no se juega impunemente. Pero sabia tambien que aquellos leones adolecian de un mal—del cual á pesar de los siglos trascurridos no se han curado todavia—que los debilitaba y enflaquecia. Mal que él se propuso exacerbar para que le fuese menos costosa la victoria ó prevenir la derrota; lo cual consiguió terciando diplomáticamente en sus discordias intestinas ya coechando á los unos, ya ofreciendo su

intervencion á los otros y abriendo á todos su propia casa y sus arcas para que viniesen á Córdoba á conspirar los unos contra los otros. Así es, que engrosó sus filas con crecido número de cristianos, que en lugar de combatirle agrupados bajo su legítima bandera, le ayudaron á destruir sus propios hermanos y le facilitaron una série no interrumpida de victorias en las cincuenta campañas que venció durante los veinticinco años de su gobierno.

El hecho es tan cierto, que si se hubieran perdido la crónicas arábigas que recuerdan aquellos portentosos triunfos todavía nos quedaría, para dar testimonio de él, la crónica del Monje de Silos, en cuyo capítulo 70, se lee: «Fuéle de gran provecho su mucha liberalidad con la cual *coechó buen número de guerreros cristianos*; y era tan justiciero, como nos *consta de boca de nuestros padres*, que si en los cuarteles de invierno ocurria algun alboroto, para apaciguarlo solia mandar que se ajusticiase á un bárbaro mas bien que á un cristiano.»

Hé aquí, pues, el secreto de los repetidos triunfos de Almanzor sobre los cristianos durante los veinticinco años de su gobierno, y he aqui una leccion que desgraciadamente de poco ó nada servirá al pueblo español.

Ahora bien; dejemos á los hechos comprobar lo que queda expuesto, y reanudemos el hilo de la fatigosa y cruel relacion de guerras, devastaciones y sangrientas batallas entre musulmanes andaluces y cristianos del Norte del Duero, que quedó cortada por los años de 956 con el tratado de paz y alianza

celebrado entre Sancho I el *Gordo* y el Califa Abderrahman III.

Escasas son las noticia que encontramos en las crónicas arábigas traducidas hasta el dia, relativas á las primeras batallas de Almanzor; adoleciendo en lo general de esta misma falta las que se refieren á las posteriores. Sin embargo, irémoslas apuntando las unas en pos de las otras, y estendiéndonos en cada una tanto como nos lo permitan los textos; advirtiendo que seguimos á Dozy, siempre que lo encontramos en nuestro camino con preferencia á cuantos autores tenemos á la vista.

La primera campaña que realizó Almanzor, contra los cristianos del Norte del Duero, tuvo lugar, segun Conde, en el otoño del año 977. Mas bien que campaña fué una entrada por aquellas fronteras, dada tan de rebato que no hubo encuentro formal entre cristianos y musulmanes. Dedúcese de la narracion de Conde, que Almanzor obró en esta circunstancia no como un hombre de Estado, sino como un guerrillero para quien no hay derecho de gentes ni derecho de la guerra, y que en tal virtud ataca como y cuando le conviene sin respeto á los tratados; y sin embargo, nada es ménos cierto. Las hostilidades habianse roto en los años anteriores entre cristianos y musulmanes. Hé aquí cómo el célebre historiador arábigo Ibn-Kaldun, da cuenta de este suceso, en su *Historia de los reyes cristianos de España:* (version de Dozy.)

«Sancho, de la familia de los Beni-Alfonsos, murió y le sucedió su hijo Ramiro (III.)

«Ramiro (III) encontró en las fronteras de sus estados á los musulmanes que las invadieron y los *derrotó*. Los musulmanes sufrieron varias y graves derrotas *despues de la muerte* de Al-Hakem II, hasta la época en que Dios les envió á Almanzor ben-Abi-Ahmer, el *hadjib* de Hixem hijo de Al-Hakem.»

La guerra, pues, estaba ya empeñada, cuando Almanzor hizo su primera campaña contra los cristianos de allende el Duero.

En la campaña ó *Correría* del otoño de 977, tuvo lugar un hecho de armas curioso que dá una idea de las costumbres militares de aquella época y del temple de los guerreros de una y otra raza. Hé aquí como lo refiere Dozy, traduciéndolo de una obra de Ben-abi-Zandaca, natural de Tortosa, que estudió literatura *en Sevilla bajo la direccion del gran Ibn-Hazm.*

«Esto me lo ha contado mi maestro, el cadi Abul-Walid Badji:

»Un dia que Almanzor estaba en campaña, vió, desde la cima de un alto cerro donde se encontraba, el ejército musulman que cuajaba las montañas y las llanuras que se estendian en su derredor. Dirigió la palabra á un general que se llamaba Ibn-al-Mozhafí, preguntándole: «¿Qué os parece este ejército?—Me parece, respondió el interpelado, muy grande y muy numeroso.—Y tambien discurrireis como yo que sería fácil encontrar en él mil valientes?—Y como el general diera la callada por respuesta, Almanzor prorumpió: ¿Por qué no respondeis á mi pregunta; dudais que en todo este ejérci-

to se encuentren mil buenos soldados?—Sí, respondió Ibn-al-Mozhafí, lo dudo.—Pues entonces, continuó Almanzor despues de un breve intérvalo de silencio, habrá siquiera quinientos—No—Pues bien, insistió Almanzor que comenzaba á incomodarse, digámos que hay ciento—No, no hay tantos—Cincuenta....—No—Eres un nécio! esclamó Almanzor montado en cólera; retírate de mi presencia y que no vuelva á verte.

«Cuando el ejército hubo entrado en el país enemigo y encontrádose frente á frente con el de los cristianos, salió de las filas de este un guerrero bien armado, y adelantándose hasta donde pudiera ser oida su voz, gritó, haciendo caracolear su caballo.—Si hay un campeador, que salga.—Un musulman salió á combatirle pero fué muerto en el acto, y los politeistas prorumpieron en gritos de alegría. Salieron otro y otro musulman, mas ambos tuvieron la misma suerte que el primero. Entónces alguno se acercó á Almanzor, y le dijo:—Solo Ibn-al-Mozhafí puede quitarnos de encima ese hombre. Almanzor le hizo llamar, y le rogó castigase al cristiano por su atrevimiento. Ibn-al-Mozhafí, fuése en busca de su soldado fronterizo. Erase este un hombre mal vestido, ginete en una ruin jaquilla á la que se le podian contar los huesos.—No ves, le dijo Mozhafí, lo que ha hecho ese infiel?—Si; ya lo he visto, respondió el frontero.—Bueno, pues ¿qué hacemos?—¿Qué es lo que deseais?—Que nos vengues de ese hombre.—Así será, si Dios quiere.—Esto dicho, el frontero se armó de un lazo, y sin

mas armas salió al encuentro del cristiano que le miraba asombrado. Ambos adversarios precipitáronse el uno sobre el otro, y el cristiano desmontó al musulman de un bote de lanza. Mas este se repuso con ligereza á caballo y se lanzó de nuevo sobre su enemigo á quien dirigió con tanta certeza el lazo, que le asió por el cuello, lo desmontó y lo condujo arrastrando hasta los piés de Almanzor.—Hé aquí un valiente, dijo Ibn-al-Mozhafi, así es como yo entiendo el valor, y por lo que os dije que en vuestro ejército no habia mil, ni ciento, ni aun diez valientes guerreros.—Almanzor se mostró muy complacido con el general, y le honró mucho.»

Lo cual no fué obstáculo, para que en el mes de marzo del año siguiente (978) lo mandase encerrar con toda su familia en las prisiones de Estado en Zahara, y lo condenase á muerte sin forma de proceso; y eso que Ibu-al-Mozhafi, era general en jefe de caballería y sobrino del primer ministro Djafar Mozhafi.

La falta, ó mejor diremos, el laconismo y confusion que encontramos en las noticias que de aquellos sucesos nos han conservado las crónicas latinas y la obra de Conde, nos obliga á condensar todavía mas la narracion de los permenores de las campañas que se sucedieron sin interrupcion, de alguna de las cuales nos veremos obligados á mencionar solo la fecha, aceptando despues de su comprobacion las que señalan los escritores árabes traducidos por Dozy; así pues, vamos á referir en globo los sucesos que precedieron á la campaña de 981.

Parece que los años anteriores, Almanzor tuvo harto que hacer en Córdoba á fin de concentrar todo el poder en sus manos, para que le fuera dado pensar sériamente en mover la guerra contra los cristianos. Solo dos hechos importantes han llegado á nuestro conocimiento pero son bastante abultados para que deduzcamos de ellos la medida de los demás, en cuanto á las luchas que el terrible *Hadjib* tuvo que sostener para los fines de su ambicion. Es el primero la caida del primer ministro de los últimos años del reinado de Al-Hakem y de los primeros de Hixem, Djafar al-Mozhafi, quien, segun Conde, fué mandado procesar, sin que consten los motivos, por Almanzor, y encarcelado en un torreon de las murallas donde murió misteriosamente, por lo visto despues del suplicio de su sobrino Ibn-al-Mozhafi, general de caballería; y el segundo, la rebelion de Galib, suegro de Almanzor, y wali de Medina-Celi, de quien el *Hadjib* se habia servido para perder á Al-Mozhafi; hecho lo cual, quiso tambien inutilizar el instrumento de su ambicion, que se vió obligado á tomar las armas para defenderse. Almanzor envió contra su suegro un ejército al mando del príncipe Abdallah, de la familia de los Ommiadas, como descendiente en línea recta de Al-Hakem I, príncipe conocido en la historia de los árabes con el apodo de *Piedra Seca*, que le daban los cristianos y los musulmanes, sin duda por su sórdida avaricia. Abdallah venció á Galib y le obligó á reconocer la autoridad del Califa, quedando en su virtud con el gobierno de Medi-

na-Celi. Mas al poco tiempo, habiendo hecho *alianza con los cristianos*, volvió á sublevarse, obligando al *Hadjib* á ir en persona á combatirle. Dióse una batalla entre Almanzor y Galib, en la cual este último murió, parece que á resultas de un golpe descomunal que se dió en la cabeza contra el caballueste, ó silla de armas de su caballo, en el momento en que la victoria se declaraba en su favor.

Parece que despues de esta victoria, el *Hadjib*, nombró gobernador de Toledo al príncipe Abdallah, ó *Piedra Seca*, como en lo sucesivo le llamaremos, en reemplazo de Abdo-l-Melik, que lo era por nombramiento del Califa Hixem.

Vencida la sublevacion de Galib, Almanzor abrió la campaña, (Julio de 981) contra Ramiro III rey de Leon. Dió el mando de la vanguardia de su ejército, compuesto de caballería de Toledo, de las tropas regulares (probablemente los africanos) y de numerosa infantería, á *Piedra Seca*, quien puso sitio á Zamora de cuya plaza no pudo apoderarse. Despechado con el mal éxito de su tentativa, se vengó asolando á hierro y fuego toda la comarca, en uno de cuyos distritos destruyó cerca de mil pueblecillos donde habia muchas iglesias, y regresó á Córdoba con cuatro mil cautivos despues de haber degollado otros tantos cristianos (Ibn-l-Abbar.)

Levantado el cerco de Zamora, Almanzor se dirigió sobre Leon que tambien sitió inútilmente. En el entretanto, Ramiro III habia formado alianza con el conde de Castilla y el rey de Navarra. El ejército

tacion se puso al frente de un numeroso ejército y marchó hasta sentar sus reales delante de los muros de Leon, cuyo sitio emprendió ejecutivamente. Era esta ciudad una de las plazas de armas mas fuertes de la Península, conservándose en ella todavía en buen estado, las sólidas fortificaciones construidas en tiempo de los Romanos. Bermudo, enfermo é imposibilitado de mantenerse á caballo, se habia retirado al primer rumor del avance del ejército musulman, á Oviedo, dejando encomendada la defensa de la ciudad al conde *Gonzalve* (no Guillermo, como pretenden muchos historiadores) *Gonzalez*. Un año, segun refieren las crónicas cristianas, y en particular la del obispo de Tuy que es quien escribe mas á la larga el suceso, duró el sitio de Leon, sin que durante tan largo trascurso de tiempo, Almanzor lograse ventaja alguna señalada sobre la plaza, Por fin, reunido un numeroso tren de máquinas de batir, los musulmanes embistieron denodadamente á la ciudad y abrieron una espaciosa brecha en sus formidables muros. Las primeras banderas que se lanzaron al asalto fueron gallardamente rechazadas por los cristianos, animados por la voz y el ejemplo del conde Gonzalve Gonzalez, que enfermo y postrado en su lecho se habia hecho conducir en él al sitio del peligro. Tres dias duraron los asaltos por aquella brecha, interceptada ya al cabo de aquel tiempo por montones de cadáveres; mas al cuarto, abierta otra junto á la puerta del Mediodia, y tomada con muerte de sus defensores, las banderas musulmanas penetraron en la ciudad

y derramándose por sus calles como un torrente que ha roto el dique que le contenia, llegaron degollando cuantos cristianos encontraron á su paso hasta la primera brecha que franquearon á los suyos, despues de haber dado muerte á los que la defendieran, y al heróico conde Gonzalve Gonzalez en el mismo lecho donde le tenia postrado su enfermedad.

Tomada la plaza, Almanzor mandó destruir sus murallas y torreones, algunos de los cuales resistieron cuantos esfuerzos se intentaron para arrasarlos. La fecha de la toma de Leon no se encuentra consignada en ninguna crónica cristiana ni arábiga; solo Ibn-Kaldun es quien la fija en el año 378 de la Hegira, (21 de Abril de 988 á 10 de Abril de 980.)

La campaña de la primavera del año siguiente emprendida por Almanzor en territorio de Castilla parece que fué de poca importancia para las armas cristianas y musulmanas; mas en ella tuvo lugar un suceso, mas bien diremos un rasgo de la astuta política del prepotente *Hadjib*, que nos confirmará en el juicio que tenemos formado de su carácter. Este hecho, que como otros muchos que dejamos consignados y continuaremos consignando en las páginas que consagramos á la historia del periodo de la dominacion de los Árabes en Andalucia,no se encuentra en las obras de los autores que nos han precedido, que no conocieron los importantes trabajos del orientalista Dozy. Hélo aqui:

«Abderrahman ibn-Motarrif, gobernador de Za-

ragoza, viendo que Almanzor habia destruido los hombres mas nobles y mas poderosos del imperio y que solo entre todos quedaba él, temió, con fundado motivo, caer víctima de la insaciable ambicion del *Hadjib*. Esta aprension dispuso su ánimo contra el primer ministro en términos de que solo esperaba una coyuntura favorable para alzar la bandera de la rebelion. Desgraciadamente para él sus deseos se vieron satisfechos mas pronto de lo que esperaba. Encontrábase en aquellos dias en Zaragoza un hijo de Almanzor, llamado Abdollah, jóven inquieto y turbulento, que se lamentaba con todo el que queria oirle de la marcada predileccion con que su padre miraba al mayor de sus hermanos. El gobernador de Zaragoza se dió trazas para exitar los resentimientos de Abdollah, hasta el punto que el imprudente jóven se convino con su instigador en rebelarse contra la autoridad de su padre; y pactaron entre los dos que si la victoria coronaba su empresa, se dividirian la España reinando Ahderrahman como soberano absoluto en Aragon, y Abdollah en Andalucía. Tomaron parte en esta conspiracion buen número de nobles y generales residentes en Córdoba, y el gobernador de Toledo, *Piedra Seca*, que despues del descalabro que sufrió ante los muros de Leon, habia vuelto á su wasirato. Almanzor tuvo noticia de estos manejos, y tomó sus medidas para desbaratarlos. Al efecto, hizo venir á su lado á su hijo Abdollah, y le trató con las mayores consideraciones; tambien llamó al gobernador de Toledo, le recibió muy

bien; mas á los pocos dias le destituyó del cargo que ejercia y le dió su casa por cárcel. Esto hecho, anunció la guerra contra los cristianos de Castilla (989) y envió órdenes al gobernador de Zaragoza para que con sus banderas se incorporase al ejército espedicionario. Reunida la hueste y puesta en marcha, el *Hadjib* cohechó las tropas zaragozanas, cuyos soldados, llegado que fueron á Guadalajara, acusaron á su general Abderrahman ibn-Motarrif, de haberse apropiado sus pagas. Almanzor dió oido á las quejas de la tropa, y en su virtud, en principios de Junio de aquel año depuso á Abderrahman de su gobierno; pero como hábil político trató de conjurar el descontento de la poderosa familia del walí exhonerado, nombrando en su lugar á Yahya, conocido con el nombre de *Samedjah*, hijo de Abderrahman. Pocos dias despues, el 11 del mismo mes, hizo arrestar al walí depuesto; pero sin darse por entendido del complót que habia fraguado contra su autoridad: por el contrario mandó que se examinase la inversion de las sumas que se le habian dado para pagar las tropas, y lo hizo condenar.»

Terminada aquella campaña, que como dijimos, anteriormente, no dió grandes resultados, Almanzor regresó á Córdoba. Al llegar á su palacio de Az-Zahirah, situado á corta distancia de la capital, mandó degollar en su presencia al infortunado Abderrahman.

Al concluir el estío de aquel año (989) el *Hadjib* abrió la campaña de Otoño contra el conde de Cas-

tilla García Fernandez. Llevó en su compañía á su hijo Abdollah, á quien procuró en vano desenojar prodigándole todo género de halagos y distinciones. Nada alcanzó á convencer aquel hijo rebelde, que profesaba un ódio implacable á su padre. Así que, no bien hubo puesto Almanzor sitio á la fortaleza de San Esteban de Gormaz en Castilla, Abdollah abandonó en secreto los reales musulmanes, y acompañado de sus pages buscó un refugio en el campo de García Fernandez, conde de Castilla y Álava; quien le ofreció ayudarle contra su padre. No bien Almanzor tuvo conocimiento de la fuga de Abdollah, y del refugio que habia buscado, movió ejecutivamente su ejército contra Garcia Fernandez y le intimó le entregase su hijo. Negóse á ello el Conde de Castilla y aceptó la batalla que el *Hadjib* le presentaba. El resultado no fué cual correspondia al hidalgo proceder del Conde de Castilla, cuyo ejército fué derrotado. El de los musulmanes, despues de la victoria, se apoderó de la fortaleza de Osma, en la que puso guarnicion, y pocos dias despues de la de Alcoba.

Es de suponer que en la primavera del año siguiente, 990, se renovarian las hostilidades periódicas, pues por mas que las crónicas cristianas ni las musulmanas den cuenta de esta espedicion, es evidente que debió verificarse puesto que en el otoño de aquel año, segun refiere Ibn-Adhari, citado por Dozy, el conde Garcia Fernandez, viéndose imposibilitado de continuar una guerra tan desastrosa para sus Estados, consintió en entregar

mas armas salió al encuentro del cristiano que le miraba asombrado. Ambos adversarios precipitáronse el uno sobre el otro, y el cristiano desmontó al musulman de un bote de lanza. Mas este se repuso con ligereza á caballo y se lanzó de nuevo sobre su enemigo á quien dirigió con tanta certeza el lazo, que le asió por el cuello, lo desmontó y lo condujo arrastrando hasta los piés de Almanzor.— Hé aquí un valiente, dijo Ibn-al-Mozhafi, así es como yo entiendo el valor, y por lo que os dije que en vuestro ejército no habia mil, ni ciento, ni aun diez valientes guerreros.—Almanzor se mostró muy complacido con el general, y le honró mucho.»

Lo cual no fué obstáculo, para que en el mes de marzo del año siguiente (978) lo mandase encerrar con toda su familia en las prisiones de Estado en Zahara, y lo condenase á muerte sin forma de proceso; y eso que Ibu-al-Mozhafi, era general en jefe de caballería y sobrino del primer ministro Djafar Mozhafi.

La falta, ó mejor diremos, el laconismo y confusion que encontramos en las noticias que de aquellos sucesos nos han conservado las crónicas latinas y la obra de Conde, nos obliga á condensar todavía mas la narracion de los permenores de las campañas que se sucedieron sin interrupcion, de alguna de las cuales nos veremos obligados á mencionar solo la fecha, aceptando despues de su comprobacion las que señalan los escritores árabes traducidos por Dozy; así pues, vamos á referir en globo los sucesos que precedieron á la campaña de 981.

se Sancho Garcés contra su padre Garcia Fernandez, y en Galicia Gonzalvo Menendez contra Bermudo. La intentona de aquel desapoderado conde que se daba ínfulas de rey, fué muy luego reprimida por el de Leon; mas no así las revueltas de Castilla que duraron hasta fines del año 994.

En el anterior, ó sea 993, ocurrió un suceso estraordinario, sin ejemplo entre los cristianos del norte del Duero, que prueba el estado de postracion y completa decadencia á que habia llegado al finalizar el siglo x, aquel reino tan guerrero, tan próspero y floreciente relativamente, que fundó Pelayo y dilataron los Alfonsos y los Ramiros hasta cerca del Tajo, y que las ambiciones de una nobleza indisciplinada y rebelde redujeron á su primer orígen, ayudadas por las victorias de Almanzor, cuya astuta política se aprovechó grandemente de la impotencia á que la desunion habia reducido las armas que vencieron en Simancas y Alhandega. Este suceso, que hace creibles las siguientes palabras de un historiador arábigo (Ibn-Kaldun): «Almanzor impuso un tributo á los Gallegos, y todos los cristianos reconocieron su autoridad; *de manera que sus príncipes parecian gobernadores nombrados por él*, salvo Bermudo hijo de Ordoño y Menendo Gonzalez, conde de Galicia, que se mantenian mas independientes que los otros.» Este suceso, repetimos, hélo aquí:

«Bermudo, dice el historiador antes citado, envió en 383 (393) su hija á Almanzor, que hizo de ella su esclava, y mas adelante se casó con ella.» A

mayor abundamiento, otro autor musulman, Ibn-al-Khatib, en su artículo sobre Almanzor (Dozy) hablando del casamiento del *Hadjib* con una princesa del Norte, dice: «El gefe de los Rums, (romanos) le temia hasta el punto que quiso entroncar con él, y le ofreció su hija. Esta se hizo la esposa favorita de Almanzor, y sobrepujó á todas las demás en virtud y piedad.»

Este hecho singular, que prueba cómo en aquellos siglos, lo mismo que en los nuestros, la *razon de Estado* se sobreponia en ciertos casos á la moral y á los instintos de justicia, se vé confirmado por una autoridad cristiana. La crónica escrita en los primeros años del siglo XII, por Pelayo, obispo de Oviedo, dedica en su cap. 2.° un largo párrafo á detallar el suceso, del cual tomamos las siguientes palabras, haciendo caso omiso de la parte legendaria: «De su otra esposa Gelsira, le nacieron al rey Bermudo, dos hijos, Alfonso y Teresa. Despues de la muerte del padre el hermano Alfonso, (este es un error; Alfonso, muerto Almanzor, reclamó su hermana, que le fué devuelta, como luego veremos), casó á esta última, contra su voluntad y solo por el bien de la paz, con el rey moro de Toledo (?)» En Toledo no habia rey. Almanzor que lo *toleraba* en Córdoba, no lo hubiera sufrido ciertamente en cualquier otra capital de la España musulmana; lo que habia era un walí, y éste poco temor podia infundir á Bermudo, para obligarle á sacrificar su hija por el bien de la paz.

En el entretanto continuaban en Castilla los

to se encuentren mil buenos soldados?—Sí, respondió Ibn-al-Mozhafí, lo dudo.—Pues entonces, continuó Almanzor despues de un breve intérvalo de silencio, habrá siquiera quinientos—No—Pues bien, insistió Almanzor que comenzaba á incomodarse, digámos que hay ciento—No, no hay tantos—Cincuenta.....—No—Eres un nécio! esclamó Almanzor montado en cólera; retírate de mi presencia y que no vuelva á verte.

«Cuando el ejército hubo entrado en el país enemigo y encontrádose frente á frente con el de los cristianos, salió de las filas de este un guerrero bien armado, y adelantándose hasta donde pudiera ser oida su voz, gritó, haciendo caracolear su caballo.—Si hay un campeador, que salga.—Un musulman salió á combatirle pero fué muerto en el acto, y los politeistas prorumpieron en gritos de alegría. Salieron otro y otro musulman, mas ambos tuvieron la misma suerte que el primero. Entónces alguno se acercó á Almanzor, y le dijo:—Solo Ibn-al-Mozhafí puede quitarnos de encima ese hombre. Almanzor le hizo llamar, y le rogó castigase al cristiano por su atrevimiento. Ibn-al-Mozhafí, fuése en busca de su soldado fronterizo. Erase este un hombre mal vestido, ginete en una ruin jaquilla á la que se le podian contar los huesos.—No ves, le dijo Mozhafí, lo que ha hecho ese infiel?—Si; ya lo he visto, respondió el frontero.—Bueno, pues ¿qué hacemos?—¿Qué es lo que deseais?—Que nos vengues de ese hombre.—Así será, si Dios quiere.—Esto dicho, el frontero se armó de un lazo, y sin



mas armas salió al encuentro del cristiano que le miraba asombrado. Ambos adversarios precipitáronse el uno sobre el otro, y el cristiano desmontó al musulman de un bote de lanza. Mas este se repuso con ligereza á caballo y se lanzó de nuevo sobre su enemigo á quien dirigió con tanta certeza el lazo, que le asió por el cuello, lo desmontó y lo condujo arrastrando hasta los piés de Almanzor.— Hé aquí un valiente, dijo Ibn-al-Mozhafi, así es como yo entiendo el valor, y por lo que os dije que en vuestro ejército no habia mil, ni ciento, ni aun diez valientes guerreros.—Almanzor se mostró muy complacido con el general, y le honró mucho.»

Lo cual no fué obstáculo, para que en el mes de marzo del año siguiente (978) lo mandase encerrar con toda su familia en las prisiones de Estado en Zahara, y lo condenase á muerte sin forma de proceso; y eso que Ibu-al-Mozhafi, era general en jefe de caballería y sobrino del primer ministro Djafar Mozhafi.

La falta, ó mejor diremos, el laconismo y confusion que encontramos en las noticias que de aquellos sucesos nos han conservado las crónicas latinas y la obra de Conde, nos obliga á condensar todavia mas la narracion de los permenores de las campañas que se sucedieron sin interrupcion, de alguna de las cuales nos veremos obligados á mencionar solo la fecha, aceptando despues de su comprobacion las que señalan los escritores árabes traducidos por Dozy; asi pues, vamos á referir en globo los sucesos que precedieron á la campaña de 981.

to se encuentren mil buenos soldados?—Sí, respondió Ibn-al-Mozhafí, lo dudo.—Pues entonces, continuó Almanzor despues de un breve intérvalo de silencio, habrá siquiera quinientos—No—Pues bien, insistió Almanzor que comenzaba á incomodarse, digámos que hay ciento—No, no hay tantos—Cincuenta....—No—Eres un nécio! esclamó Almanzor montado en cólera; retírate de mi presencia y que no vuelva á verte.

«Cuando el ejército hubo entrado en el país enemigo y encontrádose frente á frente con el de los cristianos, salió de las filas de este un guerrero bien armado, y adelantándose hasta donde pudiera ser oida su voz, gritó, haciendo caracolear su caballo.—Si hay un campeador, que salga.—Un musulman salió á combatirle pero fué muerto en el acto, y los politeistas prorumpieron en gritos de alegría. Salieron otro y otro musulman, mas ambos tuvieron la misma suerte que el primero. Entónces alguno se acercó á Almanzor, y le dijo:—Solo Ibn-al-Mozhafí puede quitarnos de encima ese hombre. Almanzor le hizo llamar, y le rogó castigase al cristiano por su atrevimiento. Ibn-al-Mozhafí, fuése en busca de su soldado fronterizo. Erase este un hombre mal vestido, ginete en una ruin jaquilla á la que se le podian contar los huesos.—No ves, le dijo Mozhafí, lo que ha hecho ese infiel?—Si; ya lo he visto, respondió el frontero.—Bueno, pues ¿qué hacemos?—¿Qué es lo que deseais?—Que nos vengues de ese hombre.—Así será, si Dios quiere.—Esto dicho, el frontero se armó de un lazo, y sin



os cristianos. Emprendió la marcha hacia la comarca de Badajoz. En el camino se le incorporaron varios condes, tributarios de los musulmanes, con sus gentes y *peregrinos arreos militares*. Llega a Borkal, sobre el Duero, donde le estaba esperando la escuadra que conducia los abastos; manda formar un puente con los barcos y por el atraviesa el ejército el rio. Emprende la marcha para Santiago, cruzando muchas corrientes hasta donde subian las aguas del mar Verde. Atraviesa las fértiles llanuras del país de Farthas y del territorio vecino. Cruza luego el Guadi-Minia, y el ejército se estiende por espaciosas llanuras. Llega al monasterio de San Cosme y á la playa de Balbanei. Toma la fortaleza de Schant Pelay (San Payo, junto á la ria de Vigo). Prosigue su marcha hasta la península de Morazo. Combate en las cumbres á los cristianos que se habian encastillado en ellas, y se apodera de rica presa. Cruza la ria de Pontevedra y el rio Ulla y entra en hermosas y dilatadas campiñas. Saquea uno de los lugares santos de Schant Yakub, (el Padron, problablemente) y, por último, llega á Santiago el dia 10 de Agosto de 997. La ciudad estaba desierta. Los musulmanes se apoderaron de las riquezas atesoradas allí por tantas generaciones; destruyeron iglesias, edificios y murallas, y solo respetaron el sepulcro del Apostol. Sobre el túmulo que era de labor peregrina, encontraron sentado un *jeque de los monges rabanes:* preguntado lo que hacia allí, contestó:—Estoy viviendo con Jaime.—Mandó Almanzor que no se le tocase. Desde San-

to se encuentren mil buenos soldados?—Sí, respondió Ibn-al-Mozhafí, lo dudo.—Pues entonces, continuó Almanzor despues de un breve intérvalo de silencio, habrá siquiera quinientos—No—Pues bien, insistió Almanzor que comenzaba á incomodarse, digámos que hay ciento—No, no hay tantos—Cincuenta.....—No—Eres un nécio! esclamó Almanzor montado en cólera; retírate de mi presencia y que no vuelva á verte.

«Cuando el ejército hubo entrado en el país enemigo y encontrádose frente á frente con el de los cristianos, salió de las filas de este un guerrero bien armado, y adelantándose hasta donde pudiera ser oida su voz, gritó, haciendo caracolear su caballo.—Si hay un campeador, que salga.—Un musulman salió á combatirle pero fué muerto en el acto, y los politeistas prorumpieron en gritos de alegría. Salieron otro y otro musulman, mas ambos tuvieron la misma suerte que el primero. Entónces alguno se acercó á Almanzor, y le dijo:—Solo Ibn-al-Mozhafí puede quitarnos de encima ese hombre. Almanzor le hizo llamar, y le rogó castigase al cristiano por su atrevimiento. Ibn-al-Mozhafí, fuése en busca de su soldado fronterizo. Erase este un hombre mal vestido, ginete en una ruin jaquilla á la que se le podian contar los huesos.—No ves, le dijo Mozhafí, lo que ha hecho ese infiel?—Si; ya lo he visto, respondió el frontero.—Bueno, pues ¿qué hacemos?—¿Qué es lo que deseais?—Que nos vengues de ese hombre.—Así será, si Dios quiere.—Esto dicho, el frontero se armó de un lazo, y sin

tan sonada en los anales de la dominacion de los Árabes en España y tan diversamente contada por nuestros cronistas de la Edad Media, que aseveran que despues de la destruccion del templo y ciudad de Santiago, los infieles emprendieron la retirada cargadísimos de presa; pero que en el camino padecieron tal disentería, que muy pocos lograron volver á Córdoba.

Este desacuerdo entre ambas narraciones, se hace más notable en lo que respecta á la célebre batalla de Calatañazor y muerte del omnipotente *Hadjib*, que casi todos los cronistas é historiadores de España suponen acontecida en el mismo año, ó en el siguiente de la destruccion de Santiago de Compostela, en tanto que los musulmanes fijan la muerte de Almanzor en el 1002. Conocida la version cristiana, vamos á reproducir la de los autores arábigos, cuyo estracto, y comentarios de Dozy, (*Recherches*, t. 1.° p. 211) traducimos y recomendamos á la atencion de nuestros lectores. Mas antes cúmplenos llenar el espacio de tiempo comprendido entre los años 997 y 1002.

Embargado Almanzor con los sucesos de la guerra de África, en la que su hijo primojénito Abdalmelik el Modhafar, sus generales y las tropas andaluzas se cubrieron de gloria, dejó en reposo á los cristianos de España hasta los años 999 y 1000, en los que renovó las hostilidades contra los cristianos de Castilla. «En la era de 1038, dicen los Anales Complutenses, se dió la batalla de Cervera contra el conde Sancho García y García Gomez.» E Ibn-

Kaldun lo confirma con estas palabras: «Almanzor combatió bravamente la familia de los Gomez. Estos condes reinaban en el país que se estiende entre Zamora y Castilla sobre las fronteras de Galicia. Almanzor tomó su capital que se llamaba Santa María.» (Antiguo nombre de Carrion, cuya catedral estaba consagrada á la Vírgen. Sandoval *cinco Reyes.)*

Ahora, pues, oigamos los comentarios de Dozy, sobre la BATALLA DE CALATAÑAZOR.

«En la primavera del año 1002, cinco despues de su venturosa espedicion contra Santiago de Compostela, Almanzor, á pesar de hallarse enfermo, reunió veinte mil hombres en Toledo, y se puso en marcha para abrir la campaña en el reino de Leon, y principalmente en el condado de Castilla. Estaba escrito en el libro del Destino, que esta campaña, llamada de Canales y del Claustro, por los árabes, fuese la última que hiciese el gran capitan; mas fué venturosa como todas cuantas la precedieron. El condado de Castilla fué devastado, y los musulmanes, como lo indica el nombre que dieron á esta espedicion, penetraron hasta Canales (en la Rioja, nueve leguas al S. de Nájera) y hasta un monasterio, que debió ser el de San Millan, patron de Castilla.

«Entretanto, la enfermedad de Almanzor empeoraba. Desconfiando de los médicos que no habian sabido ponerse de acuerdo sobre la naturaleza de su mal, y el tratamiento que debia aplicársele, negábase á tomar medicamento alguno convencido

Por otra parte de que su padecimiento era incurable. No pudiendo ya mantenerse á caballo, se hacia conducir en silla de manos. Sufría dolores horribles. «Veinte mil soldados, decía, militan bajo mi bandera, y estais seguro que entre todos ellos no se encontrará un hombre tan miserable como yo.»

«Así llevado en litera, por espacio de catorce dias, llegó á Medinaceli. Un solo pensamiento traia embargado su ánimo. Viendo su autoridad *incesantemente combatida*, y *vacilante*, á pesar de sus repetidas victorias y de su celebridad, temia que al saberse su muerte estallase una revolucion y arrebatase el poder de manos de su familia. Atormentado sin cesar por este pensamiento que amargaba cruelmente los últimos instantes de su existencia, hizo llamar á su hijo primojénito Abdelmelik, y desde la cama donde yacia postrado dióle sus últimas instrucciones y le recomendó, que, dejando el mando del ejército á su hermano Abderame, se trasladase sin pérdida de momento á Córdoba, donde deberia asir las riendas del poder y tenerlo todo dispuesto para reprimir cualquier tentativa de insurreccion que se promoviese al llegar la noticia de su muerte á la capital. Abdelmelik prometió cumplir su voluntad; pero la inquietud de Almanzor era tan grande, que volvia á llamar á su hijo y le reiteraba sus consejos cada vez que este, creyendo que su padre habia concluido de hablar, se disponía á retirarse: el moridundo temia siempre haber olvidado alguna cosa, y ocurriasele un nuevo consejo que dar á su hijo. El jóven derramaba abundantes lágrimas, y su

to se encuentren mil buenos soldados?—Sí, respondió Ibn-al-Mozhafí, lo dudo.—Pues entonces, continuó Almanzor despues de un breve intérvalo de silencio, habrá siquiera quinientos—No—Pues bien, insistió Almanzor que comenzaba á incomodarse, digámos que hay ciento—No, no hay tantos—Cincuenta....—No—Eres un nécio! esclamó Almanzor montado en cólera; retírate de mi presencia y que no vuelva á verte.

«Cuando el ejército hubo entrado en el país enemigo y encontrádose frente á frente con el de los cristianos, salió de las filas de este un guerrero bien armado, y adelantándose hasta donde pudiera ser oida su voz, gritó, haciendo caracolear su caballo.—Si hay un campeador, que salga.—Un musulman salió á combatirle pero fué muerto en el acto, y los politeistas prorumpieron en gritos de alegría. Salieron otro y otro musulman, mas ambos tuvieron la misma suerte que el primero. Entónces alguno se acercó á Almanzor, y le dijo:—Solo Ibn-al-Mozhafí puede quitarnos de encima ese hombre. Almanzor le hizo llamar, y le rogó castigase al cristiano por su atrevimiento. Ibn-al-Mozhafí, fuése en busca de su soldado fronterizo. Erase este un hombre mal vestido, ginete en una ruin jaquilla á la que se le podian contar los huesos.—No ves, le dijo Mozhafí, lo que ha hecho ese infiel?—Si; ya lo he visto, respondió el frontero.—Bueno, pues ¿qué hacemos?—¿Qué es lo que deseais?—Que nos vengues de ese hombre.—Así será, si Dios quiere.—Esto dicho, el frontero se armó de un lazo, y sin

mas armas salió al encuentro del cristiano que le miraba asombrado. Ambos adversarios precipitáronse el uno sobre el otro, y el cristiano desmontó al musulman de un bote de lanza. Mas este se repuso con ligereza á caballo y se lanzó de nuevo sobre su enemigo á quien dirigió con tanta certeza el lazo, que le asió por el cuello, lo desmontó y lo condujo arrastrando hasta los piés de Almanzor.—Hé aquí un valiente, dijo Ibn-al-Mozhafi, así es como yo entiendo el valor, y por lo que os dije que en vuestro ejército no habia mil, ni ciento, ni aun diez valientes guerreros.—Almanzor se mostró muy complacido con el general, y le honró mucho.»

Lo cual no fué obstáculo, para que en el mes de marzo del año siguiente (978) lo mandase encerrar con toda su familia en las prisiones de Estado en Zahara, y lo condenase á muerte sin forma de proceso; y eso que Ibu-al-Mozhafi, era general en jefe de caballería y sobrino del primer ministro Djafar Mozhafi.

La falta, ó mejor diremos, el laconismo y confusion que encontramos en las noticias que de aquellos sucesos nos han conservado las crónicas latinas y la obra de Conde, nos obliga á condensar todavía mas la narracion de los permenores de las campañas que se sucedieron sin interrupcion, de alguna de las cuales nos veremos obligados á mencionar solo la fecha, aceptando despues de su comprobacion las que señalan los escritores árabes traducidos por Dozy; asi pues, vamos á referir en globo los sucesos que precedieron á la campaña de 981.

to se encuentren mil buenos soldados?—Sí, respondió Ibn-al-Mozhafí, lo dudo.—Pues entonces, continuó Almanzor despues de un breve intérvalo de silencio, habrá siquiera quinientos—No—Pues bien, insistió Almanzor que comenzaba á incomodarse, digámos que hay ciento—No, no hay tantos—Cincuenta....—No—Eres un nécio! esclamó Almanzor montado en cólera; retírate de mi presencia y que no vuelva á verte.

«Cuando el ejército hubo entrado en el pais enemigo y encontrádose frente á frente con el de los cristianos, salió de las filas de este un guerrero bien armado, y adelantándose hasta donde pudiera ser oida su voz, gritó, haciendo caracolear su caballo.—Si hay un campeador, que salga.—Un musulman salió á combatirle pero fué muerto en el acto, y los politeistas prorumpieron en gritos de alegría. Salieron otro y otro musulman, mas ambos tuvieron la misma suerte que el primero. Entónces alguno se acercó á Almanzor, y le dijo:—Solo Ibn-al-Mozhafí puede quitarnos de encima ese hombre. Almanzor le hizo llamar, y le rogó castigase al cristiano por su atrevimiento. Ibn-al-Mozhafí, fuése en busca de su soldado fronterizo. Erase este un hombre mal vestido, ginete en una ruin jaquilla á la que se le podian contar los huesos.—No ves, le dijo Mozhafí, lo que ha hecho ese infiel?—Si; ya lo he visto, respondió el frontero.—Bueno, pues ¿qué hacemos?—¿Qué es lo que deseais?—Que nos vengues de ese hombre.—Así será, si Dios quiere.—Esto dicho, el frontero se armó de un lazo, y sin

to cristiano confederado; lo cual no es enteramente cierto, puesto que Almanzor penetró en Castilla hasta las inmediaciones de Canalés. Los aliados, pues, no pudieron detenerle en la *Peña del Buitre*. Y, por otra parte ¿quiénes fueron aquellos aliados? Bermudo de Leon, que falleciera tres años antes, y García de Castilla enterrado hacia siete. Hé aquí un imperdonable anacronismo.

«La batalla de Calatañazor forma parte de una série de leyendas que tienen por punto de partida la expedicion de Almanzor á Santiago de Compostela. La derrota, pues del *Hadjib* en Calatañazor fué el corolario de aquella série de leyendas inventadas no todas de una vez, sinó sucésivamente para desagraviar y despertar el honor nacional.»

Hemos llegado venciendo no pocas dificultades, nacidas de la escasez de noticias que puedan ser consideradas como enteramente fidedignas, al término dé la vida, de la gloriosa carrera militar y del *largo ministerio*, de aquel hombre extraordinario que la historia ha inmortalizado con el nombre de Almanzor. Hombre á quien hicieron tanto ó mas célebre que sus no interrumpidas victorias sobre los cristianos de toda España, su ciencia de hombre de Estado y su profunda habilidad política, que le permitieron mantenerse en el poder durante veintiseis años á despecho de los partidos y de los grandes intereses conjurados para derribarle. Fué una época grande en la historia de la España musulmana la de la *situacion* que creó el génio de Mohammed ben-abi-Ahmer; y acaso mas extraordinaria que

grande, pues con medios enteramente nuevos, desconocidos hasta entonces en aquel pueblo, trasformó radicalmente su fisonomía político-social, convirtiéndolo de libre é independiente que era, en esclavo dócil y sumiso á la voluntad del peor de los despotismos, el despotismo que no cuenta con otro elemento de existencia sino la fuerza material.

No nos es conocido todavía el secreto de aquella política, vista la escasez, repetimos de documentos y los nueve siglos que van trascurridos, tiempo harto suficiente para que se haya perdido hasta el rastro de la tradiccion; pero si hemos de juzgar por lo poco que de ella ha llegado hasta nosotros, es evidente que se le encuentran no pocos puntos de semejanza con la que impera desde hace mas de medio siglo en la España de nuestros dias, á pesar de la diversidad de pasiones, creencias, costumbres é intereses que no puede menos de existir entre la raza musulmano-española de fines del siglo x y la cristiana española tambien del segundo tercio del XIX. Entonces aquel hombre de Estado, recurrió, como recurren los nuestros en el dia, á una *situacion de fuerza* para salvar la sociedad, es decir, salvarse á sí mismo: entonces, como ahora, se echó un velo sobre la *estátua de la ley*, cuya legítima representacion era el Califa; y entonces como ahora, se dió suma preponderancia al elemento militar, el cual entonces como ahora, como sucede siempre que la fuerza material *reina y gobierna*, se deshizo en cuanto faltó el brazo que lo empujaba y la cabeza que pensaba por ella, y dejó el campo expedito

á los partidos que comprimidos demasiado y por demasiado tiempo, trajeron la revolucion, la anarquía y su legítima consecuencia, la guerra civil, que destruyó en un dia la obra de tres siglos cumplidos.

Verdad es que aquellos partidos por ser principalmente hechuras de Almanzor fueron muy conocidos del *Hadjib*, que cuando wizir alentó á uno de ellos y cuando ministro omnipotente creó el otro; y en tal virtud, conociéndolos, repetimos recurrió al único medio capaz de sujetarlos; pero no es menos cierto que dió nueva vida á los partidos tradicionales que existian mucho antes de que Abi-Ahmer hubiese cambiado este nombre por el de Almanzor, amontonando así todo el combustible necesario para producir la hoguera que consumió en horas el imperio musulman de Occidente. La situacion creada por Almanzor fué una de esas situaciones solo posibles en las monarquías donde la escesiva centralizacion del poder produce el mas feroz de los despotismos y en las que tambien solo son posibles los favoritos, los peores de los déspotas; y es notorio, que abi-Ahmer lo fué de la sultana Sohbeya y lo fué de su hijo el Califa Hixem II, fugitiva sombra de aquellos gloriosos soberanos que desde Abderrahman I hasta Al-Hakem II tuvieron vinculada en su persona toda la grandeza del período histórico que los contó en su seno.

Con esta privanza, pues, que le concedieron la regente y el imbécil rey de un pueblo el mas culto, vivo é ingenioso, pero al mismo tiempo el mas

atrasado, politicamente hablando, entre todos los pueblos cultos ó semi-bárbaros de la Europa de aquellos tiempos, privanza que ponia en sus manos todo el poder real, y además el sumo pontificado de la religion; con un ejército mercenario estrangero, hechura esclusivamente suya y en tal virtud ciegamente adicto á su persona, es decir, con dos *novedades*, el *favoritismo* todopoderoso, y un ejército *permanente*, instituciones políticas enteramente nuevas por la sociedad político-civil musulmana, que las contempló atónita ó aterrada, visto que en su constitucion escrita ó tradicional, ni se conocia ni existian medios legales para combatirlas; con su estudiada proteccion á las letras—mas no á las *ciencias especulativas* y las distinciones con que honraba á los poetas y á los hombres doctos que se habian granjeado el *aura popular*, para quienes su palacio era una academia, pretendiendo rivalizar en esto con los Califas cuyo poder habia usurpado, y responder de esta manera á las exigencias de aquella culta sociedad, y por último, con su génio, su audacia, su arrojo que no conocia el miedo y desconocia los escrúpulos en punto á derribar cuantas cabezas, incluso la de sus propios hijos, pretendian levantarse al nivel de la suya, pudo crearse Almanzor y sostener aquel inmenso poder, cimentado en la fuerza y apoyado en las masas fanáticas cuyos instintos de feroz intolerancia estimulaba y esplotaba contra la aristocracia, en medio de una raza que conservaba todavía el espíritu de salvaje independencia que trajo del Desierto, y que hasta entonces solo habia

obedecido por costumbre y por respeto á sus primeros y lejítimos soberanos los Califas de Córdoba.

Rara coincidencia; los dos pueblos verdaderamente formidables el uno para el otro, el cristiano de allende el Duero y el musulman de aquende los montes Marianos, que vieron nacer aquel período de su respectiva historia, cada uno con un rey menor de edad y en tal virtud inconvenientes en aquellas sociedades cuyo estado natural era la guerra como suprema ley de conservacion, tuvieron tambien cada uno un hombre estraordinario que se hizo superior al rey, que tuvo que apelar á los mismos medios para sostener su usurpada soberania, y que llenó con su nombre aquel período de gloriosos triunfos ó desastres para los dos pueblos.

Comprendese desde luego que aludimos al Conde de Castilla y al *Hadjib* de Hixem II. Estos dos hombres que fueron los mas encarnizados enemigos, puesto que si bien se mira estuvieron constantemente en guerra el uno con el otro durante toda la última cuarta parte del siglo x, sin que mediara entre ellos un solo año de tregua, al paso que mediaron muchos entre Almanzor y los reyes de Leon, los de Navarra y condes de Barcelona, estos dos hombres, repetimos, que al parecer se odiaban de muerte, eran, sin embargo, tan necesarios el uno al otro, que á faltar uno de los dos acaso el otro no hubiera podido subsistir. Hé aqui, en parte, el secreto de la politica de Almanzor; hé aqui, en parte el secretro deaquellas cincuenta campañas en el discurso de veinticinco años. El *Hadjib*, necesitaba pa-

ra aherrojar á los partidos que en Córdoba conspiraban contra él y para mantenerse en el poder, un ejército permanente, en un pueblo que no conocia ni necesitaba semejante institucion. El Conde de Castilla necesitaba, para sostener su independencia de los reyes de Leon, un ejército en el que los hábitos guerreros suplieran al corto número de sus soldados. El uno al otro, pues, se tomaban por pretesto para estar constantemente sobre las armas, mas bien que en son de guerra en son de amenaza contra los enemigos interiores que pugnaban por derribarlos. ¿Cómo se esplica sinó, que Almanzor conquistara la Marca Hispana en la primera campaña que hizo en ella, tomara á Barcelona y dejase guarnicion en esta plaza para mantener sugeto al pais; que se apoderase de Zamora en el reino de Leon, y tambien en esta plaza dejase tropas musulmanas y un gobernador para conservar en su obediencia aquel Estado, y que en el Condado de Castilla, á pesar de sus dos campañas anuales, á pesar de ser el pais que le fué mas hostil y con el que no dejó de guerrear ni un momento, nunca tratase de ocupar formalmente tan reducido Estado ó tomar posesion de algunas de sus plazas fuertes ó puntos estratégicos para poner término de una vez á aquella interminable, costosa y sangrienta guerra? Claro está; porque concluida se hacia necesario licenciar el ejército africano, terminado el pretesto de su permanencia sobre las armas, y el poderoso *Hadjib* se quedaba sin el principal medio de accion para tener sujetos á los partidos.

De la misma manera, ¿por qué el conde de Castilla, á semejanza de los reyes de Leon, no solicitó la paz del divan de Córdoba? Porque la hubiera obtenido, y con ella hubiese quedado á la merced de su mas temido enemigo el Leonés.

Creemos firmemente, que la guerra entre Almanzor y el conde de Castilla fué un pretesto para cohonestar las miras de su *política interior*, y en tal virtud un simulacro de guerra; de la que tomaron ejemplo los Condottieris italianos del siglo XV. Porque no es posible esplicar de otra manera, que un Estado pequeño, sean los que se quieran sus recursos, pueda sufrir las desastrosas consecuencias de *cincuenta campañas*, siempre funestas para él, sin quedar literalmente borrado de la superficie de la tierra; y es notorio que el condado de Castilla no quedó en esta situacion, puesto que no muchos años despues tomó una parte activa en la guerra civil que estalló en Andalucia, auxiliando poderosamente con sus armas á los partidos que destruyeron el califato de Córdoba, dejándolo reducido á las murallas de esta ciudad.

Asi, pues, haciendo una guerra sin tregua ni descanso por espacio de cinco lustros cuyos estragos no se conocieron en Andalucia, puesto que en ella solo gastó los recursos de los pueblos que sometia con el rigor de sus armas, ni derramó mas sangre que la de sus mercenarios africanos; enriqueciendo y elevando al nivel de la rancia nobleza musulmana la nobleza improvisada de los eunucos y esclavos gefes de las tropas eslavas, y la de los

hambrientos y *haraposos* capitanes de las berberiscas hechuras é instrumentos de su política; esterminando á los jeques ambiciosos de la casta noble que no le eran afectos sin pretender, como profundo conocedor de las condiciones de aquella sociedad, destruir la aristocracia propiamente dicha; halagando las pasiones populares y erigiéndose en protector de las letras y de los sábios; y finalmente, haciendo pedazos entre sus manos los instrumentos que le servian para realizar sus miras cuando estos instrumentos llegaban á inspirarle recelos, es decir, constituyéndose en verdugo de los verdugos de las víctimas de su ambicion, llegó á ser el soberano de hecho del poderoso imperio musulman de Occidente; sin mas títulos que su audacia, talento y fortuna, y sin mas respetabilidad á los ojos de la nobleza que el terror que inspiraban sus decretos de muerte y el ejército africano que le servia de guardia pretoriana y mantenia á raya á todos sus rivales y competidores.

Pero á su viva penetracion se ocultó que su anómala soberanía era un ariete que batia en brecha la única soberania posible en el pueblo musulman, es decir, el trono de los Califas; que este yacia sin fuerza ni prestigio en daño de la unidad del imperio tan penosa y sangrientamente conseguida, y en provecho de la aristocracia que no cesó de conspirar contra él desde el dia de su ereccion, y que al verle, al fin, postrado y envilecido le negaria resueltamente la obediencia y acabaria por demolerlo sepultando entre sus escombros la obra to-

da del poderoso *Hadjib*, su familia, su partido y los inmensos intereses que se habian creado al amparo de un primer ministro que subsistiera veinticinco años al frente del gobierno del Estado.

Esto no lo vió Almanzor, mas lo vieron sus hijos y herederos de su poder, muy poco tiempo despues de su fallecimiento en Medinaceli; y lo vió, por su mal, Andalucía, que de los brazos de una raza culta, ilustrada y generosa, cayó de improviso en las torpes manos de dos facciones, desechos ambas de dos pueblos extranjeros; compuesta la una de eunucos esclavos, y de bárbaros africanos la otra, las cuales emplearon menos tiempo en demoler el grandioso edificio del imperio Árabe de España, que tardaron los soldados de Tarik y Muza en arrasar el de los Godos.

Se ha pretendido por algun historiador hallar cierta relacion de semejanza entre Almanzor y Augusto, dada la analogía de los medios que aquellos dos grandes hombres emplearon para usurpar el poder supremo, y la circunstancia de que el primero, de la misma manera que el segundo, se hizo mas humano á medida que la consolidacion de su poder le permitió reducir á la impotencia á sus contrarios sin recurrir al verdugo. Sin embargo; existe una notable diferencia entre ellos: Augusto supo conciliarse hasta su muerte el amor del pueblo á quien despojara de su libertad; Almanzor murió preocupado con el temor de que la noticia de su fallecimiento fuese la señal de una sublevacion en Andalucía, para arrebatar el poder de manos de su fami-

lia: Augusto, al morir dejó el imperio en paz y en un estado floreciente; Almanzor lo dejó entregado al furor de los partidos que lo despedazaron y destruyeron para siempre; Augusto murió con la sonrisa en los lábios y el cinismo en la espresion; Almanzor falleció entre los mas acerbos dolores y punzantes inquietudes; Augusto, en fin, fué un gran cómico que representó su papel con general aplauso en un teatro cuajado de espectadores corrompidos ó degenerados; Almanzor fué un déspota musulman con escrúpulos de *ministro constitucional*, en cuanto se referia a la sagrada persona del monarca, que ejerció sus funciones en un pueblo no corrompido ni degenerado, pero que estaba todavia en la cuna, junto al cual el *Hadjib* le abrió una sepultura con las espadas de sus mercenarios africanos.

Vamos á terminar este lijero bosquejo del retrato de aquel hombre estraordinario, con algunas pinceladas, ó sean rasgos de su carácter que pondrán de relieve su fisonomía moral.

Refiere Ibn-Adhari, (Dozy) que cuando Almanzor quiso deshacerse de Djafar, conocido con el nombre de Ibno-el-Andalosi, le prodigó las mayores atenciones, y le invitó á asistir á un banquete que dió en su palacio la noche del 22 de enero de 983. Ibno-el-Andalosi aceptó la invitacion. Sentados los convidados, el copero presentó una copa á Almanzor, quien le dijo:—Ofrécela en mi nombre á aquel á quien distingo entre todos mis huéspedes. —El copero que estaba aleccionado de antemano,

titubeó fingiendo ignorar la persona á quien aludia su señor; y Almanzor le reprendió, esclamando con acento enojado:—¡Al wazir Abu-Ahmed, copero torpe, á quien maldiga Dios!—Lisonjeado con esta señalada preferencia, Ibno-el-Andalosi se puso en pié y apuró la copa. El vino le trastornó en términos que sin respeto al lugar ni á la presencia del primer ministro empezó á bailar en medio de la sala del festin. La alegría de Ibno-el-Andalosi se hizo contagiosa; circularon las copas y todos los demás convidados, tomando ejemplo de él, se pusieron á bailar. Ibno-el-Andalosi, completamente embriagado, salió del palacio del *Hadjib*, á altas horas de la noche acompañado solamente de algunos pajes. De improviso se arrojó sobre él un tropel de soldados andaluces, mandados por Abu-el-Ahwaz, y el sin ventura wazir cayó acribillado de heridas. Su cabeza y mano derecha fueron enviadas á Almanzor quien fingió ignorar la causa de aquel asesinato, y manifestó un profundo pesar. Este Abu-el-Ahwaz, que capitaneó los asesinos de Ibno-el-Andalosi, es el mismo gobernador de Zamora, nombrado por Almanzor en 995, despues que las armas musulmanas arrebataron esta plaza á Bermudo el *Gotoso*, rey de Leon. Mas adelante, sin que se sepa la causa Abu-el-Ahwaz fué mandado matar por el terrible *Hadjib*.

Entre los literatos que frecuentaban la tertulia de Almanzor, habia uno llamado Schalah, que reprendiéndole en una ocasion porque daba poco des-

canso á su cuerpo, pasando las noches en vela, recibió del *Hadjib* la siguiente respuesta: «¡Oh Schalah! no ha de cerrar los ojos el príncipe mientras sus súbditos están durmiendo. Si yo me entregase al sueño ni un solo indivíduo podria dormir en esta populosa ciudad (Al-Makkari.)

En tiempo de Almanzor ben-abi-Ahmer, ocurrió un suceso estraño en Córdoba. Un hombre llamado Casim ben-Moammed Sonbosi, fué acusado de impiedad, y Almanzor lo mandó encarcelar, asi como á *muchos hombres de letras* que pertenecian á las *altas clases* de la sociedad de Córdoba, que se habian hecho sospechosos de *libertinage y de ateismo*. Mucho tiempo permanecieron en la cárcel todos ellos; pero los viérnes, terminados los oficios, los sacaban de la prision y los ponian en la puerta de la mezquita mayor, donde un pregonero gritaba: «Quien quiera que pueda dar testimonio contra estos hombres, que lo haga!» Presentáronse testigos, y el Cadi pudo formular contra Casim un acta autorizada con varias firmas, en la cual aquel hombre se veia acusado de *materialismo* y *de incredulidad*. El acta fué llevada á palacio, y los faquies convocados para fallar en la causa, sentenciaron á la última pena á Casim. Para llevarla á debido efecto, fué conducido el reo al lugar del suplicio donde llegó acompañado de sus dos tiernas hijas y de su padre, anciano, que no pudiendo andar se hizo conducir en silla de manos. Vestida de luto y bañada en lágrimas aquella desconsolada familia permaneció en la

puerta del palacio. Muy luego llegó el verdugo, que se llamaba ben-al-Djondi, y le presentaron varias espadas. En tanto que escojia y ensayaba la mejor, y que las dos niñas y su abuelo le dirigian miradas despavoridas, vióse llegar al faqui Abu-Omar ben-el-Makwá, el Sevillano. Consultado por la asamblea de los faquies acerca del juicio que le merecia la sentencia dictada contra Casim, la impugnó con tales razones que el tribunal mandó suspender la ejecucion de la sentencia, y seis meses despues la anuló, declarando inocente del crimen que se le imputara á Ibn-Moammed Sonbozi. El Cadi que habia formulado el acta de acusacion fué condenado á pocos dias de cárcel por mandato de Almanzor.

Mal herido y prisionero en la desgraciada batalla entre Alcocer y Langa, el esforzado García Fernandez, conde de Castilla, fué llevado moribundo á los reales de Almanzor, donde espiró al quinto dia. Mandó el *Hadjib* trasportar el cadáver á Córdoba y depositarlo provisionalmente en la iglesia católica de los Tres Santos. Los Castellanos solicitaron su devolucion, y Almanzor mandó poner el cadáver en una caja ricamente labrada, llena de perfumes y cubierta con un paño de escarlata y oro; y así se lo envió á los cristianos, haciéndolo acompañar hasta la frontera por una escolta de honor, y negándose á recibir los regalos con que á título de rescate, los castellanos quisieron pagar su caballerosa generosidad.

Tan familiar como era Almanzor en el trato con sus soldados, á muchos de los cuales conocia por sus nombres, sobre todo cuando lo habian esclarecido en el campo de batalla, y tan pródigo como se mostraba en premiarlos y agasajarlos distribuyendo entre los caudillos caudales y haciendas, granjeándose así una especie de idolatría de parte de sus mercenarios, tan rígido é inflexible se mostraba en punto á la disciplina cuya menor infraccion castigaba con inhumana severidad. Cuenta Al-Makkari, que sus soldados permanecian inmóviles como estátuas en las filas, y que en las paradas y revistas era tal el silencio que reinaba que por maravilla se oia relinchar un caballo. Refiere el mismo autor, que como en una de estas revistas viera brillar inopinadamente en un estremo de la línea la hoja de una espada, mandó comparecer á su presencia al soldado que la desnudó. Preguntado contestó, que se le habia desenvainado el acero inadvertidamente. Mandólo Almanzor, descabezar en el acto; y para que ninguno ignorase la puntualidad con que exigía ser obedecido, y el rigor que estaba propuesto á usar contra la menor desobediencia, hizo pasear la cabeza de aquel desgraciado entre las filas.



VII.

HIXEM II.
ABDALMELIK Y ABDERAMAN, HADJIBES.

1002 á 1009.

A la muerte de Almanzor, es decir, al despuntar el siglo v de la Hegira (XI de J. C.) existian perfectamente organizados y constituidos en Andalucía, dos partidos poderosos; el de los Ameridas ó Eslavos, y el de los Bereberes ó Africanos que habian servido á las órdenes del *Hadjib*. Los jefes del uno y otro bando poseian grandes riquezas como propietarios territoriales ó como feudatarios del soberano. El partido Africano debia su existencia á Almanzor, y fué el sosten mas robusto de su desmedido poder; el partido Eslavo, dicho se está que seria el suyo, cuando se dió á conocer con el nombre de Amerida, que era el de su patrono ó patron, para muchos de aquellos esclavos á quienes manumitió. ¿De dónde pues procedia aquel temor que manifestara á su hijo Abdalmelik, pocos momentos

antes de morir en Medinaceli, de que estallase u
sublevacion en Córdoba al tener noticia de su fal
cimiento? Probablemente no se fundaría en q
aquellos partidos, cuyos intereses estaban est
chamente ligados con los de su propia familia,
amotinasen para arrebatar el poder de manos de
primojénito, en quien procuró dejarlo vincula
sino en que el partido tradicional, el partido an
luz á quien tuvo continuamente oprimido; la a
tocracia tan vejada y humillada por los dos últin
califas que la reemplazaron en los altos destinos
gobierno, de la córte y del ejército por los eunuc
Eslavos; en fin, *las altas clases de la sociedad de C*
doba, y los *hombres de letras* perseguidos y encarc
lados como reos de delito de *libertinaje* y ATEIS
por el astuto *fanático* abi-Ahmer, serian quienes i
tentasen promover una sublevacion, que les dev
viese su antiguo prestigio y el poder de que se v
ran despojados por los Califas dignos de este no
bre, y última y definitivamente por el *Hadjib*.

No eran, ciertamente, infundados los rece
que atormentaron los últimos momentos de Alma
zor. El desprecio público en que habia caido el t
no de los Ommiadas rehabilitaba á la antigua r
bleza Andaluza, y le daba los medios de obtener
triunfo que venia disputando á aquella familia, d
de que el primer Abderrahman se erigió en se
absoluto del país *ganado* por los Arabes compañe
de Muza y Tarik. Rehabilitacion y triunfo fácil p
la aristocracia, desde el momento en que con
muerte del terrible *Hadjib*, quedaba con todo su p

der frente á frente de un Califa imbécil, que ni aun podia con el peso del nombre que Almanzor le dejara.

Desgraciadamente sus temores no se realizaron; y decimos desgraciadamente, porque no siendo posible evitar una revolucion que se habia hecho fatalmente necesaria dada la situacion en que se encontraba el imperio, hubiera sido un bien para la España musulmana que aquella revolucion hubiese caido en manos de la ilustrada y culta aristocracia andaluza, que acaso hubiera podido sostener todavia por muchos años su prosperidad y grandeza, y no que fué á parar á las de dos razas estranjeras, envilecida la una y semibárbara la otra, que todo lo destruyeron porque no estaban en condiciones de edificar nada.

Dicho se está, que de las punzantes inquietudes del moribundo Almanzor participaron sus hijos, su familia y todos sus partidarios; y que la noticia de su muerte produciria en Córdoba y en toda Andalucía, sinó una sublevacion al menos un estado de sobresalto y alarma, hijo de lo desconocido de la situacion en que iba á encontrarse el país, falto de aquella robusta mano, y huérfano de aquella superior inteligencia que durante veintiseis años habia rejido con asombrosa gloria é inaudita fortuna sus destinos, y que hasta en sus últimos momentos procuró hacer con sus consejos lo que ya no le era dado hacer con sus providencias y con su espada.

Cómo cumplió los consejos é instrucciones de su padre, y hasta donde correspondió á sus espe-

ranzas el noble Amerida Abdalmelik, lo dicen con suficiente elocuencia todos los actos de su breve vida y ministerio, ajustados estrictamente al sistema político fundado en la España musulmana por el poderoso *Hadjib*.

Con arreglo, pues, á aquellas instrucciones, trasladóse inmediatamente á Córdoba, despues de dejar confiado á su hermano, Abderame, el mando del ejército, y órdenes, es lo mas probable, para que diese por terminada la campaña y regresase á marchas forzadas á Andalucía, donde la presencia de aquellas tropas era necesaria para tener á raya á los enemigos de su familia, y hacer frente á cualquier eventualidad.

Segun se deduce de los manuscritos arábigos, (Conde, c. 109) llegado que fué á Córdoba Abdalmelik con la noticia de la muerte de su padre, la sultana Sohbeya, (que sobrevivió pocos dias á Almanzor) puso en sus manos las riendas del gobierno nombrándole primer ministro del imbécil Hixem, que continuaba cautivo en los deliciosos verjeles y dorados salones de su palacio de Medina Azahara, sin tomar parte alguna en el gobierno de sus pueblos, que solo le conocian porque oian pronunciar diariamente su nombre en la oracion pública.

Heredero Abdalmelik del talento, alta capacidad y valor de su padre, mas no de su fortuna y perfidia, era respetado del pueblo que se habia acostumbrado á mirar en él el sucesor del grande *Hadjib*, y amado del ejército de cuyas glorias y fatigas habia participado en las guerras de África, y

en las campañas contra los cristianos que hizo al lado de su padre en cuya escuela política y militar se formó.

Escasas son por demás las noticias que las crónicas cristianas y musulmanas nos han conservado acerca del gobierno del hijo de Almanzor, y aun estas tan confusas y equivocadas, que á no haberse publicado recientemente la traduccion de algunos manuscritos arábigos, hasta ahora poco ó nada conocidos, por Dozy, nos veríamos obligados á desentendernos de los ministerios Abdalmelik, y Abderame, su hermano y sucesor, y á pasar por medio de una brusca transicion, del apojeo de la grandeza y de la gloria en que se encontraba Andalucía en 1002, al abismo de males y miserias en que la contemplaremos seis ó siete años despues.

Parece que las primeras gestiones del gobierno de Abdalmelik tuvieron por objeto poner en órden los asuntos de África; conseguido lo cual, fijó su atencion en los de España, proponiéndose seguir en estos la línea de conducta que le trazara su padre con su ejemplo y sus consejos. Al efecto, dispuso continuar las dos campañas anuales contra los cristianos de la Península; y con aplauso de los buenos muslimes y estraordinario regocijo del ejército abrió la primera del año 1003, en la España Oriental.

Al llegar á Lérida falleció, segun testimonio formal de Ibn-l-Abbar (Dozy) Abdollah, el célebre *Piedra Seca*, á quien Abdalmelik, despues de la muerte de su padre, no solo devolvió la libertad,

en as campaña [illegible]

[illegible] padre [illegible]

[illegible]

[illegible] dejamos se-
[illegible] para la semi-
[illegible] Pelayo, inserta
[illegible] 1000 y los hi-
[illegible] sobre él una ro-
[illegible]do.

[illegible] las treguas
[illegible] se fijó á
[illegible] cristianos y mu-
[illegible] Alfonso y Hadjib Ab-
[illegible] tratá de
[illegible] desde el
[illegible] antes hábianse
[illegible] autoridad real. Los ver-
[illegible]
[illegible] á partir de aquel día nunca volvió á
[illegible] de los Beni-Gomez ni de los Beni-Fer-
[illegible] hemos referido anterior-
[illegible] en los tiempos de Sancho hijo
[illegible] su reino, Alfonso reunió su
[illegible] del rey de Navarra marchó á
[illegible] hijo de Almanzor. Dióse la
[illegible] Abdelmelik derrotó los
[illegible] que se entregó
[illegible]

[illegible] fué la última del prudente y vale-
[illegible] apellidado al-Modhaffar, que á
[illegible] á Córdoba adoleció de una aguda enfer-
[illegible] que le llevó al sepulcro en el mes de Octu-
[illegible]

[illegible] el cargo de Hadjib del Califa

Hixem durante seis años y tres meses, con la fortuna de su padre Almanzor; pero sin manchar el tiempo de su gobierno con ninguno de aquellos actos de severa justicia ó crueldad que señalaron el del terrible Abi-Ahmer. Amigo de los sábios y literatos á quienes otorgó decidida proteccion; tolerante, afable con todos, y dando pruebas inequívocas de que abundaban en él las dotes de un verdadero hombre de Estado, se captó el amor del pueblo y la adhesion del ejército que lloraron sobre el sepulcro de Abdalmelik al-Modhafar sus esperanzas agostadas en flor.

Con los dias de Abdalmelik concluyeron los tiempos de la grandeza del Califato de Occidente, la paz y prosperidad de Andalucía, y hasta el nombre de aquella raza tan sábia, culta y guerrera que llenó el mundo con su fama por espacio de dos siglos, comenzó á ser borrado de la haz de la tierra para quedar muy luego consignado solo en los anales de la historia. La semilla que en vida sembró Almanzor produjo sus naturales frutos despues de la muerte de aquel grande hombre, uno de los pocos que pudieron bajar al sepulcro con la satisfaccion de dejar un heredero de su nombre. Sin embargo, á aquel Augusto, á aquel Cromwell musulman no podia faltarle un Tiberio ó un Ricardo. Las mismas causas producen los mismos efectos. Quien siembra vientos recoje tempestades. Las situaciones de fuerza se destruyen por la fuerza. Un hombre puede dar su nombre á un siglo, mas un siglo entero no puede obedecer á un solo hombre. Solo el hom-

bre de génio que crea una situacion politica dada es el que puede sostenerla; pero se necesitan tres hombres para llenar un siglo, y entre la muerte de Almanzor y la de Abdalmelik solo mediaron seis años.

Es indudable que el primero tuvo antes de morir un presentimiento del terrible desenlace que despues de su fallecimiento tendria el poema político guerrero, que durante los últimos veintiseis años de su vida escribió ceñida la frente de laureles y mojadas las manos en sangre; mas lo que no pudo ni siquiera sospechar, fué toda la estension que alcanzó aquella inmensa é inaudita catástrofe que él habia provocado; ni que seria tan súbita, inesperada y rápida, que de ella se puede decir, mejor que de otra alguna, que Andalucía sintió el *golpe antes que el amago*. En efecto, poco mas de cuatro meses despues de la muerte de Abdalmelik el-Modhaffar, el espléndido Califato de Córdoba, entró como atacado de una apoplejia fulminante, en el estertor de la agonía. Los elementos disolventes que Almanzor acumulara durante el tiempo de su administracion con su *política personal*, unidos á los grandes vicios de origen que encerraba aquella sociedad en su seno, tenian que dar este resultado fatal. Mas no anticipemos la narracion de los sucesos que le acercan con pasmosa rapidez.

Muerto Abdalmelik los eunucos eslavos de palacio, es decir, el partido Amerida que ocupaba todos los puestos importantes del gobierno y de la Corte, suplicaron al Califa Hixem, que continuaba veje-

tando en su alcázar, nombrase para sucederle en el cargo de Hadjib á su hermano Abderrahman, hijo del grande Almanzor; pretendiendo así perpetuar en el poder la familia de aquel grande hombre. Hixem, acostumbrado á no tener mas voluntad que aquella que le imponía la camarilla que rodeaba su trono, accedió á la peticion, y el hermano de Abdalmelik tomó en sus manos las riendas del gobierno.

Era el jóven Abderrahman, segun Conde, mozo de arrogante presencia, parecido en la fisonomía, pero completamente desemejante en cuanto á las dotes morales á su padre el grande Almanzor. Amigo de los placeres y de los ejercicios de caballería descuidaba los graves negocios del Estado, con satisfaccion de los que, conociéndole, le habian elevado al puesto que ocupaba para continuar ellos disponiendo á su albedrío de los destinos del país. Así que, con la esperanza de establecer su poder sobre bases sólidas é indestructibles, y salvar las contingencias de una intriga palaciega que los arrojase de él, urdieron sigilosamente un complót que tenia por objeto derribar una dinastía que la imbecilidad de su último representante habia desprestigiado y hecho impopular y sustituirla con otra amasada por sus manos. La anómala situacion política en que desde tantos años se encontraba la España musulmana; el encanto que para el vulgo tiene siempre la novedad, y el recuerdo de un gran nombre ante el cual inclinaban todavia la frente los grandes lo mismo que los pequeños, les brindaban con la ocasion propicia para obtener un fácil triunfo. Podian, pues,

preguntar al pueblo, como Pepino el *Breve* preguntó al papa Zacarias: «Quién es el soberano, ¿el fantasma de rey que se sienta en el trono, ó el hombre que está ejerciendo el poder real?» seguros de que la contestacion del interpelado responderia en la medida de sus ambiciosos deseos.

En su virtud, el cadí Dhacwan, y el secretario de Estado, Ibn-Bord, almas del complót Amerida, validos de la grande influencia que ejercian en el ánimo del Califa Hixem, propusieron á este que declarase, visto que no tenia sucesion, por *wali alhadi*, ó presunto heredero del trono, al *Hadjib*, Abderrahman hijo de Almanzor. Accedió á ello el imbécil soberano, y el nuevo título y dignidad del presuntuoso *Hadjíb*, se consignó en un acta fecha el último dia de la luna de rabieh del año 399 de la Hegira (Ab-Makkari, en Murphy).

Por mas que los jefes Ameridas procurasen mantener encerrado el secreto de su maquinacion en el misterio de los salones de Medina Azahara, hasta el momento que estimasen oportuno para darlo á luz, hubo de traslucirse fuera de aquel dorado recinto y difundirse muy luego como la luz en todos los centros de la sociedad de Córdoba. La indignacion que produjo en la ciudad la noticia de la perpetracion de aquel atentado politico, parece que fué general. La aristocracia se sintió vivamente herida en sus fueros y dignidad con el nombramiento de un futuro rey hecho á beneficio de las intrigas de los *eunucos* y *eslavos* de palacio y los ilustres miembros de la esclarecida familia Ommiada, que tenian mejor ra-

zon y derecho á la herencia del Califato, caso de morir sin sucesion, Hixem II, que aquel advenedizo que servia de instrumento á las bastardas ambiciones de un partido de orígen extranjero y servil, se conjuraron para tomar ejecutiva venganza del agravió que se les hiciera; y, por último, hasta los intereses religiosos, el fanatismo de las masas, protestaron tumultuosamente contra aquella eleccion.

Los siguientes versos de un poeta contemporáneo, del suceso nos darán una idea del estado de exaltacion en que entraron los ánimos en Córdoba al circular la noticia de la eleccion hecha por el Califa Hixem, Dicen:

«Ibn-Dhacwan é Ibn-Bord, han ultrajado la religion de una manera jamás vista ni oida. Se han rebelado contra el Dios de la Verdad, puesto que han declarado heredero del trono, al *nieto de Sancho.*» (Ibn-al-Abbar. Dozy).

Esta condicion del *nieto de Sancho*, con que el poeta arábigo señala al hijo del segundo Almanzor, merece que le dediquemos algunas palabras, siquiera por lo que puedan servir para esclarecer uno de tantos puntos interesantes y todavia ignorados, de la historia de España durante la Edad Media.

Dábase en Córdoba, al *Hadjib* Abderrahman, el apodo de *Sancholo* ó *Sanchillo*, (Dozy); y el arzobispo Rodrigo de Toledo; en su *Historia Arabum*, dice de él: «*derisorie Sanciolus dicebatur*. Abderrahman, era, pues, hijo de una princesa cristiana, y nieto de un Sancho; y este orígen fué, como queda indicado, la principal causa de la irritacion que los faná-

ticos musulmanes manifestaron contra él. La idea sola de que el nieto de un infiel, de un Sancho, se sentase en el trono de los Califas, los llenaba de horror. Mas, ¿de qué Sancho, descendia el hijo segundo de Almanzor? El erudito Dozy, despues de una breve y persuasiva critica histórica, llega á la siguiente conclusion:

«El Sancho de que se trata pudo muy bien ser Sancho de Castilla (quien, hácia los años de 985 tenía una hija núbil) suposicion admisible, visto que Almanzor le auxilió en su rebelion contra su padre. Pero la madre de Abderrahman, esposa de Almanzor, tambien pudo ser la hija de Sancho de Navarra que sucedió en el trono á su padre Garcia en 970. Quédanos la dificultad de la eleccion entre las dos princesas.»

La primera de las tres parcialidades mencionadas que se levantó para protestar con las armas contra la declaracion hecha por el Califa Hixem II, en favor de Abderrahman hijo de Almanzor, fué la de los Ommiadas. Un principe llamado Mohammed, primo de Hixem y biznieto de Abderrahman III, tomó á su cargo vengar la afrenta hecha á su familia. Al efecto, salió secretamente de Córdoba, pasó á la frontera de Castilla donde contaba con numerosos parciales adictos á la causa de los Ommiadas, formó con ellos un ejército, y puesto á su cabeza marchó sobre Córdoba.

Informado Abderrahman del suceso, salió de la capital al frente de la guardia del Califa y de la caballeria africana, resuelto á castigar ejecutivamen-

te la rebelion. Mas antes de que hubiese avistado el ejército de los sublevados, Mohammet con noticias que tuvo de la escasa guarnicion que habia quedado en la capital, y puesto de acuerdo con sus parciales que le ofrecieron franquearle la entrada, se dirigió á marchas forzadas y por caminos desusados sobre Córdoba, de la que se apoderó sin encontrar resistencia, así como de la persona del Califa á quien hizo decretar en el acto la destitucion del Hadjib Abderrahman y su nombramiento para aquel puesto. Muy poco tiempo despues el hijo de Almanzor regresó sobre la capital, donde, creyendo contar con el aura popular, entró con pocas fuerzas, y se dirigió sin darse un momento de descanso á la plaza del Alcazar. Allí le esperaban las tropas de Mohammed engrosadas con los caballeros de la ciudad. Acomételos Abderrahman ardiendo en sed de venganza, y llamando al pueblo en su auxilio; mas este se desentiende ó contesta á su llamamiento con espantosos gritos de muerte, que le obligan á batirse en retirada considerando su causa perdida por el momento. Cárganle con furor sus contrarios; defiéndese denodadamente, hasta que cae mal herido en manos de los enemigos que lo llevan á la presencia de Mohammed. Este pronunció en el acto su sentencia de muerte, que se ejecutó de una manera afrentosa, el dia 16 de febrero de 1009.

Tal fué el trájico y prematuro fin que tuvo el hijo del grande Almanzor y hermano del prudente Abdalmelik, á los cuatro meses y medio (Rodrigo de Toledo) de haber entrado en el poder.

El edificio político á tanta costa levantado por aquel hombre extraordinario, durante veintiseis años de penosa labor, y tan habilmente sostenido por su primojénito durante otros seis, se vino á tierra como un castillo de naipes al primer soplo de la adversidad; arrastrando en su caida, no ya solo á una familia encumbrada por el genio de un hombre á quien favoreciera ciegamente la fortuna, sino el imperio mas floreciente de Europa al finalizar el primer tercio del período de la Edad Media.

VIII.

Guerras civiles en Andalucia.

1009 á 1036.

Engreido con la rapidez y facilidad de su triunfo, el afortunado Mohammed quiso convertir en su solo particular beneficio la revolucion que le habia elevado al poder y acercado á las gradas del trono. Asi que, ó porque no encontrara propicia á sus miras personales la aristocracia andaluza, ó porque fiel á la política de su familia quisiese mantenerla siempre sujeta á fin de que no pusiera obstáculos al despotismo de los califas, es lo cierto que despues de su victoria, si no la persiguió encarnizadamente como al partido Amerida, se desentendió de ella, atento á fomentar solo los intereses de su familia, y á afianzar su poder rodeándose de personas adictas á la dinastia Ommiada. La única preocupacion de su ánimo fué por lo visto, devolver á su familia la grandeza y prestigio con que la ennoblecieron en Oriente y en Occidente, todos los Califas salidos de su seno, y de la cual la habia despojado el dejene-

rado vástago que la fatalidad mantenia sentado en el trono de Córdoba. Devorado por la ambicion, cediendo á las apremiantes exigencias del interés de familia, Mohammed se dió tanta prisa por llevar á cabo la empresa que meditaba, que á los ocho ó diez dias de la muerte del Hadjib Abderrahman, resolvió sustituirse ejecutivamente en el trono al imbécil Hixem. Al efecto, y para tomar el pulso á la opinion pública, hizo circular el rumor de que el Califa habia sido atacado repentinamente de una grave enfermedad que amenazaba por momentos acabar con su vida; y la opinion pública correspondiendo á sus deseos, recibió la noticia con la mas completa indiferencia. ¿Qué interés podia tomarse nadie por la salud de un fantasma de rey?

Dado el primer paso por esta senda sin que el terreno se estremeciese bajo sus piés, los demás pareciéronle, si no seguros, al menos fáciles de dar. En su virtud, puesto de acuerdo con el eslavo Wahda, camarero de Hixem, dispuso encerrarle en una segura y misteriosa prision y anunciar su muerte. Mas para que la criminal farsa tuviese todos los visos de la verdad, buscóse en Córdoba un hombre cuya edad, estatura y fisonomía fuese semejante á la del hijo de Al-Hakem II. Hallaron á aquel desgraciado, que, segun Rodrigo de Toledo, fué un cristiano. Arrebatáronlo una noche, lo estrangularon y tendieron su cadáver en el lecho del Califa. Esto hecho, anunciaron la muerte de Hixem II; creyéronlo los grandes y el pueblo, y se enterró el cadáver con la solemnidad acostumbrada

en semejantes casos, junto á los féretros de Abderrahman III y de Al-Hakem II.

Esta indigna comedia se representó el dia 23 de febrero del año 1009. Congregáronse inmediatamente el divan y los altos funcionarios de la córte y del gobierno, y fué proclamado en el acto, Califa del imperio musulman de Occidente, el Hadjib Mohammed, de la ilustre dinastía de los Ommiadas, quien tomó el titulo de *Mahadi Billá*.

No pudiéndosele ocultar á Mohammed que la causa del envilecimiento en que habia caido el trono de su dinastia, y la de las profundas alteraciones que habia sufrido durante los últimos años el modo de ser politico y social del pueblo musulman de España, procedia de la influencia que ejercieran, ó de la participacion que se dió en el gobierno de la cosa pública á las parcialidades estrangeras conocidas con los nombres de eunucos eslavos y de Bereberes; habiendo ya reducido á la impotencia á la primera, juzgó de su deber y para su seguridad, deshacerse igualmente de la segunda; con lo cual, no solo desembarazaba su camino, sino que tambien se granjeaba popularidad entre el vecindario de Córdoba que aborrecia y despreciaba á los Africanos.

Asi que anunció el licenciamiento de aquellas tropas mercenarias, y dictó varias disposiciones encaminadas á espulsarlas *honrosamente* de la capital. Compréndese desde luego la irritacion que estos decretos producirian entre aquellos soldados veteranos de las gloriosas campañas de Almanzor,

que quince dias antes, todavía constituian el nérvio del ejército musulman, siendo á la par el mas robusto sosten de la situacion creada por el glorioso *Hadjib* y continuada por sus sucesores, en méritos de lo cual se vieran tan considerados y agasajados por el poder caido. Aquellos decretos envolvian además, una séria amenaza contra la existencia de los feudos que poseian los gefes africanos, y contra la posesion de la riqueza territorial que Almanzor habia repartido entre los soldados. En su virtud, los Bereberes resolvieron resistir la ejecucion de tales decretos, y se prepararon para defender á todo trance su derecho.

Entre tanto continuaba fatalmente su camino la revolucion producida por el desprestigio y debilidad del poder supremo, y por la profunda perturbacion que desde muchos años se habia introducido en la marcha de los negocios públicos. Crecia el descontento público, bullian los partidos, y ya se murmuraba del Mahadí, á quien el pueblo, por intuicion, por esa especie de adivinacion que le es tan natural, acusaba de haber dado muerte al desventurado Hixem II. Hasta entre los mismos príncipes de la familia Ommiada cundian tales rumores, dando aliento á ambiciones que dejaban de ser criminales desde el momento en que se creia que el crimen estaba sentado en el trono. De este estado de cosas tomó pretesto uno de ellos, llamado Hixem, nieto del grande Abderraman III, para conspirar contra Mohammed. Al efecto hizo causa comun con los Bereberes, cuyos intereses tomó bajo su

proteccion, y estos, agradecidos, le nombraron su gefe y se comprometieron á sentarle en el trono.

Cuatro meses despues de la jura de Mohammed, estalló, el dia 2 de junio, la rebelion. Los Africanos acaudillados por Hixem se dirigieron al alcázar, pidiendo con desaforados gritos la cabeza del usurpador y asesino del califa legítimo. El Mahadí salió al frente de la guardia andaluza contra los conjurados, y trabó con ellos una empeñada refriega que inundó en sangre las calles de la capital. Unióse el vecindario de Córdoba á las tropas de Mohammed; y los Africanos hostilizados con rigor por todas partes tuvieron, al fin, que abandonar la ciudad, despues de haber combatido sin trégua ni descanso un dia y una noche. Su gefe Hixem, fué hecho prisionero en la refriega, y arrastrado á la presencia del Mahadí, quien mandó fuese ajusticiado en el acto, y arrojada su cabeza por encima de las murallas hácia el campamento que los Africanos habian establecido fuera de la ciudad. Los Bereberes no se dejaron intimidar con la derrota, ni con aquel triste espectáculo; y como contaban con fuerzas suficientes para sostener su rebelion, nombraron acto contínuo en reemplazo de su desventurado caudillo á Solaiman, hijo del hermano de Alakem, quien tomó el título de Al-Mostain (3 de junio).

No juzgándose el nuevo general de los Africanos con fuerzas suficientes para sitiar á Córdoba, ni para sostener la campaña contra el Califa en Andalucía, levantó el campo y se dirigió á marchas forzadas hácia Guadalajara. (Seguimos á Dozy en la

do una batálla que Sancho y Solaiman le presentaron, fué completamente derrotado, perdió todo su bagaje, y se salvó milagrosamente de caer en manos de los vencedores. Wadhih se reunió con las reliquias del ejército de Medinaceli al de Al-Mahadi que estaba acampado en una llanura llamada Fazoes-Soradik.

El Califa Mohammed sobresaltado en estremo en vista de la tormenta que le amenazaba, mandó distribuir armas á todos los vecinos de Córdoba capaces de esgrimirlas, y con ellos formó un numerosísimo ejército de hombres no acostumbrados á las fatigas de la guerra. Así que cuando los Bereberes atacaron á las tropas de Al-Mahadi (5 noviembre 1009) bastó un peloton de treinta ginetes Africanos para sembrar el espanto en la muchedumbre allegadiza. En el desórden de la huida atropelláronse los unos á los otros aquellos improvisados guerreros, que acometidos por todas partes y acuchillados sin piedad dejaron veinte mil hombres, segun afirman los autores arábigos, tendidos sobre el campo ó ahogados en las aguas del Guadalquivir. Esta desastrosa accion de guerra, es conocida en la historia con el nombre de *batalla de Kantisch*. Wadhih se retiró con sus derrotadas tropas á la capital de su provincia. Al-Mahadi, regresó á Córdoba donde la consternacion y el luto eran general. Inmediatamente á su llegada sacó de su misteriosa prision á Hixem II y le presentó al pueblo. Despues envió el [illegible] (el mismo que persuadió á Hi- [illegible]rase presunto heredero del tro-

no al desgraciado Abderrahman, hijo segundo de Almanzor; lo cual prueba que la mancomunidad del peligro habia reconciliado á la sazon, los Andaluces con los Ameridas) á los Bereberes, para anunciarles que estando vivo Hixem, Mohammed se consideraba solo como el primer ministro del Califa legítimo. Solaiman se limitó á responder: «Ayer Hixem se contaba entre los muertos; y vos, así como vuestro emir, rezásteis por él la plegaria de los difuntos; hoy, puesto que vive, se reintegra en el Califato!» El Cadí trató en vano de disculpar á Mohammed. Los habitantes de Córdoba temerosos de las represalias que pudiera ejercer contra ellos el príncipe vencedor, saliéronle al encuentro, le presentaron las llaves de la ciudad, y lo reconocieron por su soberano. Solaiman entró en la Capital en el mes de noviembre 1009. El reinado de Al-Mahadí habia durado nueve meses.

El príncipe destituido se ocultó desde luego en la casa de un tal Mohammed, natural de Toledo, que le facilitó los medios para refugiarse en aquella ciudad, que asi como todas las fronteras, desde Tortosa hasta Lisboa, reconocian todavía su autoridad. Preocupado Solaiman con la idea de apoderarse de Córdoba, habia descuidado someter las demás poblaciones. Asi que, cuando Sancho Garcés le recordó el cumplimiento de sus promesas, vióse en la necesidad de responderle que por entonces no podia cumplirlas, puesto que no poseia los pueblos que le ofreciera en pago de sus auxilios, mas que así que los sometiera á su autoridad se los entre-

garía. Sancho se dió por satisfecho, y el dia 14 de noviembre de 1009, salió de Córdoba cargado de botin, y emprendió la marcha hacia su condado. Solaiman volvió á su encierro al imbécil Hixem II.

Mohammed al-Mahadi llegó á Toledo á fines de diciembre de aquel año, donde fué muy bien recibido por sus habitantes. Solaiman se puso en campaña contra él; mas no le sitió en Toledo, esperando, segun dice un autor arábigo, que la ciudad acabaria por someterse á su autoridad; pero se dirigió hácia la frontera (sin duda con propósito de cumplir las condiciones que le impusiera el conde de Castilla) y comenzó por cercar á Wadhih en Medinaceli. Muchos jefes del partido eslavo que consideraban perdida la causa de al-Mahadi, se pasaron á Solaiman, y entre otros Ibn-Maslamah general de la guardia real. Wadhih evacuó la ciudad de Medinaceli, y se replegó sobre Tortosa, desde donde ofreció someterse á Solaiman bajo la condicion de quedar en la frontera con todo su ejército para defenderla de los ataques de los cristianos. Sus proposiciones fueron solo una estratagema de que se valió para librarse de ser perseguido y ganar tiempo. Solaiman se dejó cojer en el lazo, y dió á Wadhih el gobierno de toda aquella frontera. Este, en cuanto se vió en entera libertad para obrar, desde Tortosa, en Cataluña, donde se encontraba, formó alianza con dos condes de aquel pais, Raimundo de Barcelona y Armengol de Urgel, hijos y sucesores de Borrel. Wadhih, al frente de un ejército compuesto de tropas catalanas y musulmanas, llegó á Toledo

y se puso á las órdenes de su soberano Mohammed, que tenia dispuesto el suyo para entrar en campaña. Al-Mahadí y Wadhih reunidas que hubieron sus fuerzas, se pusieron en marcha hácia Córdoba. Noticioso Solaiman delavance de aquellos tres ejércitos aliados para sitiarle en la capital, dispuso armar el vecindario para combatir al enemigo; pero los cordobeses, inconstantes y ligeros de carácter, y además contrarios á los Bereberes á quienes aborrecieron en todos tiempos, se escusaron pretestando que no sabian pelear, (pretexto ó escusa que el suceso de la batalla de Kantisch justificaba cumplidamente). Solaimanse dejó persuadir y salió de la capital al frente de sus tropas veteranas. Los ejércitos beligerantes se avistaron en Akabato-el-bakar, á unas diez millas de Córdoba, en uno de los dias entre el 5 y el 15 de junio de 1010. Los generales Bereberes situaron á Solaiman en la retaguardia compuesta de ginetes africanos, y le encargaron no abandonase aquel puesto aun que se viese arrollado por la caballería enemiga. Esto hecho, los Bereberes y catalanes como movidos por un mismo resorte, cargaron impetuosamente los unos sobre los otros. Segun las reglas de la estratégia Oriental, los Bereberes volvieron muy luego grupas al enemigo, con propósito de hacerle frente en el momento oportuno, y volver á la carga cuando los contrarios cebados en la persecusion hubiesen perdido su órden de batalla. Todo lo cual hubiera sucedido, probablemente, si Solaiman ateniéndose estrictamente á las instrucciones que se le habian dado,

hubiese permanecido firme en su puesto, y contenido el torrente de la caballería catalana, para dar lugar á que se rehiciése la berebere. Pero el Califa que desconocia aquella táctica, viendo la vanguardia de su ejército huir á la desbandada, creyó perdida la batalla y se lanzó en pos de los fugitivos seguido de los ginetes africanos. Sin embargo, los Bereberes cesaron en su huida, dieron frente á retaguardia y cargaron con tanto furor al enemigo que mataron sesenta gefes catalanes entre ellos al conde Armengol de Urgel; mas viendo que Solaiman continuaba huyendo á la desbandada, retrocedieron sobre Medina Azahara, y los catalanes quedaron dueños del campo de batalla. Asi fué como por ignorancia y por cobardía, Solaiman perdió la célebre batalla de Akabato-el-bakar (cerro de los bueyes) en la que, segun todas las probabilidades, hubiera salido vencedor, si hubiese comprendido la táctica de sus capitanes, ó cumplido las instrucciones que estos le dieran. La victoria fué ganada por los catalanes, pues las tropas de al-Mahadi y las de Wadhih tomaron poca parte en la accion; pero es preciso confesar que los Bereberes combatieron como leones, y que por su valor se hicieron acreedores al triunfo.

Solaiman, que se habia refugiado en Medina Azahara, abandonó durante la noche esta ciudad, y se retiró hácia Xátiva (?) Segun cálculo de an-Nowairi, su reinado solo habia durado siete meses.

Mohammed al-Mahadí regresó á Córdoba con las tropas catalanas, que cometieron los mayores

escesos en la ciudad. Los Bereberes salieron muy luego de Xátiva (?) y quemando y saqueando los pueblecillos que encontraban á su paso, llegaron cerca de Algeciras. Al-Mahadí marchó contra ellos con las tropas catalanas y las de Wadhih. El dia 21 de Junio de 1010, los ejércitos enemigos llegaron á las manos cerca del rio Guadiaro, en las inmediaciones de Algeciras. En este encuentro los Bereberes vengaron cumplidamente su derrota de Akabato-el-bakar: al-Mahadí tuvo que huir en desórden dejando muchos capitanes eslavos y mas de tres mil cristianos muertos sobre el campo de batalla.

Dos dias (?) despues de este aciago suceso, los vencidos entraron en Córdoba. Furiosos los catalanes con su derrota cometieron todo género de tropelias y dieron muerte á cuantas personas tenian algun parecido con los Bereberes. Habiéndoles suplicado al-Mahadi y Wadhih que los acompañasen en una nueva espedicion contra Solaiman, negáronse obstinadamente á ello, pretestando que con la muerte de su gefe Armengol y la de otros muchos capitanes habian sufrido pérdidas harto considerables. En su consecuencia salieron de Córdoba para regresar á su pais, el viernes 18 de Julio de 1010.

Sin embargo, Mohammed y su fiel Wadhih, salieron de nuevo á campaña al frente de las tropas cordobesas y de los regimientos mandados por generales eslavos. Pero desde la retirada de los bravos caballeros catalanes el ejército de al-Mahadí habia caido en el mayor desaliento. Asi que, á pe-

nas se hubo alejado unas treinta millas de la capital, apoderóse de aquellos soldados un terror pánico, y regresaron precipitadamente á Córdoba creyendo que los temibles Bereberes les iban á los alcances. Convencido Mohammed de que con semejantes tropas no era posible tomar la ofensiva contra el enemigo, se resignó á esperarlo en la capital, cuyas fortificaciones mandó reparar y rodear con un ancho foso.

Entre tanto los Bereberes se acercaban á Córdoba. Al-Mahadí, príncipe débil y dado al libertinaje, se habia enagenado las simpatías de los cordobeses; por otra parte, Wadhih, no le habia perdonado la conducta que observara con los Ameridas. Mohammed, pues, viéndose rodeado de peligros que no podia conjurar ni vencer, pensó en salvarse por medio de la fuga. Al efecto, reunió todas las riquezas que existian en el palacio, y dió órden á uno de sus confidentes para que las llevase á Toledo, con propósito de seguirle de cerca. Pero el domingo, 24 de Julio de 1010, Wadhih, con las tropas de la frontera y los regimientos eslavos, se lanzó por las calles de la capital victoreando á Hixem II, á quien sacara de su encierro, y vestido con las insignias reales lo condujo á la mezquita, invitándole á sentarse en la *maksura* ó tribuna destinada á los Califas.

Mohammed al-Mahadi encontrábase en el baño cuando estalló aquella inesperada sublevacion militar. Informado de lo que estaba pasando en la ciudad, salió apresuradamente del alcázar y se dirigió

á la mezquita. Ya en ella, tomó asiento en la tribuna al lado de Hixem; pero el eunuco Anbar le asió por un brazo, le arrojó del púlpito y le obligó á sentarse frente al califa. Este le echó en cara su mal proceder, los ultrajes que le habia inferido, y le cubrió de injurias y denuestos. Anbar volvió á asirle por un brazo y lo arrastró hasta la azotea de la mezquita donde desenvainó la espada para cortarle la cabeza. Al-Mahadi se abrazó con el eunuco á fin de librarse del golpe fatal. Vano intento; los esclavos que habian seguido á Anbar, acribillaron á estocadas al desdichado Mohammed, y muy luego su cadáver yació en el mismo sitio donde hiciera arrojar el del general Ibn-Askaledjah, gobernador de Córdoba, á quien mandára dar muerte, diez y siete meses antes, cuando entró en Córdoba á la cabeza de los conjurados que le habian ayudado á destronar á Hixem II.

El segundo reinado de al-Mahadi, duró cerca de un mes, segun an-Nowairi. Diez meses reinó por todo. Murió á la edad de treinta y cinco años, desastrosamente como mueren los grandes usurpadores cuyo génio no está á la altura de su ambicion.

El movimiento insurreccional que sacó de una tumba simulada y restableció en el trono de sus mayores al Califa Hixem, que despues de treinta y cuatro años de reinado bajo la regencia de su madre y de los presidentes de su Consejo de ministros, tomaba por primera vez las riendas del gobierno, fué obra del partido Amérida, y por consiguiente

fué infecundo para el bien; no tanto por efecto de lo desesperado de la situacion que atravesaba la España musulmana y por la incapacidad de aquel fantasma de rey, sino porque fué dirigido por una parcialidad desconceptuada y odiosa, cuyos intereses estaban en perpétua guerra con los del país. Los eslavos, ó esclavos germanos (partido Amérida,) al apostatar del cristianismo para bienquistarse con sus señores y ponerse en aptitud de ejercer en palacio cargos mas elevados de los que por su condicion de eunucos estaban llamados á desempeñar, no habian renunciado ciertamente á los instintos políticos que trajeron de su pátria germánica, donde imperaba el régimen feudal tan opuesto al despotismo puro de los Orientales. Así que vióseles desde luego ambicionar y obtener de los Califas, y mas particularmente de Almanzor, que tuvo la debilidad de halagar sus instintos como medio de atraerlos á su servicio, grandes propiedades territoriales, que ellos erigieron en feudos, ó casi feudos, y que los constituian en una clase privilegiada, especie de aristocracia nueva, rival naturalmente de la rancia nobleza andaluza é independiente, hasta cierto punto, del gobierno central de Córdoba. Este es, y no otro, á nuestro juicio, el orígen de las grandes perturbaciones políticas y sociales que desde los primeros años del siglo x de la Hegira prepararon la inmediata desmembracion y completa ruina del Califato de Córdoba; y esta la causa de lo infecundo de la revolucion que restableció en el trono al lejitimo soberano; porque, siendo obra de

esta nueva aristocracia quiso convertirla en provecho esclusivo de sus particulares intereses sin cuidarse de buscar el remedio á los grandes males que arrastraban el imperio al abismo.

El profundo disgusto con que de un lado la nobleza andaluza, y del otro el partido Berebere todavía muy poderoso, puesto que tenia un ejército considerable y aguerrido en campaña, vieron la marcha que seguía la revolucion que habia destronado al usurpador Mohammed al-Mahadí, degeneró en profunda irritacion al ver que el imbécil Hixem, desconociendo el estado del país y menospreciando las lecciones de la esperiencia, inauguraba su restauracion con una política igual y semejante á la que tan funesta habia sido para la grandeza del imperio y para su propio trono y dinastía; es decir, depositando su confianza solo en los Eslavos ó Alameries que habian desprestigiado su trono y causado los inmensos males que aflijian al país, reponiendo á los unos en los antiguos cargos que habian ejercido durante su larga y vergonzosa minoría, y confirmando á los otros en la posesion de sus feudos, ó dándoles á título de perpetuidad gobiernos, alcaldias y tenencias en Andalucía, Lusitania, Murcia, Cartagena, Alicante, Valencia, Aragon, en suma, en todas las provincias del imperio.

Dicho se está con esto, cual sería la situacion de toda Andalucía y en particular de la Capital, donde los partidos, las ambiciones personales, y la impía discordia habian convertido en un verdadero infierno el paraiso que los Califas, desde Abderrah-

man I hasta Al-Hakem II habian formado en esta magnifica region.

Entre tanto, Solaiman y sus Bereberes continuaban estragando las comarcas andaluzas; no cesando en sus vandálicas correrías hasta que informados de que el ódio de los cordobeses contra Hixem II, que de imbécil se habia convertido en tirano, les facilitaria la entrada en la capital, siempre que se presentaran á sus puertas con fuerzas respetables, pasaron la Sierra Morena en busca de auxiliares en la España Oriental y central. Solaiman visitó ó escribió á los walies de las ciudades mas importantes de aquellas regiones ofreciéndoles la posesion heriditaria á título de feudo de sus respectivos gobiernos, si le ayudaban á libertar á Córdaba del tirano protector de los aborrecidos eslavos. Todos ellos aceptaron sus proposiciones y se le reunieron con sus respectivas banderas. De esta manera, pues, Bereberes y Ameridas destruian el imperio fraccionándolo en pequeños estados.

Contando ya con un ejército imponente Solaiman se acercó á Córdoba, y acabó por cercarla estableciendo sus reales en Medina Azahara, que se hizo el refugio de todos los descontentos de la capital. Muy luego el hambre, la peste y la miseria hicieron sentir sus estragos en aquella, hasta entonces, opulenta ciudad que diera envidia á todas las del mundo, hasta tal punto que el Hadjib de Hixem II, Wadhih, llamó á Córdoba, ó entró en tratos con Ali ibn-Hammud, wali Edrisita de Ceuta y Tánjer, para que le ayudase á combatir á los Bereberes.

Parece que indignado el Califa al saber las negociaciones entabladas sin su conocimiento por el Hadjib, condenó á muerte á aquel servidor á quien debia la vida y el trono, y lo reemplazó en su cargo con el walí de Almería, Khairán, eslavo tambien, pero hombre dotado de valor y de grandes cualidades para el mando.

Aquella inícua sentencia decretada y llevada á cabo en situacion tan grave y comprometida como la que estaba atravesando la capital, fué la gota de agua que hizo rebosar el vaso del descontento público. Aumentóse el número de los parciales que Solaiman tenia en la ciudad, y puesto de acuerdo con ellos, un dia del mes de Abril de 1013, en tanto que el grueso de su ejército atacaba un punto de la plaza, el populacho arrolló la guardia que defendia una puerta y la franqueó á una division Berebere.

Dueño de Córdoba por segunda vez, Solaiman, que hasta entonces habia finjido combatir solo en defensa de los derechos del Califa, quitóse la máscara y manifestó á las claras, que si habia desnudado la espada, fué para conquistar el trono para sí, no para devolvérselo á Hixem II. Así que muy luego circularon rumores de que habia hecho asesinar al mísero nieto del grande Abderrahman y eterno pupilo de sus ministros; con lo cual los pocos Ameridas y el aura popular que á última hora habian aclamado su causa, se declararon enemigos suyos. Muerto ó no muerto en aquella ocasion, lo cierto es que desde entonces desapareció para siempre, ó no se encontró vivo al Califa Hixem II.

Solaiman en el poder se vió arrastrado por la fatal péndiente que llevara al abismo á todos sus predecesores. Cuando la política de partido llega á dominar en un pueblo, no es posible arrancarla de su seno, sino es destruyéndolo ó haciéndole retroceder violentamente al punto donde se encontraba cuando las dementes ambiciones de los menos se sobrepusieron al interés de los mas. Solaiman, pues, remuneró generosamente á los walies y caudillos que le habian auxiliado, confirmóles en la soberanía que les habia concedido en sus respectivas provincias y distritos, y sustituyó en todos los cargos públicos de su córte y gobierno á los Ameries y Eslavos con los africanos.

La nobleza andaluza y los amerides se coaligaron para derribar aquella situacion. El eslavo Khairan, último *Hadjib* de Hixem que se habia desterrado de Córdoba despues de la entrada de Solaiman, fué el alma de aquel complót. Pasó al África, avistóse con Ali ibn-Hammud, y le persuadió que Hixem II le habia instituido heredero del trono de Córdoba en el caso de que fuera asesinado por Solaiman. Halagado con tan brillante perspectiva, Ali, se comprometió á ayudar á Khairan á reponer en el trono al Califa, á quien se suponia todavia vivo. En su consecuencia, acompañado de su hermano al-Kasim y de las guarniciones de Ceuta y Tánjer se dirigió á España y desembarcó en Málaga dondesele reunieron los Ameridas, que le confiaron el mando del ejército aliado, y con él emprendió á marchas forzadas el camino de Córdoba.

Acudió Solaiman sin pérdida de momento á combatir tan temible enemigo; mas lo hizo con tan poca fortuna, que perdió dos acciones de guerra, la última en las cercanías de Sevilla, donde se vió abandonado por las tropas andaluzas, y cayó herido y prisionero en manos del nuevo pretendiente.

Muy pocos dias despues Ali ibn-Hammud y su hermano al-Kasim entraron en Córdoba (junio de 1015) que no les opuso ninguna resistencia por falta de medios de defensa y sobra de bandos y parcialidades. Los primeros actos de Ali, encumbrado con tanta rapidez al sólio de los Califas de Occidente, fueron decretar la muerte de Solaiman; mandar buscar á Hixem, que no fué encontrado, y dirigirse á los walies de las provincias exijiéndoles juramento de fidelidad y obediencia como lejítimo sucesor del califato designado por el mismo Hixem II. Pero los walies que se hallaban muy bien con la soberanía independiente que ejercian en sus respectivas provincias, no solo no se tomaron la molestia de contestar á su requerimiento, sino que se confederaron para derribar el intruso y colocar en el trono á un individuo de la familia Ommiada.

El nuevo pretendiente elegido por los walies confederados, lo fué el príncipe Abderrahman ben-Mohammed, quien á los trece ó quince meses de la entrada de Ali en Córdoba, fué proclamado Califa, en Valencia, y reconocido con el nombre de Abderrahman IV; al-Mortadha, en todas las provincias y ciudades que estaban en poder de los Amerides, entre otras Xátiva (S. Felipe) y Tortosa. El princi-

pe al-Mondhir de Zaragoza tambien se declaró por él. Hasta dentro de Córdoba se fraguó una conspiracion, dirigida por los Ameridas en favor de al-Mortadhá. Los conjurados cohecharon á los eslavos del servicio personal de Ali, quienes le asesinaron en el baño á fines del año 1017.

Sin embargo; la muerte de ibn-Hammud no aprovechó al titulado Abderrahman IV, puesto que los africanos, muy poderosos todavia en Córdoba, le dieron por sucesor á su hermano al-Kasim. Poco tiempo gozó en paz el nuevo Califa de la fortuna que le habia deparado el destino. Un hijo de Ali, llamado Yadhia, que se hallaba en Ceuta, al tener noticia de la muerte de su padre, cruzó el estrecho con crecida hueste de bárbaros africanos, y desembarcó en Málaga donde se hizo proclamar Califa sucesor de su padre. Acudió al-Kasim desde Córdoba para combatir á su sobrino, con el cual, despues de varios sucesos convino en una cesacion de hostilidades, visto que sus diferencias guerreras redundaban en provecho de Abderrahman el Ommiada.

En efecto, el partido de al-Mortadhá, crecia de dia en dia reforzado con los Ameridas que en masa se pasaban á su bando, y con el vasallaje que se ofrecian á tributarle los walies de las ciudades desafectas á la parcialidad Berebere, cuya ignorancia, rusticidad y tiranía sublevaban los ánimos, particularmente en la culta Andalucía, que lloraba con lágrimas de sangre los desaciertos que habian concluido en horas con su grandeza y prosperidad.

Abderrahman IV habia reunido en la España

Oriental un formidable ejército, en el que se contaban muchos auxiliares cristianos, el cual al mando del ambicioso Khairán señor de Almería, de Modjehid que lo era de Denia y de Mondir de Zaragoza, marchó sobre Córdoba en el año 1019. Detuviéronse los confederados cerca de Granada, cuyo príncipe Zawi ibn-Zairi, era berebere, y por consiguiente partidario de al-Kasim. Al-Mortadhá le escribió en términos muy atentos intimándole que le reconociera por Califa. Zawi le contestó con templanza, pero negándose á lo que se le exijia. Irritado al-Mortadhá le remitió una segunda carta, en la que le decia, entre otras cosas: «Marcho contra tí acompañado de todos los valientes de Andalucia, y de los cristianos. ¿Podrás resistir? La carta terminaba con este versículo del Corán: «Si sois uno de los nuestros, salud á vos: si no lo sois tened entendido que todos los males van á caer sobre vuestra cabeza.»

La respuesta de Zawi acabó de exasperar el ánimo de al-Mortadhá, quien se dispuso á combatir al príncipe de Granada.

Entre tanto Khairan y Mondhir (dice Dozy á quien seguimos en esta relacion), se apercibieron que Abderrahman IV no era el Califa que convenia á las miras de su ambicion. Importábanseles, en realidad, muy poco los derechos de la familia Ommiada, y si combatian en favor de las pretensiones de un Ommiada era con la esperanza de reinar ellos bajo un príncipe débil que hubieran impuesto como soberano lejítimo á los Bereberes. Pero al-Mortadhá era hombre de carácter enérjico y altanero,

que no se prestaba á representar el papel que le querian hacer representar Khairán y Mondhir, y cometió la imprudencia de hacerlos enemigos suyos. Cierto dia les vedó la entrada en su tienda. Ofendidos por aquel desaire y porque Abderrahman se mostraba deferente con los gefes de Valencia y Xátiva, escribieron á Zawi, diciéndole que atacase el ejército de al-Mortadha, durante su marcha sobre Córdoba, y ofreciéndole que abandonarian al Califa en cuanto la accion estuviera empeñada.

Trabóse la batalla que duró algunos dias. Zawí rogó á Khairán que cumpliese su promesa, y este le respondió: «Si he tardado en hacerlo ha sido para daros lugar á conocer cuál es nuestro valor y cuantas son nuestras fuerzas, y que si combatiéramos de buena voluntad por el Califa, á estas hóras estaríais aniquilado. Pero poned mañana vuestro ejército en órden de batalla y vereis como abandonamos al príncipe.»

Al dia siguiente, en lo mas empeñado de la refriega las tropas aragonesas volvieron la espalda al enemigo, y dejaron á al-Mortadha solo son los verdaderos partidarios de su familia y con los cristianos. Los restos de aquel grande ejército con el que Abderraman creyó fácil reconquistar el trono de sus abuelos, intentaron resistir; mas fueron muy pronto derrotados por los Bereberes de Zawi que se apoderaron del campamento enemigo del cual sacaron cuantiosas riquezas.

«Esta derrota fué tan completa, dice Ibn-Hai-

yan, que superó á cuantas recordaba la memoria de los vencidos. Desde aquel dia el partido andaluz quedó tan quebrantado que no le fué posible volver á reunir un ejército y tuvo que darse por vencido para siempre.» El historiador anónimo copiado por al Makkari, dice así mismo: «Despues de esta funesta batalla el pueblo español se sometió á los Bereberes, y desde entonces no pudo reunir un ejército para combatirlos. Los desleales Khairán y Mondhir expiaron, pues, con la ruina de su propio partido la infame traicion que cometieron con al Mortadhá.

Este desventurado príncipe pudo escapar de las manos de los vencedores; y ya habia salvado los límites del territorio berebere y llegado á Guadix, cuando algunos espias enviados en su persecucion por Khairán descubrieron el lugar de su refujio, y le dieron muerte. Su cabeza fué llevada á Almería, donde Khairán y Mondhir se habian retirado.

De la misma manera que la muerte de Ali ibn-Hammud no aprovechó á Abderrahman, la de este Ommiada tampoco fué motivo para consolidar en el trono de Córdoba á Kasim sucesor de Ali. Parece que despues del armisticio celebrado con su sobrino, habia pasado á Ceuta con objeto de dar solemne sepultura á los restos mortales de su hermano; circunstancia que aprovechó Yahiah para esplotar en su favor la anidmadversion pública que Kasim habia concitado con su tiranía contra su persona, y hacerse proclamar por una parcialidad africana y los bárbaros procedentes del desierto de Sus que

habia traido consigo del Magreb, Califa del imperio musulman español.

Súpolo en Ceuta al-Kasim, y dióse prisa á regresar á España resuelto á castigar la alevosia de su sobrino. Llegó con crecida hueste á la vista de Córdoba, donde Yahiah, que no podia contar con el apoyo del pueblo no se atrevió á esperarle, y huyó con sus parciales hácia sus estados de Málaga. Entró, pues, al-Kasim (1025) sin encontrar resistencia en la capital, donde muy luego la indignacion pública largo tiempo comprimida, rompió en un espantoso motin contra la aborrecida raza berebere, que habia convertido la metrópoli del imperio musulman de Occidente, la *lumbrera de Andalucia* en un inmenso aduar africano. El pueblo todo, armado y unido en el fin que se habia propuesto, de dar muerte á Kasim, acometió el alcázar, que no pudo tomar por la vigorosa resistencia que opuso la guardia africana. No desmayaron los sublevados con el mal éxito de su primera tentativa; por el contrario establecieron una especie de bloqueo en derredor del edificio, y permanecieron cincuenta dias sobre las armas combatiendo á sus mortales enemigos; hasta que al fin, falto ya de provisiones el Califa dispuso efectuar una vigorosa salida para terminar de una manera ó de otra aquella insostenible situacion. Largo tiempo duró la sangrienta refriega entre el pueblo de Córdoba y los Africanos, que al fin tuvieron que darse por vencidos. Al-Kasim fué salvado por algunos caballeros que lo arrancaron de las manos del pueblo, lo sacaron de

Córdoba y lo escoltaron hasta Jerez.

Con la derrota de los Bereberes y la fuga de al-Kasim, los partidarios de la dinastía Ommiada y los Ameridas se hicieron dueños de la situacion. En su virtud, muerto Abderrahman IV, apellidado al-Mortadhá, los vencedores eligieron para ocupar el trono vacante, á un hijo de Hixem, hermano de Mohammed al-Mahadi, que fué muy luego proclamado en los púlpitos de todas las mezquitas de Córdoba, con el nombre de Abderrahman V, al-Mostadir Billá. Cuentan los cronistas arábigos, que Abderrahman, jóven en quien la prudencia, el saber y las altas dotes de mando superaban con mucho á los años, parecia el soberano mas á propósito para restaurar la grandeza del Califato, si el destino no le hubiese condenado fatalmente á perecer. Mes y medio llevaba aquel docto é ilustrado príncipe de regir con mano hábil y vigorosa los destinos de su pueblo, cuando un primo suyo llamado Mohammed ibn-Abderrahman, hombre ambicioso y de carácter turbulento, tomó pretesto del descontento que en la guardia andaluza y eslavona, así como en esa clase de individuos que medran en las épocas de grandes trastornos políticos, habia causado la abolicion decretada por al-Mostadhir, de ciertos irritantes abusos ú odiosos privilegios, que así en la administracion pública como en beneficio de la clase militar se habian introducido á resultas de las revoluciones y contra-revoluciones que se venian sucediendo en Córdoba, desde la muerte del hijo segundo del grande Almanzor, tomó pretesto, repe-

timos, para desconceptuar al Califa y promover una sedicion militar, que auxiliada por el populacho, que Mohammed habia ganado á fuerza de oro y ofreciéndoles libertad para el saqueo, llegó hasta la puerta del Alcázar de los Califas, pidiendo la cabeza de al-Mostadhir. La guardia esclavona que daba aquel dia el servicio de palacio, resistió denodadamente á los amotinados y empeñó con ellos una sangrienta y desigual pelea. El vocerio y estruendo del combate llegaron á oidos del Califa, quien con mas valor que prudencia se arma, sale á combatir como el último soldado y muere acribillado por los golpes de una soldadesca desenfrenada. Ebrio el populacho con su criminal victoria, arrastra el cadáver de aquel príncipe tan digno de mejor suerte; y en tanto que los menos se entretienen en despedazarlo, los mas recorren las calles proclamando á Mohammed, y saqueando las casas de los wazires y jeques adictos á la causa de su victima. La sublevacion fué tan imprevista y arrebatada, que el vecindario honrado, los nobles, los generales, todas las personas, en fin, de representacion y respeto, quedaron atónitas y sorprendidas, y como siempre sucede en toda sociedad que se encuentra en el periodo de su decadencia, se acobardaron en términos que nadie intentó levantar un dique que contuviera de alguna manera aquel torrente desbordado artificialmente.

A favor de aquella situacion obra de los escesos de los unos y de la cobardía de los otros, pudo Mohammed satisfacer su ambicion, haciéndose procla-

mar Califa, sin obstáculo alguno, el mismo dia del asesinato de Abderrahman V. Dicho se está, que el sistema que inauguró fué diametralmente opuesto al que iniciara su antecesor. Es decir, que amplió los privilegios que aquel intentara restringir, y autorizó mayores abusos que aquellos cuya abolicion habia causado el motin popular. Con esto y con repartir entre sus amigos los empleos, los honores y las dignidades, creyóse asegurado en el trono; que por lo visto no codició por ambicion de reinar en la verdadera acepcion de la palabra, sino por entregarse á sus gustos é inclinaciones, en una esfera donde ningun mortal pudiese competir con él. En efecto; cuando todavia zumbaban en el aire los desaforados gritos de su escandalosa proclamacion, trasladóse á los dorados salones del Alcázar de Medina Azahara y en ellos se entregó á una vida de placeres entre músicos, poetas, esclavos, eunucos, juegos, zambras y festines.

Entregado el gobierno á manos de hombres desautorizados ó famélicos, que carecian de freno y de responsabilidad, perdió la poca fuerza y prestigio que le dejaran los pasados desconciertos politicos, y ya no hubo órden, administracion ni cosa que en la España musulmana pudiera llamarse Estado. Los pocos walies y alcaides que por falta de fuerza material se habian mantenido hasta entonces en la obediencia de los Califas, aprovecharon lo favorable de las circunstancias para desentenderse completamente de ella, y retuvieron, como es consiguiente, las rentas con que sus provincias contri-

buian al Tesoro público. Este fué el mas grave mal de aquella situacion, como lo es de todas las que se le asemejan. Para acudir á su remedio, el gobierno inventó arbitrios, envió apremios, vejó á todos los contribuyentes cristianos, musulmanes y judios que permanecian todavia bajo la férula de su administracion, queriendo cubrir, con los recursos de los menos, el déficit que le ocasionaba la negativa á pagar de los más. Los pueblos, pues, de Andalucia, sufrieron impuestos y recargos inauditos; y, sin embargo, no fué posible hacer cesar la penuria del Tesoro, dada la falta total del producto de las rentas de las demás provincias. La miseria pública comenzó á mostrar su escuálida faz, y el descontento del pueblo llegó a degenerar en conatos de revolucion.

En tanto Mohammed pasaba la mayor parte de los dias en Medina-Azahara, entre fiestas y banquetes, y rodeado de una numerosa córte de sábios y poetas, entre los que ocupaban distinguido lugar el célebre Ibn-Zeidun, el primero de los poetas orientales, y la hermosa Habibah, hija del Califa, llamada la *Safo arábiga*, (sus poesías se conservan manuscritas en la biblioteca del Escorial. Casiri las tradujo) y otros muchos poetas, sábios y prosistas de esclarecido renombre.

Como se vé, Mohammed cubrió de flores su inícua usurpacion y se mostró, por su amor á la literatura, digno de haber ocupado el trono de Córdoba en tiempos mas bonancibles. No eran, aquellos ciertamente, tiempos literarios; faltábales el am-

biente de la paz y sobrábanles apuros pecuniarios. Así que, comenzaron á faltar los recursos, hasta al mismo Califa, y la nube de aduladores que le rodeaba, no pudiendo ya contar con sus prodigalidades se separó de su lado y fuesé á engrosar las filas de los descontentos cada dia mas numerosos á medida que se aumentaba la miseria pública. Por último; llegaron las cosas á tal estremo, que estalló un motin popular cuyas oleadas invadieron las casas de los hadjibes, wazires y cadies pidiendo la destitucion de los unos y la cabeza de los otros. Triunfante el pueblo en su primera acometida, resuelve atacar el palacio de Medina Azahara; pero avisado á tiempo, Mohamed, abandona á deshora el palacio, y acompañado de su familia y de una escolta de caballeria africana, huye de Córdoba y se refugia en la fortaleza de Uclés, en la provincia de Toledo. Allí murió, parece que envenenado, en mayo ó junio de 1025. Habia reinado unos diez y seis meses.

Despues del prematuro y desastroso fin del reinado de los dos últimos Califas de la dinastia Ommiada, no era posible que los partidarios de esta desventurada estirpe pensasen por el pronto, en sentar una tercera víctima de aquella familia en el funesto sólio de Córdoba. De este desaliento se aprovechó el partido berebere para apoderarse de la situacion y restablecer en el trono al sobrino de Kasim, lanzado de él en 1021. Al efecto, acudieron sus parciales á Málaga, desde donde el Edrisita Yahiah, hijo de Ali ibn-Hammud gobernaba con cor-

dura sus estados de Andalucía, de Ceuta y Tánjer, le aclaman Califa de Occidente y le brindan con aquel trono tan codiciado que se halla vacante y al que nadie, en aquellos momentos, se atreve á aspirar. Yahiah, cede á la tentacion y marcha hácia Córdoba llevado en triunfo por sus parciales. No le habian ilusionado estos con vanas promesas, pues el vecindario de la capital descontento con la interinidad y temeroso de ver agravarse aquella oscura y aflictiva situacion, le hizo un recibimiento sino entusiasta, al menos bastante lisonjero para inspirarle la necesaria confianza en las disposiciones del pueblo para someterse á su gobierno. Yahiah ibn-Hammud no carecia de dotes de hombre de gobierno; así que una vez calmados los ánimos y dictadas las disposiciones convenientes para que la nueva administracion comenzase á funcionar dentro del sistema recien establecido, envió comunicaciones á todas las autoridades superiores de las provincias para que pasasen á Córdoba á prestarle juramento de obediencia. Este paso, aconsejado por la necesidad de robustecer su poder y de dar unidad de accion á su gobierno, le fué, sin embargo, fatal. Los walíes, grandes feudatarios y jeques de tribus ó se desentendieron de aquellas comunicaciones, ó si contestaron fué, los unos alegando que la distancia á que se encontraban de la capital y el mal estado de sus provincias no les permitia cumplimentar la órden que habian recibido, y los otros negándose á reconocer su autoridad.

Entre estos últimos se distinguió por lo categó-

rico de su negativa el wali de Sevilla Mohammed ibn-Ismail, quien desde mucho tiempo atrás era enemigo declarado de Yahyah. En su vista, el califa, convencido que solo por la fuerza y con la victoria podria establecer su autoridad, dispuso hacer un señalado escarmiento, y eligió para primera víctima de su justicia al walí de Sevilla, por ser el rebelde que se hallaba mas próximo á la capital. Al efecto, mandó reunir las banderas de Málaga, Sidonia y Jerez, é incorporado con ellas al frente de las tropas de Córdoba y caballeria de su guardia, marchó resueltamente sobre Sevilla. Mas ya no eran aquellos los tiempos de los temidos y respetados califas de Occidente, á cuya voz se levantaban los pueblos entusiasmados y obedientes, creyendo servir la causa de Dios combatiendo bajo las banderas de sus legitimos soberanos; ni la inobediencia de Mohammed ibn-Ismail podia reputarse en Andalucia como crimen de alta traicion, dado que Yahyah, á título de Berebere, era considerado como un intruso, un usurpador hechura del partido mas despreciable para laráncia nobleza andaluza. En tal virtud, fuéle fácil al wali de Sevilla reunir un numeroso y brillante cuerpo de ejército, con el cual salió á campaña, no bien supo que Yahyah se dirigia contra él. A los pocos dias se avistaron Sevillanos y Cordobeses en un paraje donde Mohammed supo atraer diestramente á sus contrarios. Las tropas del seudo Califa fueron gallardamente acuchilladas por los caballeros de Sevilla, y el mismo Yahyah murió lanceado en la refriega, (febrero

de 1026). El walí de Sevilla mandó cortar la cabeza al cadáver del desdichado usurpador, y la envió á la capital con la noticia de su victoria.

Al saberse en Córdoba el suceso de la muerte de Yahyah Ibn-Alí, último príncipe de la dinastía Edrisita que reinára en España, juntáronse los altos dignatarios de la córte y del imperio para providenciar en aquellas difíciles circunstancias. Tres meses duró el interregno, durante los cuales los partidos y las ambiciones no se dieron un momento de descanso en Córdoba. Al cabo de este tiempo por mayo de aquel año, á propuesta del walí Dejhwar, varon de consumada prudencia, fué proclamado Califa Hixem, hijo de Mohammed, hermano de Abderrahman IV apellidado al-Mostadhá. Hallábase el elegido retirado, huyendo de las últimas turbulencias, en la fortaleza de Albonte, (puede ser Alpuente, en el reino de Valencia) cuando le fué anunciada la nueva de su proclamacion. Recibióla mas bien como una contrariedad que como un beneficio; y asi que contestó á los enviados de Dejhwar, que agradecia con toda su alma la señalada honra que le dispensara el Divan y el pueblo de Córdoba; mas que no podia aceptarla por conceptuarla carga harto pesada para sus débiles hombros. Pasáronse muchos meses en negociaciones, hasta que al fin, vencido por las instancias con que sin cesar le asediaban, aceptó aquel trono, ya verdadera silla de espinas. Sin embargo, resuelto á diferir cuanto le fuera posible suentrada en Córdoba, nombró Hadjib á Dejhwar y le encargó el gobierno del

imperio, en tanto que él, con pretesto de hacerse digno de la confianza que le dispensara el pueblo Cordobés, reunió un ejército, á cuya cabeza marchó contra los cristianos de las fronteras de Cataluña, Castilla y Leon; los cuales á favor de las últimas guerras civiles que habian ensangrentado el imperio musulman de España, y de la cesion de territorio que en pago de sus auxilios les hicieran los pretendientes de uno y otro bando, habian estendido sus dominios muy adentro de las antiguas fronteras del Califato, al mismo tiempo que combatian sin cesar por apoderarse de nuevas poblaciones y fortalezas.

Tres años, desde principios del 1027, hasta diciembre de 1029, mantuvo el Califa Hixem III aquella guerra de fronteras, cuyos resultados fueron de poca importancia para los musulmanes, puesto que, por su parte, tuvo mas bien el carácter de defensiva que el de agresiva.

Entre tanto, la desesperada situacion de la capital y del imperio se agravaban mas y mas; era un enfermo completamente deshauciado, cuya muerte llegaba á pasos precipitados y que aceleraron los estériles triunfos obtenidos por el Califa sobre los cristianos de las fronteras, puesto que fueron causa de la ausencia y distraccion del soberano, único hombre que podia prolongar su agonía con el prestigio de sus virtudes y autoridad. Los antiguos vínculos que mantuvieran unidas las provincias á la metrópoli se iban rompiendo definitivamente; cada gobernador se habia constituido en soberano in-

dependiente en su respectiva provincia; las rentas del Estado no existian ya ni aun en guarismos, y el descontento público tocaba en los límites de la desesperacion. Así las cosas, el Hadjib Dejhwar, que con una energía, prevision y talento habia podido sostener la autoridad del Califa y una sombra de órden público en Córdoba, conociendo que sus fuerzas y recursos de gobierno estaban ya agotados y que una terrible revolucion era inminente, envió repetidas y apremiantes comunicaciones á Hixem III, presentándole bajo su verdadero aspecto el estado de los negocios públicos y rogándole se personara ejecutivamente en la capital, si no queria ver derrumbarse en una hora y para siempre el trono de sus mayores. Resolvióse Hixem al sacrificio que las circunstancias exigian de él, y abandonando el ejército de las fronteras, se presentó en Córdoba á mediados de Diciembre de 1029.

Recibióle el pueblo entre ruidosas aclamaciones, y apellidándole su salvador, le condujo en triunfo hasta el Alcázar. El prestigio de sus recientes victorias, su fama de justiciero, su notorio desinterés y las altas dotes de mando que le caracterizaban, facilitáronle los medios de poner desde luego en ejecucion importantes medidas para restablecer el órden en el gobierno de su imperio, que en realidad, estaba ya reducido á los límites de Córdoba con sus territorios. Entre otras providencias tomó la de enviar sus cartas á los walies de las provincias exigiéndoles el reconocimiento y obediencia á su autoridad. Eluden todos ellos bajo frívolos pre-

testos el cumplimiento de sus deberes; y si bien ninguno se niega á conceder al Califa su carácter de Iman, ni uno solo se aviene á reconocer su soberanía y menos á enviarle tropas ó caudales.

La cuestion, pues, tal cual quedaba planteada por los walies, era cuestion de *ser ó no ser* para Hixem III y para el Califato de Córdoba. No habiendo tiempo que perder, el soberano dispuso recurrir á la fuerza para someter á los rebeldes, dando comienzo por los mas cercanos. Al efecto envió un cuerpo de ejército á los Algarbes, donde estaban mandando las hechuras del último Califa Edrisita, Yahyah ibn-Hammed, y redujo á la obediencia los alcaides de las fortalezas de Niebla, Osonoba, Silves y otras varias. A tan mezquinas proporciones se redujo el esfuerzo de autoridad de Hixem, puesto que no le fué dado ni aun iniciar las hostilidades contra los walies de Zaragoza, Denia, Almería, Granada, Málaga, Sevilla, Carmona y Sidonia que levantaron francamente el estandarte de la rebelion.

Al cabo de dos años de guerra que solo sirvió para consolidar el poder de los walies rebeldes, Hixem se vió en la necesidad de entrar en negociaciones con ellos, á fin de conseguir por medio de la política lo que no le fué dado obtener con las armas. Tomaron pretesto los cordobeses de aquellas negociaciones para murmurar del Califa, á cuya mala estrella atribuian el malogro de la guerra. Cunde el descontento y dejenera en abierta hostilidad contra Hixem III; quien escudado con la tran-

IX.

Disolucion del Califato de Occidente.

Emiratos independientes. República musulmana de Córdoba.

No parece sino que el pueblo de Córdoba, que en los años trascurridos desde la muerte del hijo segundo de Almanzor, *Sanchuolo*, hasta el destronamiento del último Califa de la dinastía Ommiada, habia tomado á empeño borrar, en 22 años de revolucion, anarquía y desórdenes, dos siglos y medio de sin par grandeza y prosperidad debida á su cultura y notoria sensatez; no parece, sino, repetimos, que con la caida de Hixem III abrió los ojos á la luz de la razon, y se propuso enmendar sus errores, asi como desmentir el dicho de este último príncipe, que le calificó de pueblo que no sabia gobernarse ni dejarse gobernar. En efecto; en lugar de entregarse á nuevos y sangrientos disturbios para dar un sucesor al califa depuesto, y coronar una cabeza que á los pocos dias intentaria derribar, tuvo la suficiente cordura para no tratar de reconstruir un

trono que el huracan de las revoluciones habia reducido á polvo, y se dió un gobierno diametralmente opuesto al que rigiera hasta entonces entre todos los pueblos cultos de raza musulmana; si nó con el propósito de constituirlo definitivamente, dada la imposibilidad de conciliarlo con su constitucion política y religiosa, al menos como un medio de llegar sin desórdenes y violencias á la rehabilitacion del Califato en la forma tradicional en que habia subsistido hasta la muerte del ilustre Al-Hakem II.

Córdoba, pues, se constituyó en república aristocrática, por consentimiento y aclamacion de todas las clases de aquella inmensa poblacion, y confió su gobierno á una asamblea de notables, llamada *Djamaa;* especie de Senado con un presidente que ejercia á la vez el poder ejecutivo y el mando de los ejércitos con el título de *Dhu-l-wizarataini*, (generalisimo). Si acertada fué la solucion provisional que dió al pavoroso problema planteado por aquella larga y no interrumpida série de sangrientos desórdenes, no menos lo fué la eleccion que hizo de presidente del Senado en la persona de Abu-el-Huzam Djehwar ben-Mohammed, varon cuerdo y atinado que habia gobernado el derruido imperio con aplauso general durante la ausencia del último califa Hixem III.

En alas de su buen deseo y contando siempre con el Senado, á cuyas deliberaciones sometia todos los negocios del gobierno, Djehwar, no solo restableció el órden político y la seguridad individual en aquella vastísima ciudad de donde parecia haberse

desterrado completamente desde algunos años, sino que reformó la administracion económica, introdujo grandes economía en los gastos públicos, abasteció abundantemente al vecindario de Córdoba, é hizo estensivas las mejoras de su sábia y providente administracion á todos los pueblos de la provincia.

Restablecido el órden interior y funcionando ya con desembarazo el nuevo gobierno, el presidente Djehwar dirigió sus miradas con ahinco hácia lo que podemos llamar situacion general del pais. No pudiéndosele ocultar, que aflojados los lazos que mantuvieran en la subordinacion y obediencia las provincias con el poder central, á virtud de la série de revoluciones que se habian sucedido desde los últimos años de la larga minoria de Hixem II habian acabado por romperse difinitivamente con la nueva forma de gobierno establecida en Córdoba,—acontecimiento que justificaba la conducta de los walies convertidos en emires en sus respectivas provincias—de lo cual tenia que resultar indefectiblemente la ruina del imperio musulman de España por falta de medios para resistir los embates cada vez mas formidables de los cristianos, intentó reconstruir aquella unidad de gobierno y accion que veinticinco años antes hiciera tan poderoso dentro y fuera de España el Califato de Córdoba. Al efecto envió repetidas y atentas comunicaciones á los gobernadores de las provincias, no exijiéndoles, como algunos historiadores pretenden, un juramento de sumision y obediencia al gobierno central, pues el origen y naturaleza de su poder no le

daba autoridad para tanto, sino encareciéndoles la necesidad de gobernar sábia y prudentemente sus respectivas provincias en interés del bien general y de la defensa del islamismo en España, y de caminar de comun acuerdo á fin de conservar unidas todas las fuerzas vivas del imperio para resistir con éxito al enemigo de todos, que sabria aprovecharse de la discordia que los dividia para destruir á poca costa y en detal la grandiosa obra del imperio musulman de Occidente.

Mas todas sus gestiones fueron inútiles. ¿Cómo habia de obtener, el presidente de una república musulmano-aristocrática, lo que no pudieron conseguir los califas con su inmenso prestigio y poder? Asi que, los gobernadores eludieron responder categóricamente á las comunicaciones de Djehwar; distinguiéndose entre todos por lo explícito de sus negativas á reconocer la autoridad del presidente del Senado de Córdoba, los walies de Sevilla, Granada, Málaga, Badajoz, Toledo y Zaragoza.

De esta suerte, al año poco mas de la caida del último califa de la familia de Ommiada, Hixem III, que arrastró consigo al sepulcro su dinastía, el imperio que los Abderrahman habian dilatado por el Africa, y que Almanzor estendió hasta los Pirineos y el Occéano al N. y O. de la Peninsula Ibérica, se encontró reducido á las murallas de Córdoba; dado que el resto, despues de haber retrocedido otra vez hasta el Duero, se fraccionó en once estados soberanos que se gobernaban con entera independencia de Córdoba. Hélos aquí, con los nombres que les

ha conservado la historia: la república aristocrática de Córdoba, gobernada por un Senado y su presidente Djehwar; los reinos de Sevilla; Elvira, ó Granada y Jaen; Málaga; Almería; Badajoz; Murcia; Denia con las islas Baleares; Toledo; Zaragoza; Valencia y Albarracin.

Basta esta sucinta relacion de nombres para comprender desde luego la situacion en que se encontró el imperio musulman de España, precisamente en la época en que los reinos cristianos del norte del Duero y la Navarra iban á reunirse bajo una sola y poderosa mano; que á haber andado mas acertada, y á no haber participado del error político dominante todavía en Europa desde la caida del imperio Romano, hubiera puesto término en el siglo onceno á la dominacion de los árabes, y hubiese hecho imposible la de los moros en Andalucía.

Por efecto de uno de esos fenómenos no muy frecuentes en el órden natural de las cosas, aquella situacion tan ocasionada á producir un desquiciamiento politico y social, solo en el primer concepto dió sus legitimas consecuencias, en tanto que en el segundo fué altamente favorable al desarrollo de otro linaje de intereses. Es así, que en tanto que los estímulos de la ambicion, la impaciencia por asegurar una soberanía independiente y el afan de supremacía entre los gobernadores convertidos en emires, produjo un sin número de rivalidades, celos, alianzas y guerras, consecuencias inevitables de aquel régimen aristocrático, que hizo llover sobre Andalucía todo género de calamidades públicas; las

ciencias, la literatura y las artes musulmanas no solo se mantuvieron á la altura en que las pusieron los ilustrados Abderrahman III y Al-Hakem II, sinó que llegaron á su apogeo; del cual muy luego comenzaron á descender, cuando los feroces y fanáticos emires Almoravides sustituyeron en Andalucía á los cultos y tolerantes emires Árabes.

«Poco tiempo despues, dice el sábio Dozy, de la muerte de Almanzor, vemos á la aristocracia levantarse mas pujante y vigorosa que nunca. El trono de los Califas que aquel grande (funesto) hombre habia minado por su base vacilaba sobre sus cimientos, y la aristocracia (su enemiga de siempre) aprovechando la debilidad de aquellos soberanos sin prestigio ni poder, se negó á obedecerles y erigió los paises que gobernaba en Estados independientes. A partir de aquel dia, la nobleza se constituyó francamente en protectora de los *libres pensadores*. Un autor contemporáneo, Ibn-Zair de Toledo, dice: «Despues de la caida de los Ommiadas, fué posible cultivar con inusitado ardor el estudio de las ciencias especulativas (literalmente, *de la ciencia antigua*, la de los Griegos y de los Romanos,) las capitales de los reyes de las pequeñas dinastías se hicieron poco á poco grandes ciudades (donde se cultivaban las ciencias) y hoy en dia, á Dios gracias, la condicion de la ciencia es mejor de lo que nunca lo ha sido en España, puesto que se toleran las ciencias especulativas, y nadie intenta ya poner obstáculos á los que las cultivan.» (Traduccion de Dozy.) Hé aquí, pues, un testimonio fehaciente, que prueba como en el

siglo v de la Hegira (xi de J. C.) en España y sobre todo en Andalucía se cultivaron las ciencias especulativas con mas entusiasmo que nunca. Y, todavia mas; algunos sábios y no pocos príncipes, atacaron audazmente con burlas y amargas ironías los dogmas del Islamismo.

En cuanto á la literatura no podia subsistir sin la proteccion y el estímulo de los nobles. Entre los Árabes, como en los demás pueblos, la primera necesidad del literato era el vivir. No habiéndose inventado todavía la imprenta, los manuscritos solo se reproducian á costa de una enorme pérdida de tiempo, y por consiguiente, la venta de sus obras producia muy poco á los autores; empero en todos tiempos, los nobles amigos de las letras, recompensaron generosamente á los literatos que les dedicaban sus obras; y este rasgo característico de la aristocrácia musulmana salvó las ciencias y la literatura en España del naufrajio en que quedaron sepultadas en el resto de Europa. Los nobles, pues, y los príncipes de las pequeñas dinastias españolas, tomando por modelo á los soberanos de Oriente y á los Califas de Córdoba, señalaron pensiones á los sábios y literatos que vivian en sus respectivas cortes, convirtiéndolas en verdaderas academias del saber. Un Soberano, por muy ilustrado, poderoso y opulento que fuera, no podia hacer él solo, en beneficio de las letras, tanto como hicieron aquellos numerosos príncipes independientes, que premiaban y recompensaban á cual mas á los poetas, filósofos, filólogos, naturalistas, médicos, matemáticos

y astrónomos que se ponian bajo su proteccion.

Hé aqui, descrita en grandes pero espresivos rasgos la situacion de Andalucía en los primeros años que sucedieron á la desmembracion del Califato de Córdoba: la guerra civil con todos sus horrores en los campos; las intrigas, las luchas de bastardas ambiciones en los divanes (gabinetes) de cada uno de aquellos pequeños soberanos, y las córtes de estos ilustrados principes convertidas en otros tantos templos donde se rendia culto al saber.

Desgraciadamente aquellos templos se vieron muy luego convertidos en ruinas, entre cuyos escombros quedó sepultada por espacio de tres siglos la antorcha del saber que durante los cuatro precedentes habia iluminado el suelo andaluz y difundido su viva claridad por todo el mundo entonces conocido.

Para mayor claridad y consecuentes con el órden que nos hemos propuesto seguir en el curso de nuestra historia, vamos á hacer una breve escursion por los reinos cristianos del Norte del Duero, visto que, á partir de la época que venimos historiando, la guerra entre las dos razas que se disputan el suelo de España toma una nueva faz, cambia de carácter y se convierte por parte de los cristianos en ofensiva de defensiva que vino siendo hasta entonces. Este cambio fué demasiado importante para que despues de haber expuesto la parte

que en él tuvieron los Andaluces dejemos de espresar la que les cupo á los Leoneses y Castellanos.

Dijimos en la pájina 175, con referencia al célebre historiador arábigo Ibn-Khaldun, que por los años de 1008, muerto el conde de Galicia, Menendo Gonzalez, regente durante la minoría del hijo de Bermudo el Gotoso, los grandes del reino anticiparon la mayoría de Alfonso, que comenzó á reinar con el número cinco en la série de los reyes de aquel nombre. Desde aquella fecha hasta 1020, Alfonso V solo se ocupó en reparar y fundar iglesias y monasterios, en dotarlos de rentas y hacerles cuantiosas donaciones, y en devolver á Leon parte de la antigua grandeza y esplendor de que las armas de los musulmanes le habian despojado en repetidos sitios y saqueos. En esta ciudad y en la fecha antes citada, congregó el célebre concilio llamado de Leon, que fué la mas importante de las asambleas reunidas en la época de la reconquista, y la que mas influjo ejerció en la reorganizacion política y civil de España. Este memorable concilio y los fueros y cartas-pueblas que concedió al reino, le hicieron acreedor al nombre de *el rey de los buenos fueros*, con que le enaltece la historia. Pocos años despues, en mayo de 1027, Alfonso V de Leon murió en el cerco de Viseo, en Lusitania, herido por una flecha lanzada de lo alto de una torre. Habia reinado 28 años, y dejó dos hijos jóvenes, Bermudo y Sancha, que reinaron despues.

De la paz y prosperidad que disfrutó el reino de Leon en tiempo de Alfonso V, participó el condado

de Castilla, cuyo soberano, Sancho, dilató considerablemente las fronteras de sus estados á beneficio de los auxilios que prestara á los Califas de Córdoba, en el curso de sus no interrumpidas guerras civiles. Distinguióse, además, este soberano, en haber precedido al monarca Leonés en la concesion de fueros y cartas-pueblas, mereciendo tambien de la posteridad, por su carácter justiciero y organizador el dictado de *Sancho el de los buenos fueros*. Murió Sancho en 1021, dejando por sucesor en el condado, á su hijo Garcia, muy jóven aun, puesto que habia nacido el mismo año que su padre entró en Córdoba á titulo de aliado de Solaiman.

De la misma manera procedia á la sazon en sus estados de Navarra Sancho el *Mayor*, á quien, con solo que nos hubiera quedado su célebre Fuero de Nájera, tendriamos que llamar gran principe.

Hé aquí como en tanto que el espléndido Califato de Córdoba se derrumbaba, no bajo el peso de una grandeza superior á sus fuerzas ni empujado por las armas de un conquistador afortunado, sino falto de espacio y de atmósfera que respirar, encerrado, é inmóvil como se encontraba dentro del estrecho circulo de hierro que le trazaba su constitucion política, inmutable y en tal virtud opuesta á todo progreso, y dentro de lo absurdo de su constitucion religiosa aun mas estacionaria que la primera, los reinos cristianos de Leon, Castilla y Navarra se robustecian y consolidaban, no á impulso de las victorias de sus armas, ni á resultas de la debilidad en que habia caido el enemigo comun, sino á

beneficio del rápido progreso de las *nuevas ideas políticas* que jerminaban en la mente de sus monarcas, de sus obispos, de sus hombres de Estado y lejisladores, que con aquellas franquicias y derechos contenidos en los fueros y cartas-pueblas concedidos á los pueblos, echaban los cimientos del edificio de la libertad; y despojando, ó despojándose de una parte de las atribuciones que los códigos antiguos y la tradicion concedian á la dignidad real, llamaban á los pueblos á compartir con el trono la facultad de gobernar la nacion. Es decir, allí estancamiento politico-religioso que anonada la inteligencia y aniquila todas las fuerzas de la sociedad; aquí el progreso ordenado y santo que redobla la actividad moral y material del hombre y de la sociedad. Allí el Corán y la Sunna se conservan todavía al cabo de mas de cuatrocientos años como salieron de las manos de Mahoma y de aquellos de sus discípulos que recojieron y escribieron sus dichos y hechos; aquí el *Fuero de Leon* que fué un progreso en el órden de la libertad de los pueblos sobre el *Fuero Juzgo*, y los *Fueros particulares y cartas-pueblas*, que fueron el noble orígen de las libertades municipales de Castilla, y el de las *Behetrias*, ó pequeñas repúblicas, con derecho propio y libertad ilimitada fundadas en medio de la monarquía.

En 1028, Bermudo III, hijo y sucesor de Alfonso V, se unió en matrimonio con la hermana de García II hijo de Sancho. Otra hermana del conde de Castilla estaba casada con Sancho de Navarra; de manera que los tres soberanos de Leon, Castilla

y Navarra estaban emparentados en igual grado de afinidad.

Con objeto de estrechar mas estos lazos, se concertó el matrimonio de García II con Sancha la hermana de Bermudo III. Ajustadas las capitulaciones, García pasó á Leon para unirse á su prometida (1029). Mas á los pocos dias de su llegada á aquella ciudad, fué asesinado traidora y alevosamente en las mismas puertas del templo de San Juan Bautista, por los Velas, nobles castellanos é implacables enemigos de los condes de Castilla desde el tiempo de Fernan Gonzalez, que habian sido desterrados de sus estados hácia los años 1017 por el conde soberano Sancho.

Con la muerte de García II terminó la línea masculina de la estirpe de Fernan Gonzalez, y solo quedaron dos princesas casada la una con Bermudo III de Leon, y la otra con Sancho el Grande de Navarra. Asi, pues, el condado de Castilla quedó expuesto á las pretensiones de dos monarcas igualmente fuertes para defender su derecho. Anticipóse el navarro penetrando con un poderoso ejército en Castilla, donde muy luego quedó reconocido por los pueblos y la nobleza como conde soberano de aquellos estados.

De esta manera Sancho de Navarra se hizo el mas poderoso de los reyes cristianos de la Península. La facilidad con que habia acrecentado su reino, y la corta edad del príncipe que ocupaba el trono de Leon, estimularon su afan de engrandecimiento á espensas de Bermudo III. La casualidad

favoreció sus intentos, y tomando pretesto de un liviano accidente, le declaró la guerra. Esta no tuvo, por el pronto, fatales consecuencias, á beneficio de la oportuna intervencion de los obispos de ambos reinos, que en el momento de llegar los dos reyes á las manos lograron hacerles suscribir un tratado de paz sobre la base del casamiento de la infanta Sancha hermana de Bermudo III, antes prometida esposa del malogrado García de Castilla, con el príncipe Fernando hijo segundo de Sancho de Navarra, á quien el de Leon concedió la soberanía independiente de aquellos estados con el título de rey de Castilla (1032.)

En el año siguiente Sancho el Grande, bajo un nuevo y frívolo pretesto volvió á llevar sus armas al territorio Leonés. Apoderóse de Astorga, y se erigió en Soberano de Leon, Astúrias y el Vierzo hasta las fronteras de Galicia, donde se refujió Bermúdo. De esta manera, es decir, usando del derecho del mas fuerte, Sancho el Grande de Navarra se encontró soberano del mas vasto imperio de la España cristiana, puesto que se estendia desde mas allá de los Pirineos hasta las fronteras de Galicia, entre el Occéano y el Duero.

Pocos años despues, en febrero de 1035, murió Sancho el Grande, dejando repartido aquel reino tan trabajosamente unificado, entre sus cuatro hijos en la forma siguiente: al mayor, García, la Navarra; á Fernando el condado de Castilla con la parte conquitada sobre el reino de Leon; á Ramiro, los estados de Aragon, y á Gonzalo el señorío de

Sobrarve y Ribagorza. Este funesto error político que retardó algunos siglos la ejecucion de la grandiosa obra de la unidad española, fué, como dejamos dicho anteriormente, la enfermedad de que adolecieron todos los grandes hombres que se educaron en las tradiciones del imperio romano. Por huir de un estremo vicioso cayeron en otro que lo fué mas; á una unidad virtualmente insostenible cuando se estiende mas allá de los límites que marcan la razon y la posibilidad de hacer llegar con eficacia la accion del poder central á todos los estados ó provincias del imperio, opusieron la division, el fraccionamiento que empequeñece las naciones y es fuente perenne de celos, envidias, ambiciones y guerras civiles, que solo terminan bajo la planta de un conquistador que reconstituye la unidad racional.

Esto fué lo que aconteció en la España cristiana á la raiz de la muerte de Sancho el Grande. Ramiro de Aragon descontento con el lote que le habia tocado en la particion hecha por su padre, movió guerra, infructuosamente para él, á su hermano García de Navarra, en tanto que Ramiro III, reinstalábase en Leon y se disponia á recuperar todos los Estados que heredara de sus mayores de los que la despojara Sancho de Navarra. En vista de la tormenta próxima á estallar sobre su cabeza, Fernando, rey de Castilla llamó en su auxilio á su hermano García de Navarra, y juntos derrotaron en el valle de Tamaron al ejército Leonés, que dejó á su rey Bermudo muerto sobre el campo de batalla (1037.)

En aquella funesta jornada quedó estinguida, con la muerte de Bermudo III, la línea masculina de los reyes de Asturias y Leon, que se remontaba hasta Pelayo y se enlazaba con los antiguos monarcas godos; y vinieron á reunirse las coronas de Castilla y Leon en la frente de un príncipe navarro, hijo de doña Mayor, hija del conde de Castilla, y marido de doña Sancha, hermana de Bermudo III.

Tenemos, pues, que en tanto que por un *accidente ú cosa*, como dice el padre Mariana hablando del suceso, los estados cristianos del Norte del Duero tendian á su definitiva unificacion, y se organizaban política y civilmente á beneficio de los Fueros y Cartas-pueblas, bajo una nueva constitucion liberal, el imperio árabe de España se fraccionaba y disolvía para siempre, aferrándose cada vez mas y mas en su constitucion estacionaria y en el respeto al absolutismo de un sin número de reyezuelos que se habian hecho independientes para hacer irresponsable é inviolable su tiránico despotismo.

Terminada esta breve reseña de la situacion de los estados cristianos defendidos por el Duero, reseña que hemos creido indispensable para que se comprenda sin trabajo, como en el trascurso de poco mas de medio siglo los reyes de Leon, que habian pagado tributo hasta por sus Estados de Galicia al Califa de Córdoba en los tiempos de Almanzor y de su primogenito, lograron hacer tributario

de su corona al mas poderoso de los emires musulmano-andaluces, volvemos á reanudar el hilo de nuestra interrumpida historia de Andalucía.

Entre los walies de Andalucia que se habian declarado francamente independientes en las provincias de su respectivo mando, á la caida del último Califa de la dinastía Ommiada, el mas poderoso por su saber, inmensas riquezas, y la estension del territorio de su gobierno fué el de Sevilla, Mohamed ben-Ismayl, apellidado Abu-l-Kasem, de la alcurnia de los Beni Abed. Hombre astuto, hábil político y esforzado caballero, Mohamed Ben-Abed, fué tambien de los primeros gobernadores que se negaron á reconocer esplícita ó implícitamente la hejemonia que se quiso atribuir el Senado y la ciudad de Córdoba, como resto de su antigua soberanía y poder; dado que el reconocimiento de aquella preeminencia envolvia la obligacion de someter todo acto político al arbitraje del Senado y del presidente de la república cordobesa; y Mohamed abrigaba planes demasiado ambiciosos, para sujetarse á la autoridad del presidente de una república perecedera, él que aspiraba á la herencia de los califas de Occidente. Así es que en cuanto vió afirmado su poder con la impotencia en que la defeccion de todos los walies habia reducido el gobierno de la antigua capital de los Califas españoles, dió rienda suelta á su afan de engrandecimiento territorial, y comenzó, bajo un liviano pretesto, por sitiar la importante plaza de Carmona, (1034) que le abria el camino de Córdoba objeto de su desmedida ambi-

cion. El Señor, ó pequeño emir independiente de aquella ciudad, Mohamed ben-Abdallah, viéndose estrechamente bloqueado y en la imposibilidad de prolongar la resistencia, abandonó en secreto la plaza, y seguido de una reducida escolta de ginetes acudió en demanda de auxilio á los Emires de Málaga y Granada. Estos, á quienes no podia menos de hacerse sospechoso para su propia seguridad, el proceder del Emir de Sevilla, se apresuraron á auxiliar al de Carmona; el primero facilitándole un numeroso ejército al mando de su wazir, y el segundo acudiendo personalmente en su socorro con un brillante cuerpo de caballeria.

Noticioso Ebn-Abed, de la marcha de los aliados, envió contra ellos á su hijo Ismail con un ejército que en el primer encuentro fué completamente derrotado perdiendo su caudillo, cuya cabeza fué remitida, cual trofeo de victoria, al emir de Málaga. Grande fué la afliccion y el sobresalto del de Sevilla recelando que de aquel suceso tomase ocasion el presidente Djehwar para vengarse de él formando liga con los tres emires que se habian aliado para combatirle. A fin de dar alguna apariencia de razon y justicia á su causa, que pretendia hacer pasar por la de todo el pueblo musulman de España, ideó la peregrina ocurrencia de suponer reaparecido en tierras de Calatrava al difunto califa Hixem II, á quien segun dijo, mantenia oculto en su propio alcázar hasta el momento en que pudiera restablecerle en el trono de sus mayores. Para dar mas colorido á tan grosera impostura, comunicó oficialmente á los

walies de las principales ciudades de España y de África la reaparicion de Hixem, é hizo acuñar moneda en Sevilla con el nombre del Califa (1036.)

Entre tanto el ejército aliado de Málaga, Granada y Carmona habia establecido su campamento en Alcalá del Rio á dos leguas de Sevilla, desde dónde inquietaba sin cesar la ciudad y su término, llegando frecuentemente sus algaradas hasta penetrar en el mismo arrabal de Triana. Ebn-Abed, reunió un poderoso ejército, con el cual merced á la superioridad de su caballería, derrotó en campal refriega el de los emires aliados y los espulsó definitivamente de sus dominios.

El año 1039, falleció El-Edris ben-Aly, emir de Málaga, y le sucedió su hijo Yahya ben-Edris. Llegada la noticia de estos dos sucesos á Ceuta, el eslavo Nahjah, gobernador de aquella plaza, cruzó el estrecho acaudillando una numerosa hueste de africanos con el propósito de coronar en Málaga al jóven Hasan ben-Yahya su pupilo, á cuya sombra se proponia mandar en aquel emirato y en el de Ceuta. De esto resultó una porfiada guerra civil, en la que el nuevo emir de Málaga quedó vencedor, merced á los auxilios que le prestó su pariente Mohammed ben-Kasim, emir de Aljeciras, y á la desastrosa muerte del ambicioso Nahjah.

Estos dos episodios que acabamos de relatar en términos tan concisos, suministran una elocuente prueba de la situacion en que se encontró Andalucía desde los primeros dias de la disolucion del Califato de Córdoba; subdividida, vejada y tiranizada por

cien reyezuelos que aspiraban á ensanchar el menguado territorio de sus dominios, á espensas del de sus vecinos. En vano el presidente de la república de Córdoba se esforzaba en atajar con sus consejos y ejemplo los bandos y las discordias que ponian en peligro inminente la existencia de la raza musulmana en Andalucía; hasta que cansado de ver desatendidas sus patrióticas amonestaciones resolvió acudir á las armas para hacerlas respetar. Al efecto dispuso dar comienzo á las operaciones por aquellos emires rebeldes á sus consejos, cuya vecindad y falta de medios de resistencia le permitia esperar una pronta y fácil victoria. Fué el primero en esperimentar el rigor de las armas cordobesas el pequeño emir de Santa María de Oriente (territorio de Ebn-Razin, *Albarracin*) quien viéndose en la imposibilidad de hacer frente á las tropas del Presidente Djehwar, imploró el auxilio de su vecino el poderoso emir de Toledo, Ismayl ben-Dzy el-Nun. Dióselo con tanta prontitud y eficacia que los de Córdoba perdieron en pocos dias todos los pueblos y territorios de que se habian apoderado al principio de la campaña.

En 1042, falleció el poderoso emir de Sevilla, Mohammed Ebn-Abed, dejando á su hijo y sucesor, Abed apellidado al-Motadhid, un Estado el mas importante y de mayor representacion entre todos los que se formaron con las ruinas del Califato de Córdoba. Fué al-Motadhid, príncipe de buen injenio y arrogante presencia; pero cruel, sensual y motejado de impio y poco guardador de la ley del Corán.

No bien se hizo cargo del gobierno de Sevilla, renovó la guerra contra el emir de Carmona, que habia vuelto á recuperar sus estados, y contra los de Málaga y Granada que continuaban amparando el derecho de aquel.

El año 1044, falleció en Córdoba el Presidente Djehwar, llorado por todos los súbditos de aquella república á la que tantos años de paz y prosperidad habia proporcionado con su celo, prudencia é imparcial justicia. El Senado y pueblo de Córdoba agradecidos, elijieron Presidente á su hijo Mohammed ben-Djehwar, varon discreto y virtuoso digno heredero de su padre. El primer acto de su administracion fué pedir al Senado autorizacion, que le fué concedida, para negociar un tratado de paz con el emir de Toledo. Dzy-el-Nun, contestó con altaneria á sus proposiciones, en vista de lo cual ben-Djehwar encargó á su hijo Walid, y al caudillo Hariz, caide de la raya de Calatrava, que entrasen en son de guerra las tierras del emirato de Toledo. (1045.)

Entretanto al-Motadhid de Sevilla y los emires de Málaga, Granada y Carmona continuaban guerreando, tomando pueblos, talando campiñas y robando ganados. El primero supo ganar á su partido al emir de Algeciras Mohammed ben-Kasim, quien sin tener en cuenta los lazos de parentesco que le unian á Edris II de Málaga, por servir los intereses de al-Mortadhid y satisfacer su propia ambicion, acometió la capital del Edrisita y se apoderó de su trono. Mas el pueblo de Málaga se sublevó en favor

de su lejítimo soberano, venció las tropas de Mohammed y se apoderó del usurpador. Edris tuvo la generosidad de perdonarle y le desterró á Larache.

Mas afortunadas las armas del presidente ben-Djehwar que las de su padre en la guerra contra el emir de Toledo, combatiéronle con tanto acierto que le obligaron á ajustar tréguas con los cristianos de Castilla y Leon, y á pedir auxilio á sus aliados los emires de Valencia y de Cuenca, así como á todos los caudillos y caides de su emirato para rechazar á los cordobeses. Hízolo con tanta fortuna, que no solo logró espulsarlos de su territorio, sino que entró con grande ejército en tierras de Córdoba, y se apoderó de muchos pueblos y fortalezas de la raya. En su vista ben-Djehwar envió un mensaje á los emires de Sevilla y de Badajoz proponiéndoles una triple alianza para resistir las ambiciosas pretensiones de Dzy-el-Nun de Toledo, que amenazaba la seguridad é independencia de todos los estados soberanos de Andalucía. Tuvieron sus gestiones diplomáticas un éxito favorable, puesto que se firmó en Sevilla la propuesta alianza entre los emires de esta ciudad, de Badajoz, y el presidente del Senado de Córdoba, bajo las bases de auxiliarse mútuamente en la defensa de su respectivo territorio, y de no inmiscuirse en los asuntos interiores de cada Estado (1051). En conformidad á lo pactado, al-Motadhid de Sevilla envió á Córdoba un cuerpo de quinientos ginetes al mando de su general ben-Omar de Oksonoba, y otro semejante, el de Badajoz, Mohammed al-Modhaffar.

Esta alianza no distrajo de sus planes al ambicioso emir de Sevilla, que continuó combatiendo sin trégua, ya al emir de Carmona, de cuya plaza se apoderó definitivamente, ya al de Málaga, que acudiera á la defensa de Abdallah, ya, en fin, al de Granada en cuyo emirato fomentaba la discordia civil (1052).

Dejemos por un momento, puesto que así cumple al órden y claridad de la historia, entregada Andalucía á las calamidades sin cuento de la guerra civil que asola sus fértiles comarcas; y dirijamos una mirada sobre el reino cristiano del Norte del Duero, cuyos soberanos vamos á ver muy luego arrojar su espada en la balanza donde se pesan los destinos de la España musulmana meridional. Cercano el dia en que la Cruz de Covadonga va á salvar los montes Marianos y á atravesar, no en son de guerra todavía, sino en son de anuncio de su definitivo triunfo sobre el estandarte musulman, la Andalucía toda hasta el Estrecho, en cuyas aguas lavára sus cascos el caballo del sexto Alfonso, forzoso no es hacer una breve narracion de los sucesos que precedieron aquel memorable acontecimiento.

Dejamos, en la página 238 sentado en el trono de Castilla y Leon á Fernando, hijo segundo de Sancho el Mayor de Navarra, despues de la muerte de Bermudo III acontecida en la batalla del valle de Tamaron. Los primeros años del reinado de aquel gran monarca transcurrieron para él entre los afanes del gobierno de sus vastos Estados, los disturbios interiores, que así allende como aquende el

Duero ênsangrentaban al país, y los cuidados, en lo cual Fernando se mostró muy solícito, de la educacion de sus hijos; hasta que á resultas de la batalla de Atapuerca, (1054) donde quedó vencido y muerto el rey de Navarra Garcia, hermano del de Leon, pudo este dar por terminadas todas las disensiones intestinas que habian hecho imposible el establecimiento de la paz interior en su reino, y entregarse desahogadamente al penoso trabajo de la reconquista obedeciendo á los impulsos de su gran corazon. Así que, en la primavera del año siguiente (1055) abrió la campaña contra los musulmanes, penetrando por las cercanías de Almeida en Lusitania, donde se apoderó por asalto, de la importante fortaleza de Sena, hoy Cea. En la del inmediato (1056) renovó su militar espedicion y tomó á Viseo; en la de 1057, la inespugnable fortaleza de Lamego, cuyos recios murallones resistieron largo tiempo al formidable tren de máquinas de batir con que abrió anchas brechas en ellos, y, por último, en 1058, rindió la ciudad de Coimbra despues de seis meses de asedio. Con aquellas cuatro venturosas campañas arrebató definitivamente al poder de los musulmanes toda la parte superior de la Lusitania lindante con Galicia, y lanzó sus banderas allende el rio Mondego (monje de Silos.)

En alas de su entusiasmo religioso y guerrero, el ínclito Fernando no quiso dar un momento de reposo á los musulmanes; y en el año 1059, abrió la campaña contra los que poblaban las fronteras del Duero. Caminando de victoria en victoria, y sin

sufrir un sólo revés, se apoderó de San Estéban de Gormaz, Valde Rey, Berlanga, Aguilera, del castillo de San Yuste, del de Guermos, en suma, de cuantos pueblos, castillos y atalayas encontró en poder de los musulmanes. En la primavera inmediata, traspuso á Somo-Sierra, hizo tributaria la floreciente ciudad de Talamanca; se apoderó de Alcolea, Madrid, Guadalajara y llegó delante de la antigua Compluto, que á la sazon comenzaba á llamarse Alcalá de Henares. Cercó estrechamente esta plaza, y ya tenia abierta brecha en sus muros cuando llegó á los reales cristianos el emir de Toledo, quien con riquísimos presentes y ofrecimientos de alianza, recabó de Fernando que levantase el sitio de Alcalá.

No fué tanto cediendo al natural temor que el progreso de las armas cristianas debia inspirarle, lo que movió al emir de Toledo á solicitar la paz del rey de Castilla y Leon, cuanto por que comprometidas sus armas en la guerra contra los cordobeses no le era posible sostenerla contra dos formidables enemigos á la vez. En efecto, no bien hubo ajustado treguas con Fernando, el emir de Toledo entró al frente de un numeroso ejército en los Estados de Córdoba, donde despues de varios encuentros favorables para sus armas, derrotó en batalla campal el ejército aliado de Córdoba, Sevilla y Badajoz. Los vencedores siguieron el alcance de los vencidos hasta las cercanías de Córdoba, cuyos habitantes se llenaron de conternacion, presintiendo que los toledanos intentarian combatir la ciudad, precisamen-

te en los momentos en que una grave enfermedad tenia postrado en cama al Presidente ben-Djehwar, y cuando carecian de tropas para su defensa. En vista de lo apurado de la situacion el Senado de Córdoba recurrió al emir de Sevilla exijiéndole, en cumplimiento deltratado de la triple alianza, que acudiese en su auxilio. Hizolo así al Motadhid enviando un numeroso cuerpo de ejército á las órdenes de su hijo Mohammed, para reforzar la division de caballería que acaudillada por su general Omar habia combatido al lado de los cordobeses desde el comienzo de la campaña. Cuando llegaron las tropas sevillanas, el ejército de Dzy-el-Nun tenia ya estrechamente bloqueada la plaza. Los auxiliares acamparon á la vista del enemigo; y sin darse mas descanso que el de una noche durante la cual el general Omar hizo sus preparativos y dió secretas instrucciones á los capitanes de su hueste, atacó á los sitiadores al amanecer del siguiente dia, y les obligó á levantar el cerco, despues de haberlos derrotado en campal refriega que duró hasta la puesta del sol. Pronunciados los toledanos en desordenada fuga, el ejército aliado les fué á los alcances; mas en tanto que la caballería cordobesa y la de Badajoz perseguian á los fugitivos, Omar con sus tropas dió frente á retaguardia y se dirigió al galope de sus escuadrones sobre Córdoba, de cuyas puertas, murallas, torres y defensas se apoderó ejecutivamente, así como del alcázar donde yacia moribundo el Presidente Djehwar.

Cuando los cordobeses vueltos del alcance de los

Toledanos se encontraron con que sus auxiliares de Sevilla, dueños de todas las entradas de la ciudad, les cerraban el paso y los rodearon intimándoles la entrega de sus armas y caballos, contestaron arremetiendo desesperadamente á sus fementidos aliados; empero combatidos por fuerzas superiores y ventajosamente situadas, tuvieron al fin que rendirse y sufrir la dura ley que al pérfido vencedor le plugo imponerles. De esta manera el aleve general Omar, ó por mejor decir, el emir de Sevilla, al-Motadhid, cuyas órdenes obedecia aquel, se apoderó de Córdoba, sin encontrar resistencia por parte de su inconstante vecindario, que justificó plenamente en esta ocasion el dicho del último Califa Ommiada, Hixem III; puesto que se dejó arrebatar, sin alzar siquiera la voz en su defensa, el gobierno que se habia dado, y con él los únicos años de paz, abundancia y prosperidad que habia disfrutado desde la muerte del hijo mayor de Almanzor.

El presidente ben-Djehwar sobrevivió pocos dias á la destruccion de la república que las virtudes y el desinterés de su padre habian fundado. El pueblo no lloró su muerte, distraido en los festejos públicos que decretó el emir de Sevilla para solemnizar su fácil conquista; y eso que á partir de aquel dia, Córdoba, la espléndida capital del imperio musulman de Occidente, la Atenas de Europa en la Edad Media, la ciudad mas vasta, rica y populosa del mundo se vió convertida en un pueblo de segundo órden, y tuvo que sufrir la supremacía de

Sevilla, cuyo engrandecimiento caminaba en proporcion de la decadencia de su antigua metrópoli.

A tan deplorable estremo redujeron á esta insigne ciudad las luchas de los partidos Amerida y Africano, la política de Almanzor, y las ambiciones de los grandes que sacrificaron la unidad del imperio á sus bastardas miras de engrandecimiento personal.

X.

INVASION DE ANDALUCÍA POR LOS ALMORAVIDES.

No mucho tiempo pudo gozar en paz al-Motadhid el fruto de su negra perfedia. Aquel mismo año el rey de Castilla y Leon, Fernando el Grande, que se habia propuesto por modelo al gran capitan Almanzor, en esto de señalar cada uno de los años de su reinado con una campaña contra los enemigos de su fé—si bien el católico rey obraba á impulsos de un sentimiento mas patriótico y levantado que el terrible *Hadjib* de Hixem II—convocó á los obispos, ricos-hombres y grandes vasallos de su corona para llevar la guerra á los Estados del emir de Sevilla; de la misma manera que en los anteriores la habia llevado á los de la Lusitania y del emir de Toledo. En esta campaña como en todas las anteriores la victoria acompañó por do quiera las armas cristianas, que penetraron en Andalucia por Estre-

madura, ó sea por la parte de la Lusitania que cae al sur del Mondego, y llegaron hasta el territorio del emir de Sevilla. Sobresaltado al-Motadhid con aquella impetuosa invasion que no podia rechazar y que amenazaba llegar en horas sobre los mismos muros de Sevilla, pidió la paz á Fernando el Grande ofreciéndole una cuantiosa indemnizacion de guerra. Concediósela el monarca cristiano, mas impuso por condicion que le fuera entregado el cuerpo de Sta. Justa, mártir de la persecucion romana en tiempo de Diocleciano. Avínose á ello al-Motadhid, gozoso de conjurar á tan poca costa la tormenta que amenazaba descargar sobre sus Estados; empero no fué posible, por mas diligencias que se hizo, dar con las reliquias de la Santa; en cambio de las cuales Fernando pidió y obtuvo el cuerpo de S. Isidoro de Sevilla, aquella lumbrera la mas esclarecida de la Iglesia hispano-goda, que fué conducido á Leon y depositado en la iglesia de S. Juan Bautista, que desde aquel dia tomó el nombre y la advocacion de aquel Santo. (1063.)

Dos años despues, en 1065, falleció Fernando I el Magno, en cuyo glorioso reinado, Castilla y Leon adquirieron la preponderacia que los constituyó en los Estados mas poderosos de la España cristiana, á partir del siglo xi. Sin embargo; ni aquella grandeza, ni la ruina que ocasionó al imperio musulman la desmembracion del Califato de Córdoba, ni el ejemplo reciente de la funesta particion hecha por su padre Sancho el Mayor de Navarra, fueron enseñanza bastante para Fernando I; que aquejado de

la misma enfermedad de que adolecieron todos los grandes monarcas de aquellos siglos, cometió el error de romper de nuevo la unidad del reino cristiano tan laboriosamente realizada, repartiéndolo entre sus hijos. En tal virtud, dejó á Alfonso los Estados de Leon; á Sancho los de Castilla; á Garcia la Galicia, y á sus hijas Urraca y Elvira las ciudades de Zamora y Toro. Esta funesta particion, consecuencia precisa de no existir ley alguna de primogenitura para la sucesion al trono, en unos tiempos en que solo á beneficio de ella podia constituirse la nacionalidad española en condiciones para espulsar en poco tiempo y definitivamente la raza musulmana de la Peninsula, dilató muchos siglos todavia la obra de la reconquista; fué orígen de guerras civiles enconadas y sangrientas entre todos los hijos de Fernando, y costó á España veintiun años despues, el mar de sangre cristiana que inundó los campos de Zalaca.

Entre tanto, el poderoso emir de Sevilla, aprovechando de un lado la paz estipulada con los cristianos de allende el Duero, y del otro la debilidad y anarquía en que vivian la mayor parte de los Estados musulmanes de Andalucia erigidos en pequeñas soberanías independientes, continuaba engrandeciéndose á espensas de sus émulos y rivales, y tal vez acariciando el magnífico proyecto de reconstruir el Califato de Occidente en provecho de su propia familia y de Sevilla, que parecia llamada á heredar la fama y prosperidad de la que fué opulenta córte de la dinastía Ommiada. Así es, que en

los años de 1067 y 68, el ambicioso al-Motadhid, se veia dueño de Sevilla, Córdoba, Carmona y de todos los estados de la provincia de Huelva, y guerreando venturosamente contra los emires de Málaga, Granada y Ecija.

En medio de su prosperidad vino á sorprenderle la muerte, en el mes de abril de 1069, á la edad de 57 años, habiendo reinado 28. Sucedióle su hijo Abu el-Kasem Mohammed, que tomó el dictado de El-Muwayad Billa (el apadrinado de Alá). El nuevo émir, jóven espléndido y valeroso, notable protector de las ciencias y de las letras, dió, sin embargo, motivo á las murmuraciones de los austeros muslimes por el trato frecuente é íntimo que mantenia con los doctos literatos cristianos y judios á quienes reunia en tertulia en su alcázar. No entibió el amor á las letras el ardor guerrero y la ambicion que heredara de su padre. Así es, que en los primeros meses de su proclamacion, marchó al frente de un brillante cuerpo de ejército contra los emires de Granada y Málaga que le disputaban, como disputaran á su padre, al-Motadhid, la supremacía que ejercia sobre todos los emires soberanos de Andalucia, desde la caida del Califato de Córdoba.

Embargado se hallaba Ebn-Abed en la guerra contra sus dos rivales, cuando tuvo noticia de que el emir de Toledo, Dzy-el-Nun, ansiando desagraviar sus armas de la derrota que sufrieron delante de los muros de Córdoba, en 1060, y juzgando la ocasion oportuna con la muerte de al-Motadhid,

habia entrado con las banderas de Toledo, Valencia y Albarracin en tierras de Murcia y Tadmir, cuyos emires eran amigos y aliados del de Sevilla, y en tal concepto le auxiliaban contra sus enemigos. Á solicitud de los que se veian comprometidos por su causa, al-Muwayad envió un cuerpo de ejército en su socorro acaudillado por el general Omar, que llegó sobre Murcia en ocasion que Dzy-el-Nun tenía puesto sitio á la ciudad. La superioridad de las fuerzas toledanas obligó á Omar á pedir refuerzos á su soberano, quien se apresuró á marchar en persona en auxilio de su general, al frente de la caballería selecta de Sevilla y de Jaen. Mas antes de que se hubiesen reunido los dos cuerpos de ejércitos andaluces, el emir de Toledo atacó vigorosamente á Omar y le puso en completa derrota. Los fujitivos de la batalla se encontraron en las orillas del Guadalmena con la hueste que llegaba tarde en su auxilio, é introdujeron tal pánico en ella que le fué imposible al caudillo llevarla contra el enemigo. En su vista, el emir de Sevilla regresó á marchas forzadas á Andalucía, donde muy luego se le incorporaron los restos del ejército de Omar.

Despues de su victoria, Dzy-el-Nun volvió sobre Múrcia que se le rindió, así como las fortalezas de Auriola y Mulaque; tras de lo cual, y despues de dejar la tierra sujeta á su dominio, regresó á Toledo revolviendo en su mente grandes proyectos de guerra contra su rival de Sevilla.

Asi fué que en el año siguiente (1075) reunió de nuevo sus banderas, y auxiliado por el rey de los

cristianos de allende el Duero (éralo á la sazon Alfonso VI), penetró con un formidable ejército por las campiñas de Córdoba, tomó por sorpresa esta ciudad, y despues de dar en ella algunos dias de descanso á su ejército, marchó sobre Sevilla, de la que se apoderó tambien sin encontrar resistencia, por hallarse desguarnecida, estando todas las fuerzas del emir Mohammed al-Muwayad Billa ocupadas en las guerras de Jaen, Granada y Málaga.

No bien el emir tuvo noticias de la pérdida de su capital, reunió todas sus tropas y se encaminó á marchas forzadas hácia sus estados para libertar á Sevilla. Hiciéronse fuertes en ella los toledanos; mas al fin hubieron de abandonar la plaza despues de muchos meses de tenaz resistencia, y haber perdido á su emir, el-Mamun ben-Dzy-el-Nun, que falleció en ella á resultas de una aguda dolencia, en junio de 1077. Retiráronse los toledanos á Córdoba de donde muy luego los espulsó el emir el-Muwayad, quien recobró de esta manera la integridad de sus estados.

El infatigable y ambicioso emir de Sevilla no quiso dar un momento de reposo á su guerrera actividad. No bien repuesto en el trono, del cual se viera despojado durante dos años, no solo renovó la guerra contra los soberanos de Jaen, Granada y Málaga, á quienes queria hacer vasallos suyos, sino que envió á su general Omar con un brillante cuerpo de ejército á tierra de Múrcia para rescatarla del dominio de Toledo. La victoria coronó en aquella campaña las armas sevillanas, que se apo-

deraron de Alicante, Cartajena, Lorca, Orihuela y por último de Múrcia (1079).

Entre tanto, Ebn-Abed, continuaba guerreando sin trégua y con incansable fortuna, contra los emires de Granada y Málaga, al último de los cuales arrebató su capital y la plaza de Algeciras, y le obligó á refugiarse en África con su familia.

El año siguiente, 1080, estalló en Toledo una sublevacion contra Hixem el-Kader, hijo y sucesor de el-Mamun emir de Toledo muerto en Sevilla en 1077, acusado por los intolerantes faquíes de mal muslim por la cordial amistad y estrecha alianza, en que, á imitacion de su padre, vivia con el rey de los cristianos Alfonso VI. Esta revolucion que elevó al trono del emir depuesto, á un hermano suyo llamado Yahya, quien inauguró desde luego una política diametralmente opuesta á la que siguieran sus antecesores con los cristianos, preparó la ruina del poder musulman en la España central; abrió las puertas de la Península á los MOROS; aceleró la destruccion de la raza árabe, y estableció definitivamente la superioridad de las armas cristianas sobre las musulmanas.

Sus mas inmediatos resultados fueron el rompimiento de la paz ajustada entre Alfonso VI y los emires de Toledo desde el reinado de Dzy-el-Nun, y un tratado de amistad y alianza entre aquel soberano y el emir de Sevilla, en virtud del cual éste se comprometió á ceder á Alfonso cuantas conquistas hiciese por el nordeste de Sierra Morena; en tanto que el monarca cristiano se obligaba á auxi-

liarle en sus empresas por las provincias de levante, ofreciéndole el musulman como prenda de amistad, y lazo que estrechase y asegurase su alianza, la mano de su misma hija, la hermosa Zaida, que habia de llevarle en dote cierto número de pueblos que el de Sevilla se comprometia á conquistar en el emirato de Toledo. Alfonso VI, aunque casado á la sazon en segundas nupcias con Constanza de Borgoña, aceptó el ofrecimiento; y Zaida pasó como consorte, *quasi pro uxore*, segun el cronista Lúcas de Tuy. al tálamo del rey de Castilla y Leon.

Es decir, que la humillacion que noventa años antes sufrió el nombre cristiano con la *entrega, que en bien de la paz* hiciera el rey Bermudo el Gotoso de su hija Teresa al Hadjib Almanzor, quedaba suficientemente vengada con la que de su hija Zaida hizo el soberano de Sevilla á Alfonso VI; solo que si bien la política y la razon de Estado pudieron en aquel tiempo disculpar tan nefanda condicion ó cláusula de un tratado de paz, la moral de todos tiempos, el sentimiento de la dignidad del hombre y de la familia lo anatematizaron entre los cristianos por boca de sus sacerdotes, y entre los musulmanes por la de sus faquies, que acusaron al emir de Sevilla de sacrificar los intereses del islamismo y el honor de su propia familia para comprar una paz vergonzosa.

Este suceso perfectamente histórico, aparte de lo que subleva la recta conciencia es muy digno de particular estudio, porque describe gráficamente las costumbres de aquellos tiempos, cuya pintura ha

llegado hasta nosotros tan desfigurada por la pasion política y religiosa de los cronistas é historiadores de la Edad Media, y por que revela la superioridad ya incontestable del pueblo cristiano sobre el musulman.

Unos dos años despues, esto es, en mayo de 1085, Alfonso VI se apoderó por fuerza de armas de la ciudad de Toledo, despues de 374 años cumplidos que estaba bajo el dominio musulman. Con la reconquista de la antigua corte de los reyes godos las fronteras del reino de Castilla y Leon se trasladaron del Duero al Tajo. De manera, que en menos de un siglo, aquellos príncipes cristianos que, por los años de 990, segun el dicho del historiador Ibn-Khaldun, *parecian gobernadores puestos por el Califa de Córdoba en los Estados del Norte del Duero,* en 1085 se habian convertido de vasallos en soberanos, y daban leyes é imponian tributos á sus antiguos dominadores.

Dueño de Toledo y su provincia, Alfonso á quien sus repetidas victorias habian hecho concebir la esperanza de vengar durante su reinado la afrenta del Guadi-Becca, llevó sus armas á la España musulmana Oriental y á la Occidental, y por último se adelantó hácia Andalucía. Aterrado el emir de Sevilla con aquella invasion triunfante en todas partes, y que amenazaba ya de cerca sus propios estados, escribió al rey cristiano recordándole la fé de los recientes tratados y los lazos de estrecha amistad que los unian. Contestóle Alfonso dando por pretesto de la espedicion el cumplimiento

de aquellos tratados y su leal amistad, que le imponian el deber de auxiliarle contra todos sus enemigos, y en particular contra los de las costas meridionales de Andalucía, Ebn-Abed, quiso escusarse de aquel *interesado* auxilio participando al rey cristiano que estaba en vísperas de ajustar un tratado de paz con aquellos; mas Alfonso VI se desentendió de las observaciones del Emir, y penetró en el territorio de Sevilla al frente de una division de caballería que acampó durante tres dias en las afueras de la capital. De SevIlla se dirigió por Arcos hácia Medina Sidonia, donde se encontraba el emir quien repitió sus instancias para obligar á Alfonso á regresar á sus estados.

Ni ruegos ni desabrimientos fueron bastantes para hacerle renunciar á su propósito de visitar el estrecho que separa el Africa de España. En su consecuencia se dirigió á la peninsula de Tarifa al frente de mil y quinientos caballos. Llegado á aquel memorable y funesto lugar, Alfonso VI descendió hasta la playa, espoleó su caballo y lo lanzó en medio de las olas del mar, (Ebn-Abd-el-Halim) que besaron mansamente las rodillas del primer monarca cristiano que desde 711, es decir, al cabo de trescientos setenta y cinco años humedecía sus plantas en ellas.

Despues de esta audaz toma de posesion, Alfonso regresó á Toledo revolviendo en su mente grandiosos proyectos de conquista sobre los musulmanes. En efecto, en aquel mismo año exijió del emir de Badajoz la entrega de varias fortalezas y el pago de

un crecido tributo amenazándole con ir en persona á tomar lo uno y lo otro. Cruzáronse entre los dos soberanos ágrias contestaciones, hasta que por último el musulman, recurrió al poderoso emir de los Almoravides, Yussuf ben-Taschfin en solicitud de auxilio contra el rey cristiano.

La atrevida escursion de Alfonso hasta la estremidad meridional de Andalucia, habia enfriado notablemente las relaciones políticas y amistosas entre los dos soberanos suegro y yerno, y un acontecimiento fatal é inesperado acabó por romperlas definitivamente. Parece, segun Conde (p. 3.ª c. 13) que en el año siguiente y en la época prefijada, llegaron á Sevilla los comisionados del rey de Castilla para percibir el tributo anual que el emir al-Muwayad Ebn-Abed se habia obligado á pagarle, (sin que nos sea dado precisar bájo qué concepto.) El pueblo de Sevilla, que desde mucho tiempo atrás murmuraba contra la humillacion que su soberano le hacía sufrir, y exasperados con la visita que en son de mal disimulada amenaza le hiciera el monarca cristiano el año anterior, se amotinó contra los comisionados castellanos, y asesinó al judío ebn-Ghaleb tesorero del rey Alfonso y enviado por él para percibir el tributo.

La noticia de aquel atentado causó la mas viva indignacion en el ofendido monarca, quien en su virtud envió una nueva embajada para pedir estrecha cuenta de aquella criminal infraccion del derecho de gentes. Los embajadores pusieron en manos del emir una carta de su soberano en la que

en términos arrogantes le amenazaba con la misma suerte que sus armas hicieran sufrir á Toledo si no le daba cumplida satisfaccion del ultraje recibido. Contestóle el emir de Sevilla con otra no menos soberbia y altiva; y desde aquel momento pudo considerarse como declarada la guerra entre los dos soberanos y parientes.

Mas no era ya el emirato de Sevilla lo que fuera un siglo antes aquel opulento Califato de Córdoba que dictara leyes á la España entera y al África desde Túnez hasta Fez, ni el reino de Castilla y Leon bajo el cetro del conquistador de Toledo, lo que fué en tiempo de Bermudo el Gotoso tributario de Hixem II; así que Ebn-Abed, reconociendo su impotencia para resistir solo ni auxiliado de todos los emires de Andalucía las armas de Alfonso VI, convocó en su capital una asamblea de todos los príncipes musulmanes andaluces, que se convinieron vista su debilidad para hacer frente á la tormenta que les amenazaba, en enviar un mensaje al príncipe de los Almoravides de África, en solicitud del socorro de sus armas, como el único medio de salvar de su próxima y completa ruina la raza musulmano-española.

Recibió Yussuf en Medina Fez la embajada de los Andaluces, y prévia consulta con sus capitanes y katibes, contestó al emir de Sevilla, que en cumplimiento del deber impuesto á todo musulman de auxiliar á sus hermanos que creen en Dios y en su Profeta, estaba dispuesto á darle ayuda y socorro bajo la condicion de que le fuera entregada la pla-

za de Algeciras para tener libre y espedito el paso entre España y África.

Accedió Ebn-Abed á la peticion del caudillo de los Africanos, y Yussuf se dispuso para cruzar el estrecho acompañado del mas formidable ejército musulman que viera nunca el suelo español.

El imprudente emir de Sevilla cuyos rencores y debilidad llamaron sobre su pátria aquella asoladora tormenta, creyó proceder como hábil político anticipándose á todos los emires de Andalucía en granjearse la amistad del príncipe africano para los fines de su ambicioso afan de supremacia sobre todos sus rivales. Al efecto resolvió pasar á África acompañado de una brillante comitiva portadora de ricos presentes, y dió la vela para la costa mas cercana del Magreb. Desembarcó cerca de Tánjer, y se encaminó al campamento de Yussuf, que á la sazon estaba situado á unas tres jornadas de Ceuta. La entrevista entre los dos príncipes fué afectuosísima; despues de la cual Ebn-Abed dió la vuelta para Sevilla, en la creencia de que á beneficio de su sagaz política se veria muy luego enteramante libre de sus enemigos los cristianos de Castilla y Leon, y único soberano en toda la Andalucía.

Yussuf ben-Taschfin movió su campo sobre Ceuta, en cuya plaza estableció sus reales, y convocó los guerreros muslines que se ofrecieron á concurrir á la Guerra Santa, que con grande estrépito hizo publicar en toda el África. Unas en pos de otras y en alas del entusiasmo religioso llegaron numerosas tríbus procedentes del Zahará, de los pai-

ses meridionales del Africa, de Zab, del Magreb el Awsat y de Ifrikia. Reunidos al fin, y dispuestos los bajeles, dióse comienzo á su trasporte á España, y el ejército invasor tomó tierra en Aljeciras en Junio de 1086.

Fué tan crecida la muchedumbre de Africanos desembarcados en las playas españolas, que su campamento cubrió á manera de una inmensa sábana de nieve las campiñas del Guadalmesí y el rio de la Miel, cuyas corrientes apenas alcanzaban á templar la sed de aquellos feroces soldados.

Antes de dar comienzó á la narracion compendiada de los dramáticos sucesos que tuvieron lugar en Andalucia con la invasion de los bárbaros Africanos, que de auxiliares llamados por los Árabes se convirtieron en insolentes dominadores de los mismos que fiaran en ellos su salvacion, cúmplenos decir quienes fueron aquellos nuevos conquistadores de la region andaluza, y dar á conocer al poderoso caudillo que dirigió el ejército invasor.

En tanto que las discordias intestinas y la guerra civil, dice un reputado historiador estrangero moderno, destruian fatalmente el poderoso imperio musulman de Occidente, levantábase en los desiertos de la antigua Getulia al otro lado de la inmensa cordillera del Atlas, un hombre cuyo génio y audacia habian de apuntalar durante algunos siglos el ya ruinoso edificio que la raza musulmana habia construido en España. Este hombre, hijo de la tribu de Lamtuna, fraccion de la de Zenaga, era el berberisco Yussuf ben-Taschfin. Los Lamtunas si bien so-

metidos desde los tiempos de la conquista del Africa por los Arabes á la religion musulmana, habíanse mantenido ignorantes ó cuando menos estraños á la inteligencia de los dogmas y de la moral del Islam hasta el año 414 Hegira, (1026 de J. C.) en cuya época llegó á vivir entre ellos un afamado morabita de Suz, llamado Abdallah ben-Yasim. El nuevo Profeta, hombre de ciencia y de reconocida virtud, esplicó é inculcó en el alma de los Lamtunas los preceptos de aquella religion que recomendaba el proselitismo por medio de la espada, y los lanzó en alas de su entusiasmo por la nueva fé contra las tribus berberiscas que hasta entonces se habian negado á confesar los dogmas del Islam. La victoria coronó todas sus empresas guerreras, y Abdallah, para recompensarlos de su celo religioso é inquebrantable constancia en el campo de batalla, llamó á los Lamtunas *Alh-Morabith* (los hombres de Dios) y les anunció que conquistarian todo el Magreb sobre los degenerados musulmanes.

En cumplimiento de su profecía, Abdallah salvó con ellos la cadena del Atlas, conquistó la Sijilmesa, el Darah, y plantó sus tiendas entre las montañas y el mar en la estensa llanura de Agmat. Murió Abdallah (1068) dejando por sucesor en la obra religiosa y guerrera que habia emprendido, al lamtuna Abu Bekr ben-Omar, quien supo corresponder dignamente á la confianza que en él depositara el Santo Morabita. Bajo su gobierno estendióse de tal manera la fama de santidad y justicia de los Almoravides, que de todas partes acudian tribus y fami-

lias para establecerse entre ellos, y oir la palabra del sábio Abu Bekr. Así las cosas, y cuando el pueblo de *los hombres de Dios*, estendia y consolidaba su imperio en las regiones comprendidas entre el mar y las montañas, recibióse la noticia de que los Lamtunas que habian quedado en lado opuesto del Atlas, se encontraban reciamente combatidos por las tribus ve inas que resistieran á su dominacion en los tiempos de Abdallah. Abu Bekr, á instancia de los jeques tuvo que acudir en su socorro, y tomó el camino del desierto dejando el cargo de continuar su obra á Yussuf ben-Taschfin, guerrero nacido en humilde cuna (su padre habia sido alfarero) pero que se habia ilustrado notablemente en las guerras de los Lamtunas contra las tribus berberiscas.

Poco tardó Yussuf en ganarse el afecto de los Almoravides, y confiado en él y en su fortuna, resolvió convertir en definitiva la autoridad provisional de que estaba revestido. Conocedor del genio de su pueblo trató de realizar sus ambiciosas miras por el camino de la gloria; y al efecto hizo la guerra á las tribus árabes vecinas, no sometidas aun, y las obligó á confesar su ley. Alentado con este primer triunfo proyectó apoderarse del antiguo reino de Fez, para cuya grandiosa empresa convocó todas las tribus que reconocian su autoridad. Ochenta mil ginetes respondieron á su llamamiento. Al frente de esta formidable masa de caballos, realizó gloriosa y ejecutivamente su pensamiento. Hecho lo cual se lanzó sobre el país de Tlemcen, arrojó de

él á los Zenetas y extendió sus conquistas hasta Argel. Despues, regresó al país de Agmat, y puso los cimientos de la ciudad que mas tarde se llamó Marruecos.

Entre tanto, Abu-Bekr, despues de haber arreglado satisfactoriamente los asuntos de la tribu de los Lamtunas, regresó entre los Almoravides. Muy luego conoció que en su ausencia su lugar teniente se habia creado un imperio, prestigio y autoridad de que no era fácil despojarle; visto lo cual, renunció á todas sus pretensiones y se dispuso á regresar á su pais.

Mas antes de llevar á cabo tan prudente determinacion solicitó una entrevista con Yussuf, quien se apresuró á concurrir al lugar que fué señalado. En ella Abu-Bekr felicitó cordialmente al noble caudillo por sus victorias y engrandecimiento: le aseguró que si habia abandonado sus desiertos solo fué por darse la satisfaccion de regocijarse con la gloria de su discípulo; le proclamó su sucesor y la mas robusta columna de la honra de los Almoravides, y le anunció que considerando terminada su mision se retiraba á su tribu con el firme própósito de concluir su vida en el seno de su familia. Esto dicho, Abu-Bekr abdicó solemnemente la soberanía Yussuf ben-Taschfin y juró y firmó el acta de cesion.

Alejado con este inesperado suceso todo pretesto para revueltas intestinas en el naciente imperio Almoravide, Yussuf solo pensó ya en dilatarlo por medio de las armas y de la predicacion. En alas de

su fortuna y ambicion llevó sus ejércitos hácia el Oriente, sojuzgó todas las tribus árabes que en otro tiempo tuvieran subyugadas á las berberiscas, y dueño, en fin de Bujía y de Túnez dejó establecida su dominacion sobre las costas del Mediterráneo. Cubierto de gloria y arrastrando un rico botin, Yussuf regresó á Marruecos (1082) donde á ruegos de los walíes, jeques, caides y katibes, tomó el título de Emir de los musulmanes y defensor de la ley; empero se negó á recibir el de Califa, que rechazaba su modestia.

Tal fué el hombre estraordinario escojido por un destino fatal para restablecer el ruinoso edificio de la dominacion musulmana en Andalucía. Nuevo *Azote de Dios* fué para las razas española y arábiga, con sus bárbaros Moros, lo que Atila y sus Hunos fueron para el imperio romano y para los bárbaros que les habian precedido; con la diferencia que este pasó como un relámpago por el medio dia de Europa, y aquel dejó establecida su dominacion en España por espacio de cuatro siglos.

XI.

Conquista de la España Musulmana por los Almoravides.

Batalla de Zalaca.

Desembarcado (Junio de 1096) con toda felicidad el innumerable ejército de los Morabitas en las playas de Algeciras, donde lo esperaba Ebn-Abed al frente de todos los emires y principes de Andalucía, Yussuf, no pudiendo desconocer los riesgos de la gigantesca empresa que habia acometido, dado que no eran los cristianos de España enemigos tan fáciles de vencer y catequizar como las tribus africanas, y no pudiendo tampoco abrigar una ciega confianza en convertir sin resistencia en provecho propio el auxilio que de sus armas habian solicitado los árabes andaluces, juzgó conveniente para su seguridad, fortificar sólidamente la plaza de Algeciras y guardar el Estrecho á fin de tener franca la retirada para el caso de una derrota.

Esto hecho, abasteció abundantemente la plaza, dejó en ella una fuerte guarnicion compuesta de los guerreros de su mayor confianza pertenecientes á la tribu de los Lamtunas, y se puso en marcha con su hueste hácia Sevilla, precedido de Ebn-Abed que iba preparando los alojamientos y raciones para los Morabitas en el camino desde Algeciras hasta su capital.

Encontrábase á la sazon el ínclito Alfonso VI sitiando á Zaragoza donde le llegó la noticia del desembarco en las costas españolas del grande ejército Almoravide. Levanta apresuradamente el cerco de la plaza, y acuerda en consejo con sus capitanes solicitar el auxilio de Sancho de Aragon y Berenguer de Barcelona. Acuden estos príncipes al llamamiento y con sus tropas, las de Castilla y Galicia y numerosos caballeros Navarros y Franceses, reune un formidable ejército, con el cual cruza casi toda la España de Nordeste á Sur-oeste y llega á la comarca de Badajoz.

Entre tanto Yussuf, despues de haber reunido en Sevilla todas las banderas de la España musulmana, se encamina con un ejército dividido en dos cuerpos, africano el uno, mandado por el grande Emir en persona, y musulmano-español el otro, acaudillado por Eben-Abed, hácia la misma comarca escogida por Alfonso VI, (sin que los cronistas nos digan el por qué de la eleccion) para representa el segundo acto del memorable drama que comenzó en las orilllas del Guadi-Becca.

Tras vicisitudes varias cuya narracion nos re-

servamos para la segunda parte de nuestra Historia de Andalucía, los dos ejércitos vinieron á las manos en las estensas llanuras llamadas de Zalaca, no lejos de Badajoz, el viérnes 23 de Octubre de 1086, á los tres meses y veintitres dias del desembarco de Yussuf y sus Morabitas en las playas de Algeciras.

Rara coincidencia; el mismo espacio de tiempo con corta diferencia medió entre el desembarco de Tarik en el golfo de Gibraltar y la batalla en que fueron barridos los Godos de la haz de la tierra, que entre la ocupacion de Algeciras por Yussuf ben-Taschfin, y la funesta rota de Zalacá.

No nos detendremos, en este lugar, en la relacion de los detalles de aquel tremendo desastre, sobre el cual nuestros cronicones de la Edad Media pasan como sobre ascuas, tan doloroso fué para la cristiandad el acontecimiento que los historiadores arábigos celebran como el mas fausto para el Islamismo. Mas no podemos renunciar al deseo de reproducir el parte que de la batalla dió Yussuf ben-Taschfin al meschuar de Marruecos, segun aparece en los manuscritos arábigos del Escorial.

Hélo aqui.

Despues de las alabanzas á Dios y de la salutacion á Mahoma dice: «Al acercarnos al tirano (á quien Dios maldiga) y ya frente á frente con él le hicimos la intimacion dándole á escojer entre hacerse musulman, pagarnos el tributo, ó pelear. Atúvose á lo último, y en su virtud convinimos mútuamente en dejar la batalla para el lúnes 15 de rejeb,

diciendo el rey de los cristianos que el viérnes era festividad de los musulmanes, el sábado de los judíos, de los que contaba muchos en su hueste, y el domingo para los cristianos. Nos retiramos á nuestras posiciones; mas habiéndosenos dicho que los tales cristianos eran unos embusteros y quebrantadores de los convenios jurados (Yussuf, al calificar tan duramente á los cristianos, se olvidó, sin duda, que el Corán autoriza la mentira *solo en el caso* que sirva para engañar en la guerra al enemigo) nos mantuvimos sobre el quien vive dispuestos á la pelea y enviamos escuchas y esploradores para observar sus movimientos. Con efecto, el viérnes al amanecer nos avisan que el enemigo viene sobre los musulmanes; mas estos estaban ya preparados para la batalla. Al aparecer los cristianos nuestros valientes se arrojan con sus caballos sobre ellos en alas de su fervor religioso, como el águila sobre su presa, como el leon que ve la caza que va á devorar. Cuajan nuestras banderas la campiña despejada y anchurosa. Las tropas de Lamtuna marchan á vanguardia. Al ver los cristianos nuestros estandartes ondeando al viento; al mirar nuestros jinetes dispuestos para dar la carga; las hojas de nuestras espadas centelleando á la sombra del bosque de lanzas que se estiende por el campo; al oir el redoble de nuestros atambores y de los cascos de nuestros caballos, se llenan de inquietud: mas ya no les era posible retroceder.

«El tirano Alfonso y sus guerreros se enardecen y disparan con ímpetu desaforado; pero los Mora-

bitas se mantienen inmóviles, clevando su ánimo á Dios y poniendo en él toda su confianza. Entonces sopló furioso el viento de la matanza; los sables y las lanzas desgarraron las carnes, y la sangre corrió á torrentes. Dios, en aquel supremo trance nos envió desde el alto cielo la victoria, como esquisito maná para reparar las fuerzas y dar consuelo á los que creen en él. Alfonso, herido en una rodilla de un golpe que le imposibilitaba el uso de la pierna, huye desatentado con quinientos guerreros, tristes reliquias de los ochenta mil caballos y doscientos mil infantes conducidos por Dios á una muerte anticipada. Tan solo se salva Alfonso (así Dios lo maldiga) guareciéndose en una sierra desde donde contempla el saqueo é incendio de sus reales. Allí permaneció sufriendo los tormentos de la ira del despecho y de la desesperacion, hasta que á favor de la oscuridad de la noche pudo ponerse en salvamento. El Emir de los musulmanes se mantuvo inmóvil en medio de su caballería victoriosa, dando gracias al Señor á la sombra de sus banderas triunfantes, alzando los brazos y humillándose ante nuestro Dios altísimo por los inmensos favores que habia derramado sobre su persona, aun mas allá de sus súplicas y ardientes anhelos. Los príncipes andaluces que se habian retirado del campo de batalla y ocultándose en las cuevas y accidentes del terreno junto á Badajoz, al oir los gritos con que los musulmanes celebraban la victoria, salieron temiendo la vergüenza de su fuga; pues ninguno se portó como bueno, escepto El Mothamed Ebn-Abed, blason

de los caudillos andaluces, que se presentó al Emir con las muñecas dislocadas, doliente del quebranto de sus huesos y del estrago de sus heridas, y fué el primero en felicitarle por su esclarecido triunfo y por las proezas que se habian acometido en tan memorable jornada.

«Alfonso se salvó por senderos estraviados y favorecido por la lobreguez de la noche. Perdió en el camino hasta cuatrocientos jinetes de los quinientos que sacó de la batalla, y así con solo ciento pudo regresar á Toledo. Gracias sean dadas por tantos beneficios á Dios Todopoderoso, dueño soberano del universo; pues solo él es vencedor, y solo él es grande y ha de reinar sin fin en la eternidad.»

A parte de la concisa ampulosidad de este parte es indudable que la victoria que los Almoravides obtuvieron en Zalaca, fué la mas señalada, (por más que sus resultados póliticos, con respecto á los reinos cristianos de la Península no estuvieron en proporcion con su importancia,) de cuantas rejistra la historia de la dominacion musulmana en España, y la que mas sangre costó á los españoles. El ejército que reunió Alfonso VI, el conquistador de Toledo, siendo el mas numeroso y brillante que hasta aquel dia habia combatido en España bajo los estandartes de la Cruz, desde la gloriosa batalla de Simancas, fué completamente destrozado en aquel luctuoso dia; y si á su derrota no se siguió una segunda conquista como la de Tarik y Muza, debido fué á que los andaluces se negaron á contribuir á la realizacion de los proyectos que meditaba el empera-

dor de Marruecos, y á que la España de 1086 era ya la de los españoles y no colonia ó feudo de raza alguna extranjera.

Sin embargo, es muy posible que la derrota de Zalaca hubiese tenido inmediatas y mayores consecuencias para los cristianos que la sangre vertida en la comarca de Badajoz, si en la noche que siguió al dia en que el Corán hizo dar un paso atrás al Evangelio, no hubiese llegado á Yussuf la noticia del fallecimiento de su hijo el mas querido, que dejara en África. Hondamente afectado con tan triste nueva, el emir Almoravide abandonó el país teatro de su mas espléndido triunfo, y pasó inmediatamente á África, deseoso de abrazar el cadáver de su hijo y de asistir á sus funerales.

En ausencia de Yussuff quedó al frente del ejército Almoravide uno de sus mas afamados caudillos llamado Sir Abu-Bekr, quien desde los campos de Zalaca marchó con sus africanos contra los estados cristianos del Norte del Duero, en tanto que el emir de Sevilla se dirigió con los andaluces á tierra de Toledo, donde recobró por fuerza de armas los pueblos y las fortalezas que cediera á Alfonso VI á título de dote de su hija Zaida. Los fáciles triunfos que Ebn-Abed obtuvo en las nuevas fronteras de reino de Leon y Castilla le alentaron para llevar sus armas al país de Murcia, donde los cristianos acaudillados por Rodrigo Diaz de Vivar, el Cid, le hicieron sufrir una série de reveses que le obligaron á retirarse á Sevilla.

No mucho mas afortunado fueron Sir Abu-Bekr

y los africanos en sus guerras contra los castellanos y leoneses; de forma que á los dos años del regreso de Yussuf á la Mauritania, los cristianos se habian repuesto del desastre de Zalaca, y los musulmanes desavenidos como siempre y entregados á todos los escesos de sus tradicionales discordias intestinas, exacerbadas á la sazon por la ambiciosa inquietud del emir de Sevilla, recurrieron de nuevo á Yussuf para que los librase de la ruina que les amenazaba.

El poderoso caudillo Almoravide desembarcó por segunda vez (1088) en Algeciras, y de allí pasó á Sevilla donde mandó pregonar la *Guerra Santa*, señalando á los muslimes como punto de reunion de las banderas los campos de Aledo en el distrito de Lorca. Reunido Yussuf y sus Morabitas al ejército musulman confederado, puso sitio á la fortaleza de Aledo. La heróica resistencia de la guarnicion cristiana y la discordia que estalló entre los emires andaluces obligó al caudillo africano á levantar el cerco de la plaza. Malogrados los planes de aquella campaña á resultas de las desavenencias ocurridas en el campo musulman, y noticioso Yussuf de que el rey Alfonso VI se dirigia hácia el territorio de Murcia, licenció el ejército y se encaminó con su guardia africana á Almería en cuyo puerto se embarcó para Mauritania, descontento de los andaluces á quienes acusaba de haber frustrado en dos ocasiones sus esperanzas de conquista en la Península.

Embargado se encontraba Yussuf en Africa arreglando los asuntos del gobierno de su dilatado im-

perio, cuando recibió (1090) apremiantes comunicaciones de su lugar teniente en España, Sir Abu-Bekr, participándole el mal estado en que se encontraban los negocios de los Almoravides, comprometidos gravemente de un lado con las incesantes hostilidades de los cristianos y del otro á resultas de las interminables rivalidades de los emires andaluces. En su vista, el héroe africano dispuso pasar por tercera vez á España; pero en esta ocasion lo verificó con el decidido propósito de combatir en su propio particular provecho.

A pretesto de hacer la *Guerra Santa* desembarcó en Algeciras al frente de un numeroso ejército formado de tribus mauritanas; y sin dar tiempo á que se le incorporasen las banderas andaluzas, cuyos caudillos, que comenzaban á arrepentirse de haber llamado en su auxilio á los africanos no se dieron mucha prisa á unirse á él, marchó ejecutivamente á tierra de Toledo, cuyas poblaciones y campiñas saqueó y asoló, sin serle posible entrar en la capital donde se hiciera fuerte el rey Alfonso. Logrado el primer objeto de su espedicion, que fué demostrar que no necesitaba el apoyo de los árabes españoles para combatir con éxito contra los cristianos, retrocedió con su ejército victorioso sobre Granada importante ciudad que le abrió sus puertas y de la que tomó posesion á despecho de su emir y guarnicion en Setiembre de 1090. Dos meses despues destituyó al emir y lo desterró con toda su familia á África. Considerando completamente sometida á su dominio aquella feraz y rica provincia, regresó á

fines de Noviembre á sus estados de Mauritania, dejando en ella por gobernador á un caudillo de su entera confianza con un numeroso cuerpo de tropas Almoravides.

El suceso de Granada llenó de inquietudes el alma del emir de Sevilla; quien arrepentido demasiado tarde de haber franqueado á los moros las puertas de la Península y temiendo para él y su familia la misma suerte que cupo á su rival de Granada, se preparó para resistir el tremendo golpe de que se veia amenazado fortificando su capital y poniendo en estado de defensa todas las plazas de su emirato.

Poco tardó Yussuf en tener noticias de los aprestos guerreros que hacia Ebn-Abed, y juzgándose en su vista, desligado del compromiso que adquiriera con los príncipes andaluces, dispuso el envio á España de un formidable ejército africano, que á las órdenes de su lugar-teniente, Sir Abu-Bekr, debia tomar posesion de la Península en nombre del emir supremo de África.

Verificado el desembarco en las playas de Algeciras, los Almoravides se dividieron en cuatro numerosos cuerpos de ejército, para operar el primero á las órdenes de Abu-Bekr, contra Sevilla y Badajoz, y los otros tres contra Córdoba Ronda y Almeria. El general de Yussuf abrió ejecutivamente la campaña en tierra de Sevilla, donde encontró una inesperada resistencia en la caballería andaluza que en mas de un encuentro derrotó gallardamente las numerosas taifas Almoravides.

A fin de obligar á Ebn-Abed á dividir sus fuerzas, Sir Abu Bekr envió una fuerte division sobre Jaen. Atacada y rendida esta plaza, la hueste vencedora retrocedió sobre Córdoba, sitiada tambien á la sazon por los africanos, quienes alentados con el refuerzo estrecharon el cerco en términos que la antigua córte de los Califas se vió obligada muy luego á capitular, (fines de Marzo 1091.)

Un mes despues de la toma de Córdoba, esto es, á fines de abril, las armas Almoravides dominaban todas las plazas y fortalezas del vasto emirato de Sevilla, á escepcion de esta ciudad y de la importante plaza de Carmona. En tan desesperada situacion Ebn Abed acordó recurrir á su yerno el rey de Castilla y Leon, Alfonso VI, ofreciéndole en pago de sus auxilios no solo devolverle las plazas que formaron parte del dote de Zaida sino reconocerle por señor de todos aquellos estados que pudiera recuperar ó conquistar con su ayuda. Alfonso á quien causaban vivísimas inquietudes los progresos de las armas Almoravides en Andalucía, se apresuró á suscribir á la alianza propuesta, y en su virtud reunió un ejército de veinte mil caballos y cuarenta mil infantes, y lo envió en socorro del emir de Sevilla.

La hueste cristiana cruzó las asperezas de Sierra Morena por el puerto de Muradal, y llegó sin tropiezo hasta Almodovar del rio, donde encontró el ejército Almoravide. Despues de algunos dias de tenaces y sangrientas refriegas, en las que la victoria se mantuvo indecisa entre los beligerantes, el

ejército cristiano emprendió la retirada sin haber conseguido el objeto de su expedicion. Desembarazado el general Almoravide del mas terrible de sus enemigos, dirigióse sobre Sevilla cuyo cercó formalizó ejecutivamente. Agotados todos los medios de resistencia, Ebn-Abed rindió la ciudad al general Abu Bekr, lugar-teniente de Yussuf, bajo condicion de respetar su vida y hacienda y la de los vecinos de Sevilla.

En los primeros del mes de Setiembre de 1091, los Almoravides tomaron posesion de Sevilla, y en la misma hora Ebn-Abed se embarcó con sus hijos mugeres y esclavos con direccion á Ceuta, donde estaba esperando á los tristes desterrados el emir de Africa Yussuf ben-Taschfin.

Así acabó la poderosa y esclarecida familia de los Abedides de Sevilla, á los setenta años de reinado, víctima de la desatentada ambicion que concitando contra ella el ódio de todos los príncipes andaluces, malgastó eu guerras civiles los recursos del país, y la fé y el entusiasmo de los árabes que habian sobrevivido á la ruina del Califato de Córdoba, poniendo á estos en el duro trance de tener que elegir entre el vasallage de los reyes de Leon y el de los bárbaros Almoravides.

En el mismo año de la toma de Sevilla por los Africanos, los generales de Yussuf se apoderaron de los Estados de Almería y Murcia; de manera que en el breve trascurso de unos diez y ocho meses, toda Andalucía quedó sometida á las armas del poderoso emir fundador de Marruecos; y desapareció

para siempre de su suelo, con las dinastías que se erigieron en soberanas sobre las ruinas del Califato de Occidente, el predominio que la raza árabe ejerciera sobre las demás razas musulmanas establecidas en España desde la conquista de Muza, y con él la cultura y el genio civilizador de aquellos hombres que durante tres siglos y medio llenaron el mundo conocido con la fama de su saber y grandeza.

En el curso del año siguiente (1092), las armas Almoravides se apoderaron de los emiratos de Badajoz, Valencia, y de las islas Baleares; salvándose solo de la general conquista el de Zaragoza, cuyo emir, era príncipe tan valeroso, opulento y amado de sus súbditos, que Yussuf no se atrevió á combatirle, y cuya alianza aceptó con júbilo.

En menos de tres años, pues, los Africanos á quienes tan imprudentemente enseñara el camino de la Península el grande Almanzor, se apoderaron de la España musulmana y sustituyeron su dominacion á la de los Árabes, Sirios y Egipcios. Nuevos Cartagineses llamados á Andalucía por sus correligionarios, y hasta pocos años antes sus señores, convirtiéronse como los hijos de la rival de Roma en dominadores y tiranos de los mismos que habian fiado en ellos su salvacion.

Entre tanto el rey de Castilla y Leon, Alfonso VI, repuesto muy luego del desastre de Zalaca, obtuvo un cumplido desquite de aquel funesto revés,

venciendo en campal refriega á los Almoravides en Toledo, en la provincia de Murcia, y realizando una gloriosa espedicion por las de Estremadura y Portugal, donde se apoderó en la primavera de 1093, de Santarem, Lisboa y Cintra. Habíanle acompañado en estas victoriosas campañas, entre otros nobles franceses venidos á España para guerrear contra los infieles, dos caballeros de la casa de Borgoña y parientes de la reina de Castilla, Constanza, su segunda mujer. Llamábanse Raimundo y Enrique, y eran primo-hermanos. De tal manera supieron granjearse la estimacion del rey, que les dió en matrimonio sus dos hijas Urraca y Teresa. Á Raimundo la primera con el condado de Galicia, y á Enrique la segunda con el señorío de las tierras que habia conquistado á los musulmanes en la Lusitania. «Principio fué este de grandes excesos, origen del reino que habia de erijirse en Portugal y fundamento que habia de servir para que dos estrangeros fuesen tronco y raiz de dos dinastías reales en España.

Alarmado Yussuf con las noticias que llegaban á África referentes á las repetidas victorias que alcanzaban las armas del rey de Castilla sobre los musulmanes, y convencido de que no podia contar con la eficaz cooperacion de los andaluces para defender un país que solo por la fuerza mantenia en su obediencia, envió refuerzos y órdenes terminantes á su lugar teniente, Sir Abu-Bekr, para que abriese ejecutivamente la campaña contra los cristianos en Estremadura y Lusitania. Hízolo así el

general Almoravide, y en breve tiempo recobró Evora, Silves, Lisboa y otras poblaciones importantes del Occidente de la Península. Alfonso VI regresó á Toledo, y aunque perdida por el momento parte de sus conquistas en la Lusitania, entró en su capital cubierta la frente de laureles y arrastrando un rico botin fruto de sus venturosas espediciones.

Las nuevas que de Valencia llegaron al campo de Sir Abu-Bekr, participándole que la ciudad estrechamente sitiada por el Cid Campeador estaba á punto de rendirse, obligaron al Almoravide á acudir en auxilio de la plaza ante cuyos muros fué derrotado por Rodrigo, que al fin conquistó aquella importante ciudad en mayo ó junio de 1094.

En el año siguiente (1095) Alfonso VI, viudo de Bertha princesa oriunda de Toscana, y repudiada por Enrique IV de Germauia, con la cual se casara el rey de Castilla despues del fallecimiento de la reina Constanza ocurrido en 1093, contrajo matrimonio con la bella Zaida, la hija del Emir de Sevilla al-Muwaya Ebn-Abed, quien se la entregara, muy niña todavía en 1084, como prenda de amistad y alianza; y en cuya compañía vivió hasta que desligado de todo compromiso político ó de honor, y habiendo la gentil musulmana abrazado la religion cristiana y tomado en el bautismo el nombre de María Isabel, pudo el conquistador de Toledo compartir con ella á la faz de sus pueblos su lecho y el trono de Castilla.

Pasáronse algunos años durante los cuales, si

bien Andalucía no tuvo que lamentar los estragos de la guerra, vivió, sin embargo, cual viuda desconsolada arrojada por un destino fatal en brazos de un nuevo y aborrecido esposo, llorando sin cesar la memoria de aquel que supo merecer su primero y mas acendrado amor.

En el de 1103, conceptuando Yussuf realizada la conquista de la España musulmana y en tal virtud incorporada en calidad de provincia al imperio Almoravide de África, dispuso pasar por cuarta vez á Andalucía para ordenar definitivamente los asuntos de su gobierno. Acompañáronle sus dos hijos Abu Taher Temin y Abu el-Hasan Aly, con quienes recorrió varias provincias de la España musulmana, mostrándose altamente complacido de la valiosa riqueza de aquellos nuevos estados con que habia engrandecido su dilatado imperio.

Terminado el viaje convocó en Córdoba á los imanes, jeques y caides principales de África y España, y nombró en presencia de la asamblea por su futuro sucesor en el imperio á su hijo Aly, y mandó que en el acto se le reconociese por tal y se le jurase obediencia. Apresuráronse todos los asistentes á cumplir su mandato; hecho lo cual dispuso que el wazir Abu Mohammed ben-Abd-el-Gafir, estendiese el acta de su declaracion en los términos siguientes:

«Alabanza á Dios dispensador de misericordia sobre cuantos le sirven, y ensalzador de los reyes y y caudillos de los estados para la paz y concordia entre los pueblos. El emir el-Moslemyn Nasredin

Abu Yakub Yussuf ben-Taschfin, á quien Dios ha constituido en guardian y defensor de tantos pueblos que están sirviendo á Dios siéndole fieles, conceptuando que Dios habrá de pedirle cuenta mañana del uso que ha hecho del supremo poder puesto en su manos, sobre todo en lo relativo al sucesor que deja para la gobernacion de los pueblos, asunto que abarca tantos intereses así los generales como los particulares de todos sean pobres ó sean ricos, ha dispuesto, despues de haberlo pensado maduramente y despues de un exámen prolijo de las dotes así guerreras como religiosas de su hijo segundo, Abu el-Hasan Aly, descargar sobre sus hombros todo el peso y desempeño de la gobernacion del imperio; en cuya virtud lo señala, nombra, aclama y encumbra á la suprema gerarquía del imperio, poniendo á su cargo el gobierno de los Morabitas y pueblos conquistados, previo el dictámen y consentimiento de los sabios, jeques y hombres principales de las tribus, quienes han manifestado libremente que aceptan gustosos la declaracion de sucesor; y así declaran y reconocen, como lo acreditan sus firmas, á Aly ben-Yussuf por su emir, con arreglo á la eleccion y declaracion de su padre, quien le ha conceptuado como el mas capaz para el desempeño de la suprema soberanía.»

Dada lectura del acta á la asamblea por el secretario de Estado, el príncipe Aly juró en manos de su padre; firmaron todos los asistentes, y luego el secretario en nombre del príncipe, con lo cual se dió por terminado aquel solemne acto, que se veri-

ficó en Córdoba en setiembre de 1103 (Abu-l- Fedah. Casiri.)

Despues de haber decretado todo cuanto estimó conveniente para el gobierno de la España musulmana, Yussuf dispuso su regreso á África. Mas antes de abandonar para siempre este hermoso país cuya administracion dejaba confiada á su hijo Aly, dióle entre otras las siguientes instrucciones: Que cuidase de confiar los mandos militares superiores y las altas magistraturas asi en las plazas fuertes como en las capitales de provincia solo á los Morabitas de Lamtuna. Que mantuviese constantemente sobre las armas en España un ejército bien pagado y equipado, fuerte de diez y siete mil caballos Almoravides, repartidos de la siguiente manera; siete mil en Sevilla, mil en Córdoba, tres mil en Granada, cuatro mil en la España Oriental y los demas por las frónteras del poniente; y que á cada uno de estos soldados le señalara once escudos mensuales ademas de la racion y del pienso para los caballos. Que encomendase la defensa de las fronteras y la guerra contra los cristianos á los musulmanes españoles, como hombres mas conocedores que los africanos del pais. Que tratase con mucha consideracion y miramiento á los musulmanes andaluces, premiando con armas, caballos, ropas y dinero á aquellos que se distinguieran por su valor en la guerra y por sus servicios en el gobierno; y, por último, que mantuviese amistad y alianza con los emires de Zaragoza.

Como se vé, en estos consejos no se hizo el

mas pequeño lugar para los cristianos andaluces que vivian entre los musulmanes. Esta politica tan opuesta á la que observaron los árabes durante su larga dominacion, no tardó en dar sus naturales frutos en perjuicio de los nuevos conquistadores sectarios de Islam. A partir de este dia, los que hasta entonces vivieran sumisos á la dura ley de la necesidad y obedientes á los que por costumbre consideraban como sus señores naturales, sin abrigar ideas de emancipacion, comenzaron á conspirar por sacudir el aborrecido yugo de aquellos bárbaros que venian á sustituir su fanatismo y salvaje rudeza á la tolerancia y cultura de los árabes; sus costumbres semi-salvajes todavia, á la brillante civilizacion de la aristocracia musulmana andaluza y su grosera supersticion á la despreocupada inteligencia de los filósofos de las escuelas de Córdoba y Sevilla.

Arreglados los asuntos del gobierno de la España musulmana, y conceptuándola ya del todo sometida á su imperio, Yussuf regresó á Africa. Tres años despues, esto es, en el creciente de la luna de moharrem del año 500 de la Hejira (3 de setiembre de 1106) falleció en su capital de Marruecos, á la edad de *cien años;* despues de un reinado glorioso de cuarenta, á contar desde la abdicacion de Abu-Bekr ben Omar, sucesor del Morabita de Sus, Abdallah ben-Jasim.

«Este fué, dicen sus biógrafos, Yussuf ben-Taschfin el Berebere, fundador de Morrakesch, vencedor de Zalaca, emperador temporal de los Morabitas, entronizador de la casta africana y vencedor en

Africa y España de los Árabes. Apellidáronle el *Excelente*, el *norte de la religion*, el que sigue el camino recto en el imperio, y en suma, Nasir-el-Dyn-Alá (el defensor de la ley de Dios).

El mismo dia de la muerte de Yussuf, se hizo en Marruecos la proclamacion de su hijo Ali Abu-el-Hasan. Fué su madre cristiana, y se llamaba Kamra; pero Yussuf solia llamarla Kasné (tesoro excelente)

La dominacion Almoravide no mejoró en nada, ni aun transitoriamente, la situacion de Andalucía; puesto que aun antes de consumada, comenzó el general arrepentimiento por haber abierto las puertas del pais á la conquista de la raza Africana tan aborrecida siempre y mas que nunca desde los tiempos dè la disolucion del califato de Córdoba. Los andaluces puestos en la dura necesidad de elegir entre los reyes cristianos de Toledo y los emperadores de Africa, obtaron por estos últimos única y esclusivamente por motivos religiosos. Esta desacertada eleccion anticipó de algunos siglos la ruina de sus templos y la de su grandeza y prosperidad moral y material.

En efecto; cuando se compara la situacion en que quedó el reino moro de Granada despues que las armas cristianas se hubieron apoderado de toda España, salvo de aquel delicioso vergel, con la que tuvieron los demás reinos musulmanes bajo la dominacion de los Africanos Almoravides y Almoha-

des, no es posible desconocer que los Andaluces cometieron un gravísimo error político, escojiendo entre Alfonso VI y Yussuf, á este último. Porque si los reyes moros de Granada, abandonados á sus solas y exiguas fuerzas obtuvieron de los monarcas cristianos condiciones tan ventajosas que pudieron subsistir en España durante cerca de dos siglos y medio como soberanos independientes, y el pueblo musulman conservó su culto, su autonomía y su libertad, ¿con cuánto mas motivo hubieran obtenido las mismas condiciones en un tiempo en que los Árabes eran dueños todavia de Andalucía, Estremadura, la mayor parte del Portugal, las provincias todas de Levante desde Almeria hasta la desembocadura del Ebro, y las islas Baleares?

Cierto es que Granada subsistió como reino feudatario de Castilla; pero conservó, repetimos, su autonomía, y tuvo sus reyes propios; al paso que Andalucía bajo la dominacion de los Mauritanos, se vió convertida en provincia del imperio de Africa, y en provincia vejada y maltratada; porque á un tiempo que con su riqueza escitaba la codicia de los gobernadores que le enviaba Marruecos, con los restos de su cultura pasada, con las gloriosas tradiciones de su grandeza y civilizacion, avergonzaba la pobreza, ignorancia y semi-barbarie de los moros de ambos Magrebs.

El sentimiento religioso, y la ambicion de los Beni-Abed de Sevilla, cegó á aquella noble y desventurada raza hasta el estremo de forjarce con sus mismas manos y con pleno conocimiento de causa,

las cadenas en que quedó aprisionado, y bajo cuyo peso muy luego sucumbió.

Los cristianos del Norte y del Oriente de la Península respetaron, admiraron y estimaron siempre á los árabes-andaluces; los africanos, desde los primeros dias de la conquista, los odiaron de muerte; y cuando el destino convirtió á estos de súbditos en señores los trataron con el mas soberano desprecio, con la mas humillante altivez. Los primeros se manifestaron tolerantes con ellos en punto á religion; los segundos le quemaron sus libros de filosofía en las plazas de Córdoba, de Marruecos y de Kairwan. Cuando los castellanos entraron por vez primera en Córdoba, como auxiliares de Solaiman, respetaron la Aljama bajo cuyas naves resonaba la doctrina de la Sunna; cuando los mismos castellanos entraron en Córdoba como auxiliares tambien del *último Almoravide*, ataron sus caballos á los muros de la mezquita bajo cuyas naves ya solo se oia la voz de los fanáticos Morabitas. Los cristianos concurrian á las Academias, á las tertulias científico-literarias de los árabes: los almoravides y los almohades destruyeron aquellas academias y dispersaron á sablazos los sábios que se reunian en ellas. Los árabes, andaluces en suma, se acercaban lenta pero irresistiblemente álos cristianos, y á caso hubieran acabado por fundirse en ellos-¿no comenzaban ya á avergonzarse del Corán?—los Moros fueron sus enemigos irreconciliables por ódio de secta, que es el ódio más feroz en materia de religion. Árabes y cristianos se llamaban recíprocamente *infieles*: Arabes y moros

se calificaban los unos á los otros de *herejes, impíos* y *miembros podridos* de la gran comunion de fé musulmana.

Y no fué solo bajo el punto de vista de las creencias religiosas que la conquista de los Almoravides fué funesta para Andalucía; sino que tambien, y mucho mas, lo fué bajo el de los intereses morales y materiales del pueblo. La anarquía, el desórden y la guerra civil que se habian entronizado en este desgraciado pais desde la disolucion del califato de Córdoba, continuaron con mayor intensidad; y no ya solo movidas por la ambicion de los emires que aspiraban á la supremacía de sus Estados sobre los del vecino, sino que tambien por las inveteradas antipatías de raza; por el instinto de conservacion de los unos y por el afan de esterminio de los otros.

Así como los godos, en los comienzos del siglo VIII, tiempos de su decadencia y grandes discordias civiles, llamaron como auxiliares á los árabes que inmediatamente se convirtieron en señores, así los árabes, á fines del XI, recurrieron para poner término á las suyas y salvarse de un peligro todavia imajinario, á los reyes Mauritanos, que *entraron vendiendo* proteccion *por salir mandando*.

CRONOLOGIA

DE LOS EMIRES, GOBERNADORES, DE ESPAÑA, DEPENDIENTES DE LOS CALIFAS DE DAMASCO, DESDE 711 HASTA 756.

Año en que empezaron á gobernar.	Mes.	Nombres.	Año en que concluyeron.	Mes.
711	Abril.	Tarik ben-Zeyad. . . .	712	Abril.
712	Abril.	Muza ben-Noseir. . . .	714	Set.
714	Set.	Abdelazis ben-Muza. .	715	Agost.
715	Agost.	Ayub-ben-Habib. . . .	717	Abril.
717	Abril.	El-Hor ben-Abderrahman.	718	Nov.
718	Nov.	El-Samah ben-Melek. .	721	Mayo.
721	Mayo.	Abderrahman el-Ghafeky	721	Nov.
721	Nov.	Ambesa ben-Schsohim.	725	Mayo.
725	Mayo.	Hodeirah ben-Abdallah-l-Fehri	726	Abril.
726	Abril.	Yahyah ben-Salemah. .	727	Octub.
727	Octub.	Hodheifa ben-l-Haus. .	728	Abril
728	Abril.	Otman ben-Abu-Nesa. .	729	Octub.
729	Octub.	El-Haitam ben-Obeid. .	730	Enero.
730	Enero.	Mohamed ben-Abdallah	730	Abril.
730	Abril.	Abderrahman el Ghafeky, 2.ª vez.	732	Octub.
732	Octub.	Abd-l-Melek ben-Kotan	736	Enero.

736	Enero.	Okbah ben-l-Hedjadj. .	741	Feb.
741	Feb.	Ald-l-Melek ben-Khotan (2.ª vez).	742	Abril.
742	Abril.	Baledji ben-Baschr. . .	742	Octub.
742	Octub.	Taalaba ben-Salemah. .	743	Marz.
743	Marz.	Abu-l-Khatar ben-Deraz.	745	Set.
745	Set.	Tucba ben-Salemah . .	746	Set.
746	Set.	Yusuf el-Fehry.	756	Mayo.

DINASTÍA OMMIADA, EMIRES DE CÓRDOBA
INDEPENDIENTES DEL CALIFATO
DE ORIENTE.

756	Mayo.	Abderraman I.	788	Set.
788	Set.	Hixem I, ben-Abderrahman	796	Abril.
796	Abril.	Al-Hakem I, ben-Hixem	822	Mayo.
822	Mayo.	Abderrahman II, ben-al-Hakem	852	Agost.
852	Agost.	Mohammed I, ben-Abderrahman.	886	Agost.
886	Agost.	Al-Mondhir ben-Mohammed	888	Julio.
888	Julio.	Abdallah, hermano de al-Mondhir.	891	Octub.

CALIFATO DE OCCIDENTE.
CALIFAS DE LA DINASTÍA OMMIADA.

912	Octub.	Abderrahman III, nieto de Abdallah	961	Octub.
961	Octub.	Al-Hakem II, ben-Abderrahman.	976	Set.

976	Set.	Hixem II, ben-Al-Hakem	1009	Feb.
1009	Feb.	Mohammed el-Mahadi Billá. (usurpador.) .	1010	Julio.
1010	Julio.	Hixem II, por 2.ª vez.	1013	Abril.

CALIFAS IMPUESTOS O ACLAMADOS REVOLUCIONARIAMENTE.

1013	Abril.	Solaiman.	1015	Junio.
1015	Junio.	Aly ben-Hammud, el Edrisita	1018	Marz.
1018	Marz.	Al-Kasim, hermano de Aly.	1023	»
1023	»	Abderrahman IV. . . .	1023	»
1023	»	Abderrahman V	1024	»
1024	»	Mohammod III.	1025	»
1025	»	Yahyah ben-Ali *el edrisita*.	1026	Feb.

INTERREGNO.

1026	Mayo.	Hixem III.	1031	Nov.

EMIRES INDEPENDIENTES DESPUES DE LA DISOLUCION DEL CALIFATO DE CÓRDOBA.

REPÚBLICA ARISTOCRÁTICA DE CÓRDOBA.

PRESIDENTES.

Abu-el-Huzam Djehwar.
Mohammed ben-Djewar.

EMIRES INDEPENDIENTES Ó REYES DE SEVILLA.

(SEGUN CONDE.)

Abu-el-Kasim Mohammed Ben-Abed.
Abn Amru.
Mohammed al-Motamed.

DE CARMONA Y ÉCIJA.

Mohammed ben-Abdallá.

DE HUELVA Y LIBLA.

Abdelazis al-Bekri.
Abdallá ben-Abdelazis.

DE GRANADA.

Abus ben-Maksan.
Habus, (su sobrino).
Badis ben-Habus.
Abdallah ben-Balkin.

DE MÁLAGA.

Aly ben-Hammud.
El-Kasim ben-Hammud.
Yahya ben-Aly.
Edris ben-Aly.
El-Kasim ben-Aly.
Edris ben-Yahya.
Mohammed al-Mahadi.
El-Kasim al-Mosthali.
Zagud ben-Mohammed.

DE ALMERÍA (SEGUN DOZY.)

Khairán (el eslavo).
Zohair (id).
Abu-el-Ahwaz Man.

Zomadih; rejente durante la menor edad de su sobrino.
Mohammed ben-Man Motacim.
Yz-ad-daula, ben-Motacin.

CRONOLOGÍA DE LOS REYES DE ASTÚRIAS

Ó DE OVIEDO.

718	Pelayo.	737
737	Favila, su hijo	739
739	Alfonso I el *católico* yerno de Pelayo .	757
757	Fruela I, hijo de Alfonso	768
768	Aurelio, sobrino de Alfonso I	774
774	Silo, yerno de Alfonso.	783
783	Mauregato, hijo natural de Alfonso. .	789
789	Bermudo I, el *Diácono*, hermano de Aurelio	791
791	Alfonso II el *Casto*, hijo de Fruela I. .	842
842	Ramiro I, hijo de Bermudo el *Diácono*.	850
850	Ordoño I, hijo de Ramiro.	866
866	Alfonso III el *Grande*, hijo de Ordoño.	909

DE LEON.

909	García hijo de Alfonso III	914
914	Ordoño II, hijo tambien de Alfonso. .	924
924	Fruela II, idem.	925
925	Alfonso IV el *Monje*, ó el *Ciego*. . . .	930
930	Ramiro II.	950
950	Ordoño III.	955
955	Sancho I el *Gordo*	956
956	Ordoño IV el *Malo*	960
960	Sancho el *Gordo* por 2.ª vez.	967
967	Ramiro III.	982
982	Bermudo II el *Gotoso*.	999

999	Alfonso V	1027
1027	Bermudo III	1037
1037	Sancha	
	Fernando I.	1065
1065	Sancho II.	1072
1073	Alfonso VI.	

CONDES DE CASTILLA.

	Fernan Gonzalez.	970
970	Garci Fernandez.	995
995	Sancho Garcés.	1021
1021	García II.	1029

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

Páginas.


Stanford University Libraries
3 6105 007 519 148

